

MIS RUTAS POR LOS FILABRES

MIS RUTAS POR LOS FILABRES

José Martínez Oña

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES
Diputación de Almería
AYUNTAMIENTO DE OLULA DE CASTRO
2009

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES
Colección Etnografía y Cultura Popular. Nº 10
Serie: Estudios

Mis rutas por los Filabres

© Textos: José Martínez Oña

© Edición:

Instituto de Estudios Almerienses
www.iealmerienses.es
Ayuntamiento de Olula de Castro
www.oluladecastro.es

Promueve: Rafael Martínez-Oña López

ISBN: 978-84-8108-444-3

Dep. Legal: Al-856-2009

Segunda edición: Noviembre-2009

Impresión: Imprenta Provincial. Diputación de Almería

Maquetación: Servicio Técnico del IEA

Impreso en España

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	7
0. BREVE INTRODUCCIÓN.....	15
I. LA MONTAÑA Y LA SIERRA OLVIDADA.....	19
II. SIERRA FILABRES.....	23
III. CARRETERAS, PISTAS Y ESPERANZAS.....	27
IV. FILABRES: SIERRA MATRIZ DE ALMERÍA.....	31
V. RIOJA A VELEFIQUE. CAMINO HACIA LA CUMBRE.....	33
VI. BALFIQUI. SEDE DE ABÚ-L-BARCAT.....	35
VII. CASTRO DE FILABRES. “EL CAMPAMENTO DE LA PIZARRA”.....	39
VIII. VELEFIQUE A LA CUMBRE.....	43
IX. LA CUMBRE Y EL CERRO DE NIMAS.....	47
X. PEÑA DEL SESTERO DE BURGOS.....	51
XI. CALAR ALTO “CENTRO ASTRONÓMICO DE LOS FILABRES”.....	55
XII. PEÑÓN DEL NEGRO, AULAGO Y GÉRGAL.....	59
XIII. ESCÚLLAR “EL PUEBLO DE LOS QUESOS”.....	63
XIV. GÉRGAL, LAS ANEAS, EL ALMENDRAL Y PORTOCARRERO.....	67
XV. OLULA DE CASTRO “PUEBLO SIN SALIDA”.....	71
XVI. CAMINO DE LA FUENSECA.....	75
XVII. EL SUEÑO DE LAS CARRETERAS.....	77
XVIII. BACARES “LA PERLA OCULTA DE LOS FILABRES”.....	81
XIX. SENÉS “LA SOLANA DE LOS ALMENDROS”.....	87
XX. TABERNAS A VENTA CARMONA.....	93
XXI. RAMBLA DEL MARQUÉS.....	97
XXII. LLEGADA A TAHAL Y SU CASTILLO.....	101
XXIII. TAHAL.....	105
XXIV. DESFILADERO DEL MÁRMOL DE MACAEL.....	109

XXV. EL VALLE DEL RÍO LAROYA	113
XXVI. LLEGADA A SERÓN	117
XXVII. VISITA A SERÓN Y UN POCO DE HISTORIA.....	121
XXVIII. ALCÓNTAR Y SUS CORTIJADAS	125
XXIX. DE SERÓN A BACARES: LAS MENAS.....	129
XXX. BAYARQUE PREHISTÓRICO	133
XXXI. SUFLÍ “EL PARAÍSO MORO”	137
XXXII. SIERRO Y SU ALMAÇARA	141
XXXIII. DESDE ALCÓNTAR AL PEÑÓN DEL NEGRO	145
XXXIV. LOS SANTOS “SOLEDAD DE UN MATRIMONIO”	149
XXXV. VOLUNTAD DE SER EN LOS FILABRES.....	153
APÉNDICE	157
ÍNDICES TOPONÍMICO Y ONOMÁSTICO	161
MAPAS.....	171

PRÓLOGO

Hace 33 años vio la luz *Mis rutas por los Filabres*, libro escrito por el Doctor José Martínez Oña. El libro, agotado en un corto período de tiempo y que puede parecer ya olvidado, descubrió a los lectores un universo de pueblos, gentes y parajes poco conocidos; un mundo de historias cargadas de humanidad, de gente sufrida, nómada y emigrante; paisajes amplios llenos de naturaleza pura bajo el cielo limpio de Almería.

Mis rutas por los Filabres nos habla de las montañas y parajes de la Sierra pero también nos cuenta de las personas que la habitan y de sus vivencias; de la voluntad de ser de sus gentes para vencer el olvido en el que se encuentran, del tesón para superar las dificultades y el aislamiento marcado por la naturaleza. De un extremo a otro de la Sierra, el autor, el entrañable y humano José Martínez Oña nos describe la belleza de los pueblos serranos de tejados de pizarra asentados en sus laderas, nos habla de pueblos que no olvidan sus raíces pero que están sedientos y abandonados de infraestructuras; habla con sus gentes, descubre sus intereses y preocupaciones, engarza la historia en los pueblos y parajes que recorre, imagina situaciones posibles y sueña con que la gente tenga un presente cargado de futuro. Ha recorrido las cumbres desnudas azotadas por el viento y cubiertas por la majestuosidad de la nieve, los pinos recién plantados y las laderas y barrancos reverdecidos con el paso de las primaveras; ha caminado por las pistas forestales recién abiertas por los tractores del ICONA, ha contemplado atardeceres y amaneceres en collados y cumbres, ha transmitido la emoción de un paisaje inesperado; el agua de las nuevas fuentes ha calmado su sed, ha regado las montañas y ha comenzado a ser germen de vida. También nos habla de la ciencia y la técnica; la presencia del observatorio hispano alemán en el

Calar Alto es un mundo abierto de posibilidades para los Filabres y toda la sociedad; el enlace de comunicaciones de Telefónica en la Tetica es un reflejo de la vocación abierta de la Sierra y testimonio del enlace geodésico entre Europa y África hace más de 120 años; saber de los vuelos de la mariposa *Parnassius apollo filabrensis*, endemismo de épocas alpinas, en los collados de las cumbres es un anuncio de los tesoros que alberga la Sierra de los Filabres.

Las semillas sembradas años atrás han dado su fruto. Las carreteras son una realidad y unen los pueblos de la Sierra con los núcleos urbanos más importantes a su alrededor; las pistas forestales recorren laderas y valles y vertebran los espacios en un dédalo que sólo conocen los expertos. Pero también acercan la montaña a la sociedad urbana que, tiende a considerarla como mero espacio de recreo, trae irrupción masiva y usos que la degradan y desnaturalizan, como bien intuyó el naturalista Bernaldo de Quirós. Los bosques de pinos repoblados, ya crecidos y con más de alguna corta, embellecen todos los lugares de la Sierra que alcanza la vista. La repoblación de los años 70, orientada a mejorar la cabecera de la Cuenca del Almanzora, disminuir los procesos de erosión y crear riqueza forestal, ha devuelto al bosque lo que nunca debió dejar de serlo; estudiar sus impactos y preparar el futuro es misión de los expertos.

La sierra de los Filabres y sus pueblos son aún lugares perdidos en el mapa. Es labor y deber de toda la comunidad despertar el amor a la naturaleza y poner en valor sus recursos y sus posibilidades; sus espacios naturales vírgenes, su paisaje, sus bosques y plantas, volver a dar vida a sus fuentes, rutas botánicas y senderos de montaña, su arqueología y sus castillos abandonados, sus tradiciones y estimular un cooperativismo positivo. A. Fernández (2000)¹ señala con acierto la escasa gestión en la que se mantiene a los repoblados y la falta de estima de la que son objeto; las repoblaciones no tienen ya nada que ver con el momento en que se hicieron, tienen un considerable potencial de transformación hacia bosques más evolucionados y hay nuevos actores en juego con percepciones y aspiraciones distintas, ¿qué futuro les espera a los repoblados? Parece claro sugerir que hacen falta proyectos para los paisajes forestales producto de la repoblación. La montaña y la naturaleza no entienden de fronteras administrativas; la proximidad del Parque Natural de Sierra de Baza es un buen referente en el que la vecina Sierra de los Filabres puede inspirarse para avanzar en la buena gestión del ecosistema en el que la prioridad sean los valores naturales.

¹ Fernández, A. (2000). Gestión de ecosistemas forestales para el mantenimiento de las funciones ambientales, *Actas del Congreso de Ordenación y gestión Sostenible de los montes*, Santiago de Compostela 4-9 octubre 1999, Tomo II, pp. 16-39.

En la segunda mitad del siglo diecinueve, el ingeniero de minas, geólogo y paleontólogo Lucas Mallada preocupado por los procesos ligados a la conservación o la destrucción de los bosques, expresa la interacción de sociedad y ecosistemas:

“El aumento de la tierra vegetal crece en razón directa de la cantidad de arbolado. Los despojos de los bosques, la leña muerta y la hojarasca, constituyen un abono natural, enriqueciendo a aquélla con sobrada proporción de humus o mantillo... Véase lo ocurrido en muchos parajes de España donde, con vandálicos instintos e irracional egoísmo, las generaciones que nos precedieron arrasaron enteramente los bosques. Muchas montañas que hoy vemos improductivas lo seguirán siendo por luengos siglos... Males son estos de muy difícil remedio. Los bosques no se improvisan... El trabajo de reconquista es mucho más lento que el del hacha invasora.” (Lucas Mallada, 1890, “Los males de la patria”)

Pero volvamos a las páginas de *Mis rutas por los Filabres* para invitar a sus lectores a recorrer los pueblos y montañas de la Sierra, ascender sus collados y cerros y sentir, como nos decía Miguel de Unamuno, que “el cuerpo se limpia y restaura con el aire sutil de las alturas, y el alma se limpia y restaura con el silencio de las cumbres”.

Guillermo Mesas Mesas
El Alcalde de Olula de Castro

Nota introductoria a esta edición

La Sierra de los Filabres, omnipresente en la geografía almeriense, se encuentra en el centro de la provincia y la recorre de este a oeste. El libro “Mis rutas por los Filabres”, publicado en 1975 y agotado en pocos meses, dio a conocer a los lectores la vida de sus gentes y los paisajes de su territorio. Hasta la fecha no han aparecido nuevas publicaciones, de carácter general, de esta zona de la provincia y, sin embargo, han sido muchas las voces interesadas en conocer este patrimonio común.

El Instituto de Estudios Almerienses consciente de las circunstancias anteriores y de los valores de la obra, ha decidido llevar a cabo una nueva edición del libro “Mis rutas por los Filabres”. Esta nueva edición, basada en la anterior, subsana los errores tipográficos del texto e incluye un nuevo diseño de los mapas para facilitar su comprensión y lectura; estos mapas están inspirados en los existentes y han sido realizados por Pablo Alonso.

El texto de esta edición viene precedido de un prólogo del Alcalde de Olula de Castro que ha promovido la iniciativa de realizar una nueva edición de “Mis rutas por los Filabres”.

Nota del Editor (de la primera edición)

De nuevo la colección de bolsillo de la BIBLIOTECA DE TEMAS ALMERIENSES aborda un tema distinto dentro de la serie de sus primeros títulos: los viajes. La variedad que desde un principio fue norma para la Colección, sigue así cumpliéndose, en el deseo de ensanchar cada vez más su círculo de lectores.

El Diccionario de la Real Academia Española despacha muy brevemente el problema de definir “viaje”, diciendo: “ir de un sitio a otro algo alejados” y admite también, simplemente, que “viajero” es “el que viaja”. Y ya está. Nos deja así ignorantes de las variadas motivaciones que justifican cualquier viaje.

No es momento de profundizar en el fabuloso mundo de enriquecimiento humano que supone el hecho de variar de medio, abriéndonos de vez en cuando a nuevos horizontes vitales. Detengámonos solo un instante en precisar la clase de viaje a que nos invita el autor de este libro, que sin la menor duda provocará un descubrimiento para muchos de una región inédita de nuestra provincia.

Seis años de fines de semana, 15.000 Km. en coche y muchas “leguas” a pie, se intentan resumir en las páginas que siguen. Las cuatro estaciones, los días y sus noches, las gentes, las tierras, las estrellas, los animales y las plantas y también las ruinas del pasado y los proyectos del futuro de la arruga milenaria que son los Filabres, se desarrollan con amor y con fortuna en las treinta y cinco capítulos de fácil y amena lectura que componen este libro.

Al almeriense conocedor ya de la zona, le traerán evocaciones y recuerdos de sus jornadas de caza o de paseo; a los que ignoran esta próxima Sierra les incitará a subir hasta ella, lo que hoy es operación fácil y cómoda hasta el máximo. A todos, pues, interesará seguir las rutas propuestas por el Dr. Martínez Oña para redescubrir los Filabres, fijadas hoy en las páginas imborrables de un libro y a cubierto de la pérdida inevitable que muchas de ellas iban a sufrir, al aparecer en meses anteriores en parte o en todo publicadas en las hojas volanderas del periódico local.

Salvándolas del olvido, reuniéndolas en un volumen, completando o actualizando los datos de muchas de ellas y poniendo rigurosamente al día los itinerarios forestales, las fuentes y los restos arqueológicos de la zona, que se señalan en los correspondientes mapas, estimamos haber prestado un servicio a nuestra provincia, que es en definitiva el principal objetivo de los libros de la BIBLIOTECA DE TEMAS ALMERIENSES.

EL EDITOR (de la primera edición)

*A los que me dieron el ser: mis padres
A quién entregué mi ser: mi esposa
Al fruto de nuestro ser: mis hijos*

0. BREVE INTRODUCCIÓN

Escribir un libro no es empresa fácil. Facultades, vocación y tiempo son precisos además de unos objetivos previstos que despertarán el interés por su lectura.

No era mi proyecto inicial acometer la obra de presentar un libro, que aparte de sus dificultades no harían más que mostrar mi insuficiencia narrativa y mi escasa preparación literaria.

A ruegos de amigos y vencida mi timidez tenéis en vuestras manos una parcela narrativa de mis correrías por la Sierra de los Filabres. Aun quedan pueblos y rincones para otras crónicas.

Han pasado los 15.000 kilómetros de andadura motorizada y muchos cientos a pie en el espacio de seis años.

La idea inicial, abrigada durante largos años, era impresionar mi retina con el paisaje que fuera descubriendo por esta Sierra, siguiendo por su falda meridional los caminos de herradura y veredas trazadas algunas desde la prehistoria.

Precisaba además de mi buena voluntad la compañía de alguna persona experta y consejera y un tiempo libre de fines de semana o vacaciones sin prisa.

No era precisamente la soledad la animadora de mis proyectos.

Las malas carreteras, todas se detenían al llegar a la altura de los 1.000 metros.

Un día feliz llegaron a mí las noticias que unas máquinas gigantes removían las tierras por encima del pueblo de Aulago, prolongando la carretera inicial, ya vieja y descuidada, hasta los últimos picachos de la serranía. Aquellas máquinas obedecían a un cerebro planificador del Instituto de Conservación de la Naturaleza.

Se había decretado una revolución en marcha. Plantar de forma masiva la extensa geografía milenaria de la Sierra de unas variedades de pinos que detuvieran la degradación del suelo e hicieran el milagro de brotar por las torrenteras un agua sostenida.

Aquellas máquinas iniciaron unas pistas rústicas y primitivas, que íbamos siguiendo sorprendidos, viviendo unas aventuras desintoxicantes, de aire, sol y nieve bajo un cielo limpio y cabalgando, antes del alba y en los atardeceres, sobre la estructura metálica de unos caballos de vapor, con sus aspas de molino refrigerantes, hasta los últimos rincones de rutas y pistas forestales trazadas en jeroglífico en aquellas alturas.

Fue conmigo caballero andante, quijotesco empedernido, Francisco de Juan Fernández compartiendo un diálogo inagotable y fecundo de sueños y realidades.

Lo que comenzó en nosotros en recorridos ocasionales se convirtió más tarde en correrías frecuentes, por laderas y montes, mesetas y barrancos, arroyos y bosques, en medio de un paisaje multicolor, fuerte, duro, cambiante y caprichoso, salpicado de niebla, lluvias y nieves con telones crepusculares, luna y estrellas.

Paisaje de cielo y pizarras, pinos, flores silvestres, perdices y mariposas.

Pueblos escondidos en la periferia de la Sierra con su historia y sus leyendas.

Contagiado con el silencio de las alturas, al filo de la madrugada, comencé a escribir unas crónicas, robando horas al sueño, y que hoy recojo en el libro que está en tus manos, con el título de MIS RUTAS POR LOS FILABRES.

Son sugerencias íntimas, que a veces tendrán el sello de la sorpresa. Otras de la belleza real o presentida o tal vez la visión esperanzadora de un abanico de posibilidades, que la imaginación dibuja para tanta gente sufrida, nómada y emigrante, por falta de una explotación racional de los recursos de esta sierra matriz de Almería.

Montañeros y pintores locales la han presentido.

Los espacios siderales van a ser escudriñados desde la vecindad de la Peña del Águila, llevando el nombre del Calar por el mundo entero.

La Telefónica sentó sus reales en las alturas del Cerro de Nimas.

El Laboratorio de Investigación de la Energía Solar instalado en Senés tiene la primacía en España.

Las pistas forestales ya tienen sus fuentes de agua cristalina.

Almería tiene una deuda de gratitud con tanta promoción esperanzadora.

Yo la tengo, además de con tanta persona anónima e íntima, con el diseñador de los esquemas que acompañan estas crónicas, José Oña Viciana.

Si alguno sentís tentación de seguir el trazado de Geografía e Historia que yo pongo en vuestras manos, a ruegos de tantos amigos que así me lo piden, haced buena andadura por la montaña donde vais a descubrir, con los ojos del alma, la melodía eterna que canta armónicamente el sonoro ruido del silencio.

I. LA MONTAÑA Y LA SIERRA OLVIDADA

La montaña por su verticalidad hacia el cielo ha sido motivo de adoración desde las más remotas épocas. La montaña fue la diosa madre en la tierra adorada por el hombre, que tenía asegurado el sustento de su alma y de su cuerpo, al pisar sobre ella.

Las aguas, el aire y el fuego eran los elementos naturales de nuestro amor primigenio y de la vida.

Despertar el amor a la naturaleza debe ser tarea comunitaria. Los tiempos históricos dejan aquel sentimiento dormido pasando la adoración del sol, la luna y las estrellas al dios consumo que se ha apoderado de nuestro cerebro.

Nunca existió el mono desnudo. Si acaso el homo habilis, pariente de los pitecos, pero vestido. Desde entonces, hace un millón de años, la contemplación natural forma parte de nosotros mismos y el deseo oculto de nuestra distensión, en tiempo libre, se orienta como un vector certero, hacia un punto cardinal del horizonte o hacia un lugar infinito de la bóveda celeste.

Nuestra dependencia con la naturaleza es ancestral. Y es que sin saberlo, en las propias raíces del ser humano, traemos el barro pesado que nos ata a la tierra y la liberación etérea y espiritual que nos eleva al cielo.

El hombre, homo sapiens, en el devenir del espacio y el tiempo es un prisionero de la cárcel naturaleza de donde provienen los elementos propios de su constitución.

Hombre y naturaleza es una pareja de amor dormido, amor lejano, amor olvidado. Pareja inseparable que nos acerca al origen de nuestra vida – polvo según el Génesis – y al soplo divino de nuestra creación.

Los fenómenos históricos de los cambios de cultura fueron seguidos siempre de movimientos de expansión y de intercambios. Afán de dominio y poder. Libertad sobre la tierra. Pero he aquí llegado el momento que el hombre maneja velocidades superiores al sonido

y maneja vibraciones etéreas más allá de la luna y de los planetas lejanos y se planta en la luna.

Su afán de dominio y poder comienza a empequeñecerle cuando su propio espíritu se escapa por encima de lo concepcional, escamotea las leyes eternas y se sale de la órbita del esquema genético de su vida.

El homo llega a múltiples callejones sin salida. Nace de nuevo la angustia. Y de nuevo hay que buscar el campo, hay que buscar la montaña, hay que buscar la naturaleza. A nuestro alrededor la encuentra sucia, deteriorada, manchada y fea. Metamorfoseada por el propio hombre.

Acaso para encontrarla en su auténtica pureza tengamos que ascender a la montaña, como en los tiempos bíblicos, en ascenso difícil para muchos, pero a buen seguro será la montaña el último refugio o último baluarte del hombre en su amor primigenio de la prehistoria con su amada la tierra.

Estamos viviendo una cultura del olvido de las verdades eternas, que al hombre le dan fortaleza. Leyes divinas y leyes humanas. Llegará el día del renacimiento de la cultura del recuerdo que tiene sus raíces en el amor.

Veremos de nuevo las inigualables policromías de las puestas de sol.

El nuevo paraíso de gigantes saltos de agua, con el verdor de la floresta.

Las siluetas dantescas de unos guijarros agudos que despedazan las nubes.

Las nieves, los árboles, las aves, las flores... y la música siempre eterna de la naturaleza.

Almería tiene una montaña olvidada. Una cordillera modesta que a modo de cinturón femenino coge el talle de su geografía y lo pliega por encima y debajo para dar paso a dos vertientes pobres de agua: La del Almanzora y la del Andarax. Las tres Aes de Almería la seca Almería-Almanzora-Andarax. Las alfas de una cultura olvidada.

Pero he aquí que unos hombres pensaron en abrirle carreteras. Comunicar sus pueblos, plantar sus árboles, repoblar, encauzar sus pobres aguas y subir a sus cumbres los hilos del progreso.

Y otros hombres redescubren que allí existe la nieve, el pino, la caza y el agua, la sorpresa y el fuego puro de la leña que calienta a otros hombres olvidados.

Esta cordillera olvidada tiene su nombre, que lo airean por esos mundos de Dios y de la ciencia, unas mariposas, que recogen unos soñadores para sus estudio, en los días calurosos del mes de julio.

La montaña se llama "SIERRA FILABRES" y sus tierras esperan las delicadezas de los enamorados, mientras ella se adorna periódicamente

con el blancor de su nieve, a la luz de la luna, con sus flores del campo minúsculas y misteriosas, con su luz tamizada por el ozono.

El mar se divisa desde sus cumbres. Y desde allí el hombre de la ciudad es un ser pequeño.

Los Filabres estrenan estos días hasta sus cumbres una nueva carretera camino de Bacares y por supuesto quedará abierta a todos los amantes de los contratos fuertes.

Y como siempre, quedará la deuda eterna de gratitud para aquellos hombres recios, que hacen realidades de los sueños milenarios de los primeros hombres sobre la tierra de Almería.

II. SIERRA FILABRES

La Sierra de los Filabres tiene la solera de los vinos viejos. Está enclavada en el ecuador de la provincia de Almería siguiendo la Sierra de Baza como una continuidad natural, si bien las atalayas montañosas de “Dos Picos” quieren marcar un límite con la provincia de Granada.

La Sierra de los Filabres tiene abolengo histórico dentro de la geología. Está cansada por los años de gestación y por el esfuerzo en surgir a la superficie ante las presiones internas. Nace en los primeros años de la vida geológica de la tierra, en los balbuceos de la vida conocida, cuando sobre la superficie ígnea, que empieza a enfriarse, solo puede distinguirse un paisaje hosco de montañas, rocas y desiertos. Así nace a la vida en plena era Precámbrica.

Acaso sus pizarras cristalinas sean las primeras hojas prehistóricas, que se prestaron a la escritura mobiliaria y los primeros zócalos de lujo que cubrieron las tumbas megalíticas en su interior en la época de asentamiento del hombre neolítico. La Sierra de los Filabres campea 3.000 millones de años¹ con sus penachos grises siendo juguete de los vientos y de la nieve. Pero allí está clavada por encima de los 2.000 m, dormida y risueña esperando caminos de asfalto.

Es la sierra que guarda más secretos para los enamorados de la naturaleza, por sus plantas aromáticas, por sus insectos, por sus

¹ La partida de nacimiento de la Sierra de los Filabres tal vez no alcance las fechas que señalaba en mi crónica anterior y se conforme con tener tan solo 35 ó 40 millones de años, según datos que me comunica el hermano Rufino del Colegio La Salle. Parece que el Mioceno de la era Terciaria tenía la sorpresa de darla a la luz desde el interior de sus entrañas, si bien su gestación dentro de la corteza terrestre fuese antigua y lenta, como corresponde a su estructura metamórfica de pizarra cristalina y naciese acompañada de la mano de Sierra Nevada, Sierra Alhamilla y Sierra Cabrera en los últimos cataclismos y ajustes del Sistema Bético.

^De todas maneras es rica en millones de años y sólo la Sierra de las Estancias, por encima del Almanzora, tenga la primogenitura en Almería de pertenecer a la era Primaria, según los hallazgos de las especies marinas que lo atestiguan.

aves, por su paisaje pétreo en continuo desafío con el hombre y por la sorpresa de horizontes de mar y cielo.

Sus caminos fueron siempre difíciles y heroicos y todos se detenían al llegar a la altura de 1.000 m en tiempos de frío.

En las épocas interglaciares tal vez el clima le fuera propicio para unos bosques tupidos, pero hoy, una desnudez impresionante cubre las hectáreas de sus montes, que empiezan por doquier a ser arañados y acariciados para la repoblación. Y quien sabe si la capra hispana, el gámo o el ciervo harán su aparición en nuestra centuria histórica.

Hoy por hoy las nieves son pobres, aunque majestuosas a esas alturas, y la vegetación escasa. Los fondos de los barrancos verdean con la caricia de las aguas que saltan buscando el declive natural de sus valles.

El perfil de la sierra y su perímetro han necesitado el cincel milenario del viento, del sol y de las aguas para esculpir y trazar una de las más bellas siluetas naturales de la provincia de Almería.

La Sierra, aunque modesta, presume por algunos de sus pedestales, por encima de los dos mil metros. Desde estas cumbres se divisan los rizos de Tabernas y Gérgal, el mar del golfo de Almería, entre Sierra Alhamilla y Sierra de Gádor, y por el norte todo el valle del Almanzora.

Llegar a sus alturas no debió ser empresa fácil ni comunitaria.

Solo los mármoles de Macael, desde épocas lejanas de la historia, hacen suponer que el hombre se atrevía siempre por debajo de los mil metros, y a rondar por su periferia. Las minas de Serón fueron un paso más alto, pero la sierra en sus crestas seguía virgen hasta la llegada de la repoblación forestal.

Las carreteras seguían fieles a los desniveles mínimos que corren paralelos a sus ríos. Y así nacen los pueblos salpicados de sus faldas y llanuras que la bordean y en escalón llegan hasta el mar de levante.

Por el norte un rosario de pueblos alegres se asientan junto al río Almanzora, empezando por Alcóntar y terminando en las aguas de Villaricos. Un atrevimiento de los hombres, buscando el agua montes arriba, fue la fundación de Bacaes, "*La perla oculta de los Filabres*". Y quien sabe si tal fuera la última aventura del hombre del paleolítico por aquellas crestas, asentarse en la Cueva de los Tesoros incrustada en sus rocas.

El apéndice final de sus montes por el este, sería el macizo cuadrangular de Alcudia, Tahal, Benizalón y Benitagla y a sus pies Chercos y Cóbdar. Más lejos Líjar y Albanchez.

Por la raíz de este apéndice se atreve, desde hace tiempo, una carretera inacabada con suspiros de siglos por verse transitable y abierta.

Por el sur, la Sierra de los Filabres ofrece toda una geografía irregular y reseca desde Escúllar hasta Velefique y Senés, como último reducto de su fortaleza pétrea, maciza y pizarrosa del coloso precámbrico.

Más allá y hasta la costa unas estribaciones por Uleila del Campo, Lubrín, Bédar, Antas, Los Gallardos hasta Garrucha a nivel del mar.

III. CARRETERAS, PISTAS Y ESPERANZAS

Las carreteras estaban todas detenidas al llegar a los 1.000 m. Su suerte debía correr paralela a la repoblación y al uso de los tractores. Y son los pinos la vanguardia social de un abanico ambicioso de caminos forestales, que se abre corriendo las crestas de sus montañas.

Aulago abría su flecha por el flanco de poniente para ascender entre la depresión del Calar Alto y el Torilillo.

El milagro de llegar por carretera hasta los 2.000 metros se había consumado. Comienza la redención de sus tierras para el bosque. La virginidad de sus plantas es descubierta por un celoso botánico de Almería, el Hermano Rufino de La Salle.

El Parnaso de los Filabres despliega sus alas en los museos. Las perdices confiadas van delante de los coches. Se instalan unos estudiosos en sus cumbres. La Telefónica busca el pico más alto, el de la Tetica de Bacares. El fotógrafo se queda extasiado por la luz y el paisaje. El montañero suspira por las escaladas y el esquí. El arqueólogo escudriña los macizos de piedra por si aparece una escritura y el poeta sueña.

Un paréntesis de esperanza se adivina en los Filabres.

Este paréntesis de esperanza, que se abre en su serranía, corre paralelo al trazado de sus carreteras y de sus pistas, que rompen la clausura de aquel paisaje vetusto guardado tantos milenios. Y sus montañas corren el velo para descubrir el escenario futuro en medio de una realidad presente.

Surcan sus cumbres el serpenteo de unas carreteras laberínticas.

Por doquier, se tiene la impresión de confusión y sorpresa ante pistas inacabadas y enredo de caminos.

El servicio forestal guarda el secreto de su obra, pero unos testigos verdes y desafiantes por su número, pues pasa la superficie repoblada la cifra de las 35.000 hectáreas, cantan en esas alturas la grandeza del pino plantado de forma escalonada a través de años.

Y la contemplación grandiosa de esta obra es solo posible desde la altura de sus cimas.

Hemos recorrido por diversas circunstancias, con buenos amigos, estos caminos a través de varios viajes llevados a cabo en el término de tres o cuatro años. Y cada vez tenemos la impresión de cosa nueva. La inmensa soledad de sus paisajes son una meditación desde todos los ángulos.

Cada vez con más vehemencia hemos dado al disparador de nuestra máquina fotográfica para traernos sus perfiles, sus siluetas megalíticas azules, grises y ocre amarillentos del liquen agostado; sus valles verdes en primavera y de oro en el otoño, sus nieves inmensas y sugestivas, sus hierbas de altura con sus flores encantadoras, sus ganados en desafío con el monte y sobre todo sus hombres. Tantas cosas nos han contado que parecen historias de los Andes a la vuelta de nuestros colonizadores por América. Aquí no hay “coca”, pero tienen el secreto de la gayuba para disolver los cálculos del riñón, del poleo, malvavisco, sajareña... y hasta en Bacares nos han enseñado un violín “stradivarius” que guarda celoso el maestro nacional don Juan Egea. Sea o no, así lo hemos leído en la caja musical, que ya tiene el deterioro en sus cuerdas.

En cada subida las emociones se han repetido. La nieve ha jugado con las ruedas de nuestro coche, cuando manchaban su blancura en los caminos cruzados de su serranía, en busca de la bajada al pueblo de Bacares.

En el silencio de las noches, nos han contado, suena un ruido en el interior de la tierra, muy cerca de la cueva del Rubio. Nosotros pensamos en las cascadas internas de sus simas. Hemos sido testigos, subiendo a la Tetica, de una tromba de viento que giraba silbando entre los matorrales y que hizo bailar como una peonza al perro que nos acompañaba. Giraba sorprendido sin poder salir del eje de la espiral que le aprisionaba.

Otras veces en plena nieve, deambulando por sus montes, unos perros de caza hacían presa sobre conejos sorprendidos en sus cubiles.

El vino y el jamón a esas alturas es un quita penas y aliviador de caminos y el agua de sus torrenteras en verano apaga la sed en cristalino juego de luces al aflorar a la tierra con el ruido sordo de su carrera por el matorral y las peñas.

El Dr. Fidel Fernández Rubio, entomólogo insigne y conocedor de las alturas desde su adolescencia, montañero por vocación y caballero andante de collados y cimas nos invitó a ser testigos de la caza de una especie única de mariposa de esas alturas, el *Apollo Parnaso Filabrense*. Juntos con el Dr. Paco Juan subimos a saborear

una aventura desconocida y ayudamos durante una mañana y una tarde a la tarea de la caza de mariposas.

Y todos los años hay una cita de amistad y recuerdo en el mes de julio por aquellas latitudes.

Bacares duerme en el fondo de la vertiente norte en un embudo de verde arbolado que lo circunda. La perla oculta de los Filabres espera como el arpa dormida que una mano despierte sus notas. La repoblación es una canción de cuna. Pero los árboles crecen y los montes rompen su esterilidad elevando el fruto forestal con una canción nueva. La canción de las pistas y carreteras del progreso.

Los pueblos comunicados dejan de ser estériles. Y hay un paréntesis de esperanza para los pueblos de la Sierra Filabres.

La Telefónica ha escalado la cima de la Tetica de Bacares para instalar un poste o estación repetidora. El Instituto Max Planck de Astronomía de la República Federal Alemana se dispone a instalar un observatorio astronómico, el segundo más importante del mundo. La carretera de los Filabres por Velefique ya ha llegado a la cumbre. ¿Está abierto para la Sierra de Filabres el paréntesis de la esperanza?

IV. FILABRES: SIERRA MATRIZ DE ALMERÍA

Si miramos sobre un dibujo que represente las tres AES de Almería la seca, veremos que a la Sierra de los Filabres le corresponde ser, por naturaleza propia de su geografía, la matriz de la provincia. Pero una matriz “metafórica” o “parabólica”. No hay nada más fácil para imaginarla que representar el contorno geográfico de nuestra provincia y completarlo con el trazado jeroglífico de los ríos Almanzora y Andarax.

Almería quedará representada como una matrona tosca y nariguda mirando a poniente, sentada sobre el mar con el torso levantino bañado también por las aguas del Mediterráneo. Su ojo de las Estancias está en María y como buen bañista disfruta el año entero en sus costas del sol.

Y consideramos, a la Sierra de los Filabres matriz, porque en el seno bajo de su vientre queda albergada junto a unas raíces profundas de secas ramblas, que dibujan perfectamente el “árbol de la vida” o árbol anatómico de su geografía meridional. Estas ramblas siguen siendo sus cordones umbilicales, que en riego trashumante de hombres dieron las alfás de nuestra cultura olvidada, desde las huellas del hombre neolítico hasta el invasor árabe, que estableció su feudo de poder a los pies de Velefique con la gloria y esplendor de Abú-l-Barcat.

Por el norte quedaría dibujado el ciempiés mesentérico del río Almanzora, camino de correrías en busca de la unidad de España en las centurias pasadas.

Abú-l-Barcat, poeta, santo y gobernador árabe de aquellas tierras estableció su sede en las barrancadas frondosas de Velefique. Levantó su castillo, practicó su justicia y tuvo fama de milagro. Había elegido bien.

V. RIOJA A VELEFIQUE. CAMINO HACIA LA CUMBRE

Quien pretenda subir por la ruta de los Filabres, y elija estas sendas, será testigo, en su escalada de cotas altas, de unas tierras de contrastes fuertes. Para acometer la empresa preparamos las alforjas con comida, ropas de abrigo, máquinas fotográficas, cadenas para la nieve, alimentos, vino y coñac. Algunas cuerdas y herramientas de mover tierra y linternas.

Iniciada la ruta de Almería camino de Rioja nos lleva la carretera a Tabernas, y a su salida la carretera da a una arteria de asfalto recién estrenada, haciendo un giro de 90 grados. Esta arteria recta en 4-5 kilómetros corre paralela a la rambla de la Galera y la cruza a su margen derecha acariciando las faldas de sus montañas en juego continuo y suave de ascenso entre unas tierras escasamente manchadas de verde. Aquí dicha rambla muestra la anchura de sus arenas y el paisaje majestuoso de las montañas que salen al paso, entre los valles del Verdelecho y los Nudos, y por la derecha todavía nos queda la sorpresa de los picos de Sierra Bermeja.

En estas montañas hay un desafío entre el azul del cielo, como un telón de fondo corrido de oriente a poniente, y las crestas y picachos de la sierra que marcan sus perfiles de forma neta entre la bruma, la niebla y el polvo atravesados por los rayos del sol a la caída de la tarde. Parece un coqueteo dulce y placentero de quietud y soledad, paz y misterio lejos del ruido artificial del hombre. Y si visitáis esta ruta con las luces del atardecer veréis los relieves montuosos en contrastes con sus sombras.

Camino adelante otros 4 Km. para besar la carretera otra vez el lecho de la rambla y pasar a su margen izquierda después de dejar una bifurcación a poniente que nos llevaría a Castro de Filabres.

Nos quedan para llegar a Velefique unos 7 kilómetros mientras nos adentramos en un valle estrecho como desafío de montes más altos y mayor vegetación. Pizarras, árboles, agua, adelfas y juncos

de García Lorca. Y por fin la geometría blanca y gris del pueblo de Velefique. Aldea de montaña con romances aprendidos al filo de sus aleros pizarrosos a la caída de la tarde y canciones de mozas y mozos en requiebro amoroso en la plaza del pueblo.

Merece la pena visitar este pequeño y pintoresco lugar. Correr sus calles empedradas con la sorpresa musical de algún viejo acordeón, sacar apuntes para unas acuarelas y conocer sus gentes. Y desde el campanario de su iglesia parroquial divisar el valle y las pizarras centenarias de sus casas. Y dialogar con el cura castrense y párroco misionero don Fernando Gómez Lara, que tiene el don de ser embajador permanente de aquellas tierras. Casa abierta para personas abiertas.

Desde tiempos de la prehistoria sus hombres emigran en las épocas difíciles. Estamos en la sierra, en un terruño clavado a la altura de los 1.000 metros en lucha permanente con la nieve, la soledad y la escasez. Ha comenzado la redención con la carretera, la luz y el teléfono.

Antes de entrar en el pueblo, llegando a su primera casa, se perfila en la orilla izquierda de la carretera, el arranque de la nueva, que tiene una historia mezcla de poesía, romanticismo, eficacia y justicia.

Es la carretera vertebral – en sentido anatómico – de la provincia de Almería. La vertical con la Capital se comprueba desde los alcores del Prado de María Antonia – un modestísimo puerto milenario sin aduanas para bajar al Almanzora -. Desde allí el mar de Alborán sonríe a lo lejos jugueteando con las altas chimeneas de la Central Térmica y con las naves mediterráneas en la angostura natural que dejan las estribaciones de Sierra Alhamilla, con sus montes Alfaro y el Fuerte por la izquierda y las estribaciones de la Sierra de Gádor por la derecha.

Abú-I-Barcat había elegido bien.

Por esta carretera se va ganando altura entre canchales, saltos de agua filiformes, pizarras policromadas, chaparrales y matorral bajo y con natural sorpresa vamos descubriendo a nuestros pies una visión aérea de los llanos de Tabernas y su paisaje lunar.

Carretera dibujada y dirigida por un artífice enamorado de su oficio. Sólo así se comprende la solución ideal de su trazado. Don Luis E. Gil Egea, ingeniero, pertenece por derecho propio a la generación noble del pensar y el hacer, y por aquellas latitudes ha debido correr entre cotas y barrancos dejando constancia de un trabajo eficaz para la Historia de Sierra Filabres.

VI. BALFIQUI. SEDE DE ABÚ-L-BARCAT

Hemos visitado muchas veces Velefique. Pueblo genuino de pizarras en sus paredes y en sus techos. Pueblo de pizarra en sus suelos, que surgieron de las entrañas de la tierra en un parto cristalino del mioceno.

Pueblo pobre en la recolección y el pastoreo pero rico en la paz de la montaña. Bien vale la pena una visita para conocer las hogazas de pan candeal con sabor y olor a tomillo de los campos.

En otras épocas, con medios de comunicación incómodos, sus gentes hacían las cuatro leguas, que le separan de Tabernas, a pie tomando el fresco de la mañana o de la tarde. Con alpargatas, abarcas o esparteñas. Había que respetar los zapatos para la ciudad y no para el camino. Cuatro horas y algún descanso en las arenas de la Rambla de la Galera. “Y en llegando a la Galera comemos pan y comemos peras”.

La galera fue el vehículo de postas de antaño. Aun se ven restos de la posada junto al lecho de la Rambla a medio camino. Y la carretera era el lecho arenoso de los arrastres pizarrosos de las alturas. Cuántos sudores y lágrimas. Cuántas coplas al filo de los juncos en aquella reseca y polvorienta carretera.

Hoy las pocas gentes que quedan viajan por caminos de asfalto, tienen luz eléctrica en sus casas y se comunican por teléfono con la capital y lo que jamás se vio, tienen corresponsales de banca para ingresar los “dineros de la Alemania”.

Pero la realidad triste es la de siempre. Pensionistas jubilados y la leva de la emigración endémica.

Recuerdo los tiempos de los segadores, camino de Jaén, Córdoba y Sevilla, a segar por la comida y unas cuantas perras, que ni alcanzaban para retornar a los hogares. Hambre y miseria. Un saco al hombro, la hoz y no la flauta como Kung-fú, y a romper esparteñas por las riberas del Guadalquivir por las rutas del pan y de la harina.

Hoy el pueblo está risueño, aunque la pena honda siga en pie. Sueña con la esperanza que dan las carreteras y caminos nuevos y espera su revolución del año 2000.

Los pintores, que llevan los ojos muy abiertos, se han adentrado por el itinerario soñador de sus calles. El cromatismo de blancos, grises y azules lo han recortado al filo de las esquinas y de los aleros. La cal y la pizarra con el cielo proporcionan la paz conventual de aquellos valles. Y los verdes salpican la clorofila que trabaja con el sol para dar la vida a los cuadros y al universo.

Veleftique es un cuento de hadas cuando nieva. Un nacimiento vivo de magos y de pastores. Para contemplarlo desde su barrio de Triana o del más allá, después de cruzar su barranco de en medio. Allí en pleno cementerio aun se conserva una torre vigía musulmana, encalada por sus gentes.

Y en lo alto de un monte su alcazaba abatida y secos sus aljibes.

Hay estudios de los hermanos balfiqués Abú Ishag y Abú-l-Barcat que tan destacado papel tuvieron en el siglo XIV como escritores y filósofos. Don Fernando Gómez Lara los guarda. Es un párroco celoso de todo lo que concierne a Veleftique y a sus contornos. Conoce muchas historias de misiones y de otros aspectos de la vida. Campea su casa, con alegre jardinería, a la entrada del pueblo.

Por Veleftique pasaron las caballerías y los jinetes de don Fernando camino de Almería. Habían cruzado los Filabres desde Purchena. No muy contentos los moros de aquellos lugares decidieron revelarse contra los cristianos una docena de años después y eligieron por rey a un negro, musulmán sudanés o nigeriano descendiente de los primeros invasores, que resistió valientemente más de tres meses en la fortaleza castigada por artillería y el asedio de más de 3.000 hombres.

El rey negro de Veleftique murió despeñado por orden de don Diego Fernández de Córdoba.

Acabada la rebelión quedaron en señorío estas tierras del Conde de la Puebla.

Pero la gesta la cantamos así:

*“Rey negro de Veleftique,
cómo lloran tus mujeres
al verte vencido en manos
del alcalde los Donceles
mandado por don Fernando
para quitarte las mieles
de guerrero vencedor
de las gentes de Febeire.*

*De luto está Velegique
y de luto están sus nieves.”*

Las ruinas del castillo pueden visitarse. Aquí está el testimonio de los torreones, los aljibes, los puestos de guardia, la mampostería de argamasa y abundancia de cerámica.

VII. CASTRO DE FILABRES. “EL CAMPAMENTO DE LA PIZARRA”

Es otra “estación termini” de la ruta de los Filabres.

Merced al milagro del asfalto ya es muy fácil hacer una visita para conocerlo. Desde la carretera que une Tabernas y Velefique, justamente a 11 kilómetros parte una desviación a la izquierda, una vez pasada toda la Rambla de la Galera, y a solo 6 kilómetros estamos en el pueblo.

La carretera corre paralela por la margen derecha de la Rambla de Castro en cuyas márgenes vemos algunas salpicaduras tímidas de almendros y olivos.

Tan pronto hemos entrado en el valle, mirando al norte, vemos el caserío aldeano como unas manchas blancas incrustadas en el centro del paisaje.

Barrancos resecos confluyen hacia la carretera mostrando las pizarras cristalinas compactas en las trincheras labradas por la mano del hombre. En el trazado ondulado del camino, vamos recorriendo unas suaves pendientes que van mostrando la policromía verde del almendro y del olivo sobre faldas montañosas.

Algún que otro caserío deshabitado. Abundancia de retamas como muestra de la degeneración de los bosques primitivos. Las semillas de estas plantas nos parecen abalorios amarillos para fabricar collares de alguna tribu primigenia. Abundancia de alcaparras en las cunetas de la carretera.

El valle se va profundizando y haciéndose angosto a medida que nos acercamos al pueblo.

Una muestra del poder televisivo de nuestro tiempo es el trazado de un campo de balompié, que ha sido trabajado sobre la ladera de un monte suave. A buen seguro que el balón nunca estará parado pues el declive de dicho campo se lo impide. Esta muestra está pidiendo a voces el auxilio que los jóvenes necesitan para practicar este deporte.

Castro es noticia frecuente por la laboriosidad de sus gentes. Quieren agua y se afanan en hacer unos embalses para tener garantizado el riego de su artesana huerta. Los trescientos habitantes luchan para no terminar con una emigración masiva. Hace dos años recibieron un premio nacional por la demostración del esfuerzo por el bien común que desplegaban sus gentes. ¡Qué lástima que toda la Sierra de los Filabres no sintiera el mismo impulso constructivo! Si muchos de sus pueblos hicieran sus mancomunidades otro gallo cantaría.

Yo me he preguntado muchas veces de donde viene el nombre de Castro.

Cuando conocí la Piedra de la Romana empecé a pensar en campamento romano a no ser que esta piedra fuera para pesar, con romanas primitivas, las leñas y los espartos. Pero aun mantengo la creencia romana pues hay muchos descubrimientos arqueológicos de diversa naturaleza que conviene precisar en el tiempo. Sus gentes me hablan de muchas sepulturas por doquier, cuando los tractores trabajan junto a las eras del pueblo.

Castro hay que unirlo con Olula pues ya la carretera tiene más de dos tercios iniciados y esta ruta turística sería muy sabrosa.

Hemos llegado a Castro a la caída de la tarde. En su plaza mayor hemos dejado el coche. Las encaladas paredes de su Iglesia nos deslumbran de blanco en contraste con la pizarra de sus montes. Conocíamos la casa de la sacristana a quien pedimos la llave para visitar la Iglesia.

Merece la pena conocerla. Limpieza en todo. Siete metros de ancha por unos dieciocho de larga. La Virgen del Rosario es la patrona que fue salvada por el amor del pueblo. Una talla esmerada de pequeñas proporciones junto con un Cristo permanecieron en el pajar por espacio de tres años sin que bicho alguno deteriorara ni sus ropas. Así nos lo cuenta Paco Martínez que hace amablemente de cicerone.

Para salvar el desnivel del piso hay unos escalones circulares como una muestra de la artesanía de estos pueblos de la montaña. A la derecha de la Iglesia un cuidado y reducido jardín.

Es Paco Martínez un hombre de 76 años, robusto, cara morena y andar cansino. Sus ojos demuestran alegría cuando dialoga con nosotros. Nos acompaña al Ayuntamiento donde vemos al secretario que despacha con unas mujeres del pueblo. Este nos habla de algún rey moro y sus dieciocho castillos de la sierra; de Abú-l-Barcat de Velefique; de los mozos de las quintas, que este año en el pueblo sólo llega a medio mozo pues uno de la quinta entrante está en Francia. Vemos sobre el rellano de la entrada una puerta con reja y

preguntamos si es la cárcel. Paco Martínez nos dice que ya está con el techo caído, pero que en otro tiempo hubo que recluir a un homicida hasta que fuera recogido por las fuerzas de la Guardia Civil.

De aquí nos acompañó por toda la calle de la Estación, que nos suponemos recibiría el nombre por las estaciones del Vía Crucis.

A pesar de sus años se ofreció a subir con nosotros hasta la cima del monte donde en otro tiempo estuvo emplazado el Castillo. Una vereda amplia tallada a veces por los cascos de las caballerías nos lleva suavemente a un promontorio que escalamos sin mucha dificultad. Cerámica abundantísima de tipo árabe va señalando las huellas del pasado, unas lisas, otras muy rústicas y algunas decoradas.

Podemos apreciar cientos de toneladas de pizarra distribuidas en las laderas de poniente y norte, acumuladas en forma de fortaleza ya abatida, con argamasa del mismo cerro. Sobre las rocas cristalinas de pizarra se ven tallados unos rectángulos que podrían pertenecer a garitas o casas de los centinelas. Es un verdadero campamento de pizarra, defendido por el sur y poniente por un gran escarpado, donde aun puede apreciarse algún torreón en ruinas. Un pastor nos saluda en la profundidad del valle y nos advierte del peligro de acercarnos mucho al límite del cortado. Sobre las paredes del mismo podemos advertir algunas cuevas talladas para la defensa y la observación.

Desde esta altura divisamos la extensión panorámica de la rambla de la Galera por el sur y los Canjorros de Castro por el norte, de donde nos vienen los barrancos del Royo, de la Mujer del Manto y de la Ricarda.

Nuestro amigo nos advierte la presencia de cuatro molinos antiguos en la confluencia de dichos barrancos. Podemos, a vista de pájaro, observar las balsas de retención de las aguas y el torreón donde eran despeñadas para mover las piedras de los molinos.

Desde estas alturas nos señala también dónde se trabaja actualmente para captar abundantes aguas que lleguen al embalse superior y al futuro que se construye. Son las aguas de los Herreros.

Paco Martínez es hombre locuaz con simpatía arrolladora. No le han impedido sus años acompañarnos y dialogar sobre los sueños del pasado, del presente y del futuro. Nos cuenta que ya han pasado a la leyenda muchas de las cosas por él vividas y que no sabe si aun el pan de los pueblos vecinos se llamará como en sus tiempos. A la barra de pan conocida en Castro como bollo, se le llamaba en Olula macarro, en Velefique crespillo y en Senés juriguardo.

Ya en la plaza del pueblo, antes de despedirnos, nos dijo que aquí existen dos escuelas, una almazara antigua de bestias y otra nueva

de gas-oil. Estrechamos su mano y nos despedimos pero él nos recitó una copla festiva de sus tiempos para que la cantásemos en el camino:

En Olula hay una pipa
En Castro le echan tabaco
En Velefique la encienden
Y en Senés fuman los guapos.

Nosotros pensamos que estas coplas perdidas en el tiempo son las últimas muestras de los trovadores de los Filabres.

VIII. VELEFIQUE A LA CUMBRE

El camino nuevo de subida a la cumbre de la Sierra de los Filabres por Velefique depara agradables y ricas sorpresas en su ascenso. Quien no visitó el pueblo ahora puede recrearse, a vista de pájaro, con la visión aérea, que aparece en las primeras vueltas de su carretera. Los tejados brindan una geometría caprichosa recostada en las sinuosidades angostas de un rincón verdequeante de huerta pequeña muy escalonada a los pies de las casas.

La nieve en invierno hace belenes blancos con ellas y hay que correr la aventura de la sierra para captar el paisaje único de esas alturas.

La primera fotografía de la nieve en esta carretera ha quedado plasmada, para la historia chica de este lugar, en la persona deportista y montañera, que cuenta con un haber positivo de viejas y antiguas escaladas por esta sierra y los picos más altos de Sierra Nevada. Me refiero al doctor Paco Juan Fernández, enamorado rabiosamente del mar y la montaña, tesonero de la montaña, tesonero de lo imposible y viejo amigo en mis correrías por la sierra.

Cierto día en el invierno pasado, cuando escasamente era posible hacer andadura con el coche por esta carretera iniciada, carril de tractores, sin acabar perfiles ni trazados, corríamos con el coche por las pendientes pedregosas de aquella sierra solamente para contemplar la lluvia de copos blancos, que caía sobre los cortados abruptos recién abiertos. Y entusiasmados con el espectáculo nuevo de carretera virgen, nieve y soledad, nos llegó la noche. Y una luz lejana que se acercaba desde lugares más altos nos retuvo hasta descubrir, que eran los tractoristas de la Diputación que venían buscando refugio más bajo y suministro para los motores gigantes de sus máquinas y los estómagos pequeños por el frío. Y con ellos volvimos a Velefique después de encender temblorosamente unos cigarrillos y acariciar con nuestros labios una copa de coñac viejo de las bodegas andaluzas, que iba como reserva en la guantera del coche.

Aquel día el ventisquero era impresionante. Mecía la cuna del coche y trazaba en el aire, con unas tizas de nieve, las líneas más quebradas y caprichosas sobre la pizarra gigante del paisaje. Copos revolucionarios en convulsiones de torbellinos y zig-zags. Nuestra jaula motorizada se iba haciendo blanca en un mimetismo perfecto con cuanto nos rodeaba.

En Velefique hicimos parada renovando el compromiso de subir otras veces y dialogamos sobre las posibilidades futuras de competiciones deportivas de la escudería – el mar, el motor y la nieve – por esta carretera. Nació un maridaje de esperanza para una ruta futura de escalada por Velefique y descenso por el vector occidental de los Filabres, pasando por Aulago camino de Almería.

La ruta de los Filabres para nosotros sigue siendo tentadora: para los entomólogos un sueño, para los forestales una esperanza verde, para la Telefónica una realidad comunicativa y para los astrónomos una atalaya de altura despejada para escudriñar el firmamento.

Pero descartados estos móviles y ciñendo el interés al valor anímico y estimulante de una excursión al aire libre sin las ataduras del aire contaminado, sentimos el duende misterioso del paisaje, que siempre parece nuevo a nuestros ojos.

La carga afectiva de unión con la naturaleza y la contemplación multiforme va abriendo el alma a las sugerencias íntimas, variadas en cada uno, y descubriendo en cada rincón y en cada peña un latir de la vida, que juega hoy con las luces del sol y mañana con el encaje blanco de la nieve. Y hasta los matorrales derraman poesía de escarcha en el amanecer o incitación al amor romántico con el colorido de sus flores en las épocas de primavera.

Los paisajes de la sierra tienen estos caprichos. Y la subida sinusoide de esta carretera tiene el embrujo de sugerir siempre cosas nuevas y deparar al fin, al observador, toda una gama infinita de pensamientos.

Los estímulos son fuertes, la observación jugosa y junto al contraste del color del monte se siente al mismo tiempo la emoción del silencio y de la paz de las alturas.

La vida aquí tiene sentido individual. El hombre solo como rey del tiempo, que puede administrar en libertad salvaje. Así es la sierra.

Llegados al final de la cumbre, en otros tiempos convergencia de veredas del Almanzora, la carretera extiende sus brazos a la derecha e izquierda por pistas forestales. Es de interés un alto en el camino. Por levante nos llevará Senés y Tahal. Por poniente, a la Tetica por una desviación diestra. Y si no seguimos esta desviación, empieza el desarrollo de cotas en líneas curvas, abiertas en las faldas de los montes

y cerradas y agudas en las torrenteras naturales de la sierra, que nos llevarán lejanamente a Escúllar. Pero antes hay trazados a derecha para Bares y a la izquierda el camino de Aulago, que fue la primera tentativa de subida buscando la comunicación, la caza y la repoblación.

Gracias al tejido de araña de las pistas forestales, que se ha tejido más deprisa que el de seda de la Diputación, podemos disfrutar de un correteo montaraz miocénico pizarroso, que en desafío constante nos va a ofrecer un rico museo de imágenes de piedra en el escarpado perfil de esta serranía.

IX. LA CUMBRE Y EL CERRO DE NIMAS

Estamos en plena cumbre. Hemos ascendido en cotas suaves hasta los 1.000 m. desde Almería – Velefique en una distancia de 50 Km., todo en sentido vertical o de sur a norte. De Velefique al Prado Alto unos 10 Km. Saltando una diferencia de nivel de 700 a 800 m.

De seguir adelante de sur a norte pasaríamos por Bacares hasta Tíjola en el valle del Almanzora. Pero esta carretera es un sueño futuro que casi tocamos con las manos. Comienza su trazado.

Para orientar este camino, en la plena majestad de nuestra llegada a la cumbre, hemos de seguir la ruta de poniente y a unos 500 m., desviarse a la derecha. Entonces se muestra ante nosotros un viejo tótem de piedra gigante adorado por el hombre desde la antigüedad remota: La Tetica de Bacares o cerro de Nimas para los púdicos.

Por el costado de poniente se abrirá el nuevo camino vecinal.

La Tetica de Bacares sólo tiene 2.083 metros de altitud pero merece la pena ser conocida. Los montañeros futuros van a tener en ella buena escuela para la escalada en los días de invierno. Cotas suaves por el norte, por el este y por el sur. Cotas escarpadas y difíciles por la cara occidental.

Nosotros en un día de la Raza, 12 de octubre, quisimos descubrirla y abordarla hasta sus alturas. La empresa era tentadora. En coche por la ruta primitiva de Aulágo, después de un recorrido horizontal de oeste a este por toda la sierra de los Filabres, llegamos hasta sus pies. Antes del ascenso establecimos un pequeño vivac en sus faldas, junto a un nacimiento de agua juguetona y haciendo montañismo, con nuestro perro, comenzamos la marcha en plena tarde. Quedaba a nuestra izquierda el Collado de la Banica y a la derecha las Menillas y en ascenso suave llegamos en pocos minutos hasta el punto geodésico de su vértice, señalado por, un mojón cuadrado de piedra.

La oración de gracias de la tarde fue en silencio. Un descanso placentero en medio de unas piedras calcinadas y sueltas dio rienda

a un diálogo sugestivo. Comprendimos, que el trono natural de las alturas quedaba reservado para los audaces, los caudillos, los ascetas, los poetas y los románticos.

Desde allí miramos con gemelos por los puntos cardinales del horizonte en un giro alborozado por los descubrimientos del paisaje. Contrastes de cielo y tierra hasta perderse en la lejanía. Al norte del valle histórico del Almanzora con sus pueblos y caseríos: Hijate, Lúcar, Somontín, Urracal, Partaloa recostados en su margen izquierda. Serón, Tíjola, Purchena, Macael, Olula del Río, Fines y Cantoria por su margen derecha. Toda la escena de las correrías históricas de don Juan de Austria por el norte de la provincia.

A poniente toda la visión de una extensa meseta plegada y tallada de una forma caprichosa y gigante, que las aguas, el viento y el sol habían configurado y en las plegaduras siempre las manchas verdes de los arroyos. Igual paisaje, pero más quebrado, por el sector oriental.

Desde lo alto sentíamos la necesidad de parar nuestros relojes, y mirar a placer hasta llegar la noche.

Antes de iniciar el descenso dejamos un mensaje escrito en la base de una cruz de piedra improvisada sobre el mojón catastral de la Tetica y sin recordar su texto con exactitud nos viene a la memoria el carácter expansivo y abierto con que fue escrito: “A los amantes de las alturas. A los buscadores de la paz en la seguridad de encontrar a Dios en esta grandeza”. Tal vez las aguas, el sol o el viento lo habrán borrado, como escrito en la arena, pero la intención era de relevo para iniciar la meditación en la soledad cósmica del hombre.

De regreso unas fotos, un bocadillo y vivir el episodio de la tromba de viento, que hizo girar como una trompa a nuestro perro.

Bacares quedaba en el fondo del escarpado de poniente, majestuoso y blanco, partido por el río, entre el verde y oro viejo de un otoño anticipado. Bajamos por las pistas forestales al pueblo y allí pasamos la noche.

Hemos vuelto de nuevo, esta vez por la ruta de Velefique, y la carretera no se ha detenido a sus pies como antaño y en ascenso pedregoso y polvoriento llegamos al vientre de canguro o seno de piedra que la Telefónica excava en su cumbre. Pero la emoción primera de escalar sin ruedas estos pasajes no la hemos sentido.

Es preciso andar, dialogar, observar y meditar con tiempo sosegado. Vivir la aventura andariega con los pies sobre la tierra y pararse. Solo así el paisaje puede impresionar nuestras retinas dando tiempo a percibir y a elaborar para el recuerdo. Esta vez hemos subido más a prisa con el coche, gracias al dominio físico de la técnica, pero la grandeza anímica de escalar porque sí y de ser libre, de fatigarse por

descubrir más y más, y de captar campos visuales salvajes, desafiantes y nuevos, no tiene comparación alguna.

Oxigenarse sin ruido artificial; escoger la vereda en el monte pensando que otros hombres han vivido su aventura primitiva por estas tierras; descifrar los hilos de caminos trazados por el hombre en las faldas de estas fortalezas pétreas, y sentir la libertad plena, es un placer natural que no puede igualar la droga ni el sicodelismo actual. Si acaso engendra dependencia es para volver a soñar aventuras de cielo con los pies en la tierra y la inteligencia limpia para el amor que da el conocimiento.

La Tetica de Bacaes, ya no está en su estado virginal. Una plataforma gigante queda muy cerca de su cima en el sector meridional dejando constancia del trabajo de los compresores y palas del gigante Goliat del siglo XX. es una hazaña telecomunicativa de la Telefónica – así lo contará la historia -. Sobran las atalayas y castillos del Almanzora. Los dueños de las alturas son los fonos a distancia que han acabado con el fuego de las antorchas primitivas en la cumbre de los Filabres

X. PEÑA DEL SESTERO DE BURGOS

Si hubiera que destacar de la inmensa mole pétrea de la Sierra de los Filabres algún punto de referencia central, éste correspondería por necesidad geográfica al Collado del Hornillo con su Peña del Sestero y el Calar Alto, que tiene la majestad de un trono fabricado con las pizarras del mioceno. Los geólogos arrojarían estas alturas con la alfombra natural de piedras calizas y arcillas con adornos de matorrales bajos.

Pero para llegar a este collado es necesario continuar la ruta de la pista forestal, que se nos brinda a la bajada de la Tetica de Bacaes, en dirección a poniente.

Hemos dejado atrás el puerto aduanero del trigo y el pan, y de los objetos de los mercados rústicos, y del trasiego jornalero de antaño, que estaba representado por el Collado de María Antonia. Forzosamente tenemos que admitir su cronología prehistórica.

Por este collado llegamos a la cumbre desde Velefique. Y su edad neolítica queda catalogada por la numerosas “piedras de rayo” que cuenta la arqueología fueron descubiertas por estos parajes. Lo cuenta también la gente sencilla con quienes hemos cambiado impresiones vírgenes en estas alturas. Hemos visto cornamentas de ciervo halladas en las laderas meridionales y cerámica burda y primitiva del “Bronce”.

Y es curioso que por la pista forestal de la cumbre hemos vivido la emoción de ver las perdices, delante de los coches y en líneas marginales de la carretera, mansas y suaves, arrogantes y confiadas deslizarse sin prisa e incluso pararse sobre algunos guijarros de piedra observando visual y acústicamente el paso del coche. Hemos visto y fotografiado rebaños de cabras sobre las laderas frondosas del Chorrito y el Toril y sobre Canjorros de Castro. Cobran aspecto salvaje y afín con la cabra hispana y ungulados de los bosques primigenios de estas cotas serranas.

Las fotografías en color son todo un poema bucólico sobre el matorral bajo de estas praderas que rallan los dos mil metros. La marcha por la cumbre permite fotografiar a placer los contrastes naturales de esta geografía gigante. A buen seguro se irán borrando las sendas de herradura y veredas para dar paso a las pistas incontables del Patrimonio Forestal, que hace el milagro de plantar árboles sobre las tierras grises y ocres de esta sierra montuosa.

Un equipo de hombres trabaja en silencio y estudia los problemas de la repoblación conscientes de que el amor que ellos ponen en esta obra tendrá un fruto próximo para la grandeza forestal de Almería. En este comando de la paz figuran los nombres de don Julio Acosta, don Francisco Rojo, don Sebastián Vidal... de quienes hemos recibido algunas informaciones valiosas para nuestras correrías. Los pinos nacientes son las banderas de la esperanza en esta olimpiada competitiva de quitar aridez a las AES reseca de esta tierra.

Es forzoso pararse cada 4-5 Km. de recorrido en dirección al Hornillo, y dirigirse a pie sobre las pizarras desnudas que están tendidas en dirección al mediodía. Tal vez al buen observador no le pasarán desapercibidas las sendas, veredas y caminos de herradura de las centurias pasadas.

Las pizarras brillarán en sus superficies reflectantes y descubrirán sus dientes de sierra gigantes sobre el azul del cielo mientras que en el fondo mirando al sur, iremos descubriendo los pueblos y caseríos de la solana en medio de un paisaje bravío, reseco y duro. Tierras de los términos municipales de Velefique, Castro, Olula de Castro y Gérgal onduladas por la erosión y abiertas por los barrancos múltiples que marcan unas V victoriosas del bisturí de las aguas y las nieves a estas alturas.

Al llegar al paraje de las Hoyas, que sobrepasa la altitud de los 2.000 m., se pueden contemplar las ruinas de unos poblados abundantes que quedan por debajo del Panderón y la Piedra del Rey. Nombres de una historia que está por escribir. Sus hombres estaban familiarizados por estos collados en el trasiego del trigo y la cebada que almacenaban en sus silos y que en épocas no muy lejanas habían de moler en los molinos de agua de Castro y Olula de Castro por la vertiente sur y el río Barrancón por la vertiente norte. ¿Sería Castro nombre de campamento? ¿Sería nombre de pobladores después de la Reconquista?

Entre paradas y marchas por un trazado sinuoso, que desciende y se eleva suavemente por la vertiente norte, llegamos a la Piedra de los Ladrones donde se inicia el arranque del río Barrancón y por un valle precioso que ennoblece aquel paraje en medio de álamos, arbustos y

frutales nos ha de conducir a la perla oculta de los Filabres, que para nosotros es el pueblo de Bacaes.

Los hombres conocedores del terruño nos han contado historias pasadas de ladrones sabatinos sobre los jornaleros de las minas de hierro de Serón. Estos trabajadores honrados, que volvían a pie por las sendas de las Menas a Bacaes y de aquí a los caseríos de la vertiente sur de los Filabres, eran sorprendidos por la codicia y desprecio de unos salteadores de caminos, que tenían sus escondites en unas cuevas de aquel paraje y de ahí tal vez el nombre de Piedra de los Ladrones.

En mis andanzas por las rutas de los Filabres, por la prisa, no me he detenido por este paraje nada más que para fotografiar la gigantesca Piedra del Águila, pero queda latente el deseo de escudriñar los célebres escondites de aquellas peñas entre las que figura la Peña del Honor que tiene aires de leyenda al estilo de Fuenteovejuna.

XI. CALAR ALTO “CENTRO ASTRONÓMICO DE LOS FILABRES”

Justamente en la Piedra de los Ladrones, antes de llegar al Hornillo, por una pequeña vaguada, comienza una pista forestal, que bajando verticalmente en dirección al Calar del Gallinero nos va a conducir a Bacares atravesando las tierras o Prados del Rubio hasta el Collado del Conde donde se unirá al ramal procedente del Peñón del Negro, primer hito de referencia en la subida por el vector de Aulago.

Hasta el Collado del Conde por ambos ramales solo hemos bajado desde la cumbre un desnivel de unos doscientos metros de altitud. Un giro brusco hacia el este en escalón de cotas descendentes entre los barrancos de la Huertezuela a la izquierda y de Hernando a la derecha nos lleva al embudo de confluencias de las aguas de estas montañas, al río mal llamado de Gérgal pues ningún agua de estos barrancos proviene de dicho término municipal. Así nos lo dice este gente sencilla y se comprueba fácilmente mirando el mapa y las laderas de la Sierra de los Filabres.

En el Collado del Hornillo comienza la primera página de la historia nueva del último cuarto del siglo XX. Los que hayan seguido atentos las noticias de la prensa habrán leído los acuerdos trascendentales del Convenio Hispano-Alemán de colaboración científica en el campo de la Astronomía. Estimado el Calar Alto como lugar muy favorable para la observación astronómica se va a establecer en él el principal observatorio de la Sociedad Max Planck dentro del Hemisferio Norte y segundo de este tipo en el mundo.

Como todos saben el primero es el instalado en Monte Palomar, que se alza en el condado de San Diego, de California, a 1.677 m. sobre el nivel del mar o sea 510 m. de altitud menor que nuestro Calar Alto. Así que en esto Almería sube y está unida asimismo a las tierras cálidas del occidente de América del Norte por un mismo objetivo: observar las galaxias y la profundidad de los abismos siderales de miles y millones de años luz, investigando las células celestes del Universo

y sus leyes eternas hasta llegar a la formación de las estrellas y todas las fases de la creatividad cósmica.

Si es apasionante la visión del microscopio, que llevó a nuestro insigne Cajal a ser premio Nóbel en el mundo de lo pequeño, ¿qué pasará en la historia de Almería con los becarios y estudiosos de esos centros cuando pregonen los nucleolos, centriolos y mitocondrias infinitas que sean descubiertas en las células cósmicas?

Tres grandes telescopios se instalarán próximamente. Un cuarto más gigante vendrá después y con sus ojos cristalinos guiñarán a las estrellas favoritas haciéndole el amor que le descubra todo el parentesco genético y la gestación de la materia en ese matraz infinito que abarca el seno de Dios.

La Almería del cielo despejado, cenicienta de autopistas, abre su ruta grandiosa hacia el cielo buscando las extragalaxias y los medios ambientales interestelares.

La ruta de los Filabres es noticia. El Calar está en litigio. ¿es de Gérgal? ¿Es de Bacares? La geografía lo señala como un punto geodésico del Hornillo donde la parte norte y oeste es de Bacares y el sur y el este de Gérgal. En nuestro tiempo no creo que haga falta otro rey Salomón para que lo parta en dos con su espada. Es preciso que quede incluido en el perímetro de protección y a su vez dentro de los 24 Km. cuadrados donde habrán de levantarse las instalaciones.

Van a ceder tierras tres términos: Gérgal, Bacares y Olula de Castro. Al Calar llegará la luz, el agua, el cemento, el asfalto y la paz recoleta del silencio de cal y mirto que cantara García Lorca. Hace falta aislamiento monacal para prevenir interferencia del mundano radar que se cuele diabólicamente hasta en las alturas.

Quién sabe si de esta zona de protección nacerá la idea de una pequeña y estimulante reserva natural de las especies vegetales y animales de altitudes de los 2.000 m. Pequeños diques ya existen establecidos en la cabecera del río Barrancón. Solo faltan las carpas y truchas – ya en el siglo XVI, según cuenta la historia local del río de los Molinos del Albanchez, los pescadores de caña de aquella región tenían que pagar un canon por la pesca de las truchas, que más tarde se extinguieron -. Y después de los peces vendrán los venados, ciervos, gamos, jabalíes y hasta la cabra hispana.

Lo importante será que quede expedito el paso por la cumbre y que estas extensas zonas de terreno no se vean privadas, en lo posible, del dominio público y sobre todo puedan conservarse para sano recreo al mismo tiempo que se instruya a la población amante de la naturaleza.

Hay que anticiparse soñando con esperanza sana en una sierra de los Filabres que traspase las fronteras localistas. Por necesidades

previsibles el turismo busca zonas de altura. Aquí, en toda la sierra, hay rincones que una buena estrategia turística tendrá que descubrir haciendo esta ruta montañera.

En Sierra Nevada existen unos albergues y en Sierra Filabres es imperiosa la necesidad de unos Refugios de Montaña que prestigien el buen nombre de Almería. Aquellas zonas, en pocos años, serán muy visitadas. La blancura de la nieve es un imán para el excursionista cuando hay buenas carreteras y los mil millones de pesetas que se invertirán en el centro astronómico dejarán margen para unas carreteras transitables por Gérgal y Velefique. Entomólogos y botánicos extranjeros nos visitan a menudo por aquellas alturas. El turismo futuro hará realidad el sueño de un Parador de altura cuando los pinos comiencen a ser más que unas manchas verdes.

A los seguidores de Copérnico y de Galileo del siglo XX, nacionales y extranjeros, se les hace imprescindible. Información y Turismo tiene la palabra.

XII. PEÑÓN DEL NEGRO, AULAGO Y GÉRGAL

Por la cumbre hemos llegado a las estribaciones altas de Gérgal tan históricas durante los siglos XV y XVI. Quedaron atrás las alturas del Calar Alto cuando seguimos la dirección a poniente y vamos descubriendo pequeños accidentes montañosos, siempre en las cotas de los 2.000 m. Accidentes en relieve pizarroso, que despiertan la curiosidad de ser fotografiados al dibujar siluetas caprichosas con figuras gigantes, ora geométricas, ora con figuras de galápagos, anfibios e incluso piezas de adorno de la cabeza.

La Piedra del Sombrerillo es un testimonio pétreo que nos saluda a la llegada a la sierra por el vector de Aulago. Bella subida y bello lugar conocido por aquellas gentes con el nombre de Peñón del Negro. Con Abderramán I llegaron de Sudán y Nigeria y en el siglo XVI se concentraron en los Filabres cuando la rebelión de Aben Humeya. ¿Quién le puso el nombre a este peñón?

Mientras hacemos un paro forzoso en el camino podemos dejar volar el pensamiento y contemplar las cuatro pistas bien definidas que aquí se dibujan en cuatro direcciones: la que hemos recorrido por la cumbre de este a oeste; la que sube de Aulago de sur a norte; la que desciende a Bacaes y se unirá en el Collado del Conde con la que baja de la Piedra de los Ladrones; y, finalmente, la que corre paralela a la provincia de Granada besando el límite geográfico con la sierra de Baza, de tanta historia en las correrías de moros y cristianos por estas alturas.

El Conde de la Puebla que administraba en señorío Gérgal, Bacaes, Febeire y Velefique, dejó el nombre de su condado en el corazón de los caminos de la Sierra de los Filabres. Así es de caprichosa la historia. Juan de Austria que desde la Calahorra subía a Baza no pudo borrar el nombre de Camino del Moro de aquellas alturas de la sierra baztetana, y hasta el moro Almanzor dejó su nombre en las arenas neolíticas de la cuenca norte de los Filabres. Río Almanzora lleno de historia

legítima de los Austrias, de los Vélez y tanto caudillo moro abatido en las fortalezas y atalayas de sus riberas. Río de lágrimas, sangre, piedras de rayo y pepitas de oro, como el Darro de Granada.

Muy cerca del Peñón del Negro, todos los años, tienen lugar las citas científicas del equipo entomológico en busca del ejemplar *Parnassius Apollo* variedad *Filabricus*. Sobre una loma suave de vertiente al este y oeste suelen poner sus huevos las hembras de este tipo de mariposas tan codiciadas por los científicos. La vez primera que acompañamos al Dr. Fidel fuimos testigos de la caza tan original de unos centenares de parejas.

Antes de ser abierto el camino de Velefique, ya desde Gércal podía subirse a la cumbre de los Filabres merced a la carretera que se inicia en la rambla de Aulago, carretera que también tiene su historia de penosa subida e inacabado trazado. El pueblo de Aulago tiene un pintoresquismo tan interesante que denota que el reloj del tiempo fue detenido desde épocas prehistóricas. Una alfombra de olivos queda a los pies del poblado y la carretera, por la vertiente derecha de esta rambla va abriendo el compás de sus vueltas a derecha e izquierda en ascenso revoltoso por un firme de tierra que de vez en cuando muerde unas pizarras y unas calizas triásicas dejando un camino atrincherado interesante cuando las nieves hacen su aparición en los meses de invierno.

Son 18 Km. iniciados sin asfalto. Sobre esta base, el Patrimonio Forestal clavó las palas de sus máquinas excavadoras para seguir serpenteando hasta llegar a la Piedra del Sombrerillo. Unos kilómetros antes de llegar a la cumbre un carril nuevo a la derecha os saluda camino de la Moreta y el Toril. Una fuente cristalina calmará vuestra sed y un paisaje serrano y verde va a decir adiós a las últimas viviendas de aquellos lugares. Hoy la carretera asfaltada es una delicia conocerla y circular por ella.

¿Cuándo tocará otra quiniela de este tipo por esta tierra?

La ruta de los Filabres tiene el signo de la raqueta en su trazado. El mango parte de Almería hasta el Km. 23 camino de Murcia y al llegar al puente de la rambla del Verdelecho se inicia el dibujo de la pala de la raqueta, circular o elíptico. A la derecha hacia Tabernas, Velefique, cumbre. Y hacia la izquierda Gércal, Aulago y cumbre, coincidiendo en las alturas en un abrazo fuerte por las crestas de la serranía de los Filabres. Un requiebro de llanuras a los pies pregona el poema legendario de dos pueblos – Tabernas y Gércal - que escribieron con sangre las primeras páginas de historia de Almería y que hoy de forma gallarda van a ofrecer carreteras de asfalto de subida y bajada a la sierra matriz de Almería, los Filabres.

Gérgal neolítica, romana y mora con su castillo reconstruido y Tabernas seca, cuna de civilizaciones prehistóricas con su castillo derribado.

Se prepara Gérgal para el milagro del Calar Alto. Milagro del telescopio, milagro de la comunicación. Ocho kilómetros ya tienen asfalto y con mimo y caricia se han plantado pinos, abetos y cipreses en el trazado hasta el pueblo. Milagro en las AES reseca de Almería. Y si ponéis atención en la subida por Aulago ya veréis también estacas de madera en el trazado final, que definen el ensanche futuro para el asfalto.

Todo esto parece ya un sueño del pasado. La carretera terminada ya es historia nueva camino de las estrellas.

Mil millones de pesetas es un buen premio de lotería en el país de la cenicienta. La ruta de los Filabres es una esperanza para Almería.

La villa de Gérgal está recostada en una semiplanicie de las faldas gigantes de los Filabres. El verde de sus olivos teje una alfombra oriental con manchas ocre, grises y encajes blancos de unas casas dormidas sobre las pizarras que aparecieron en las floraciones miocénicas. El Castillo y la Iglesia nos saludan desde lejos y en el pueblo, dos fuentes de mármol se recrean junto al camino, con su sabor añejo de arabismo y neolitismo que nos traen las aguas de la Moreta, el Toril, Portocarrero, el Almendral y las Aneas antes de ser rambla de Gérgal.

Merece la pena un alto en el camino para saborear el jamón de su sierra y el vino de la manchega llanura de este pueblo, noble y sufrido.

XIII. ESCÚLLAR “EL PUEBLO DE LOS QUESOS”

En la solana de las últimas estribaciones de la sierra de Baza, donde tímidamente empieza la Sierra de los Filabres, existe un pueblo olvidado al que puede llegarse desde la cumbre, después de haber subido por Aulágo, partiendo del Peñón del Negro.

Esta ruta no la hemos seguido por la inseguridad de la información que habíamos recibido.

La rambla de las Cuatro Puntas, que viene desde el alto de los Dos Picos en el límite con Granada, juntamente con el Barranco de las Cañadillas vienen a confluir hacia Escúllar, asentando molinos legendarios. Más de 35 Km. de pistas forestales desconocidas, sin un práctico de la sierra, frenaban nuestros impulsos.

Así pues decidimos la aventura de los “quesos” por la carretera nacional 324 llegando hasta el pueblo de Abla, donde a su salida parte un ramal, a la derecha, que nos llevaría seguro al pueblo desconocido. Antes de llegar al pueblo de Abla ya habíamos recorrido poblados de asentamiento del neolítico, romanos y árabes todos muy próximos al Peñón de las Juntas y concretamente en los Milanés donde unas tumbas megalíticas sirven de asentamiento a raquíuticos almendros.

Por estos parajes hay muchas catas de minas de oligisto.

Ya en la carretera de tierra, a la derecha, dejamos unas lomas altas con restos abundantes de cerámica ibérica. La frondosidad inicial se va transformando en resacas lomas casi desérticas.

El camino se bifurca para la estación, a la izquierda, y Escúllar, a la derecha. El caserío de las Adelfas, Altas y Bajas, está casi deshabitado.

La carretera zigzagueante nos muestra unas obras para evitar el cruce con la vía férrea buscando diversos niveles. Pasados 9-10 Km. estamos a las puertas del pueblo que se adorna con profusión de olivos por las lomas circundantes.

Descubrimos una antigua almazara movida por el agua y en el fondo del barranco la fuente de los 7 caños de la que tan orgullosos están sus moradores.

Por la calle del General Rada entra nuestro coche y leemos, a la izquierda, calle de San José y calle del Sol. A la derecha, y en un plano bajo, queda la plaza del Ayuntamiento y la Iglesia. Por cierto que la misma está sin campanas y muda para el toque de las oraciones. La Iglesia está limpia por fuera, recién encalada, lo mismo que su interior de una sencillez impresionante.

Dialogamos con Francisco Yebra Ortuño, que nació en 1872 según nuestro cicerón Manuel el Zahorí, y conocimos el modesto Ayuntamiento.

En el bar de la señora “Frasia” nos sirven unas cervezas con jamón de mono y garbanzos tostados.

No era desinteresada nuestra visita al pueblo. Buscábamos comprar algunos quesos de Escúllar y nuestro acompañante el Zahorí nos había prometido que algunas piezas podríamos adquirirlas en casa de unos de sus parientes.

El queso de Escúllar fue un descubrimiento antiguo con que nos obsequió el cura de Velefique, don Fernando Gómez Lara, y que llegaba allí por medio de su hermana que estaba de maestra en Escúllar. Así venimos haciendo gala de un buen bocado gastronómico de las altas montañas de los Filabres, que nada tiene que envidiar al queso de Oropesa o al queso manchego. ¡Lástima que el ganado ovino vaya desapareciendo y los pastores no puedan transmitirnos la receta de sus cabañas, que poco a poco se irán perdiendo! Estas recetas de artesanía solo pueden conservarse en las montañas sin archivos ni bibliotecas. Son recetas transmitidas en las pleitas de esparto de sus moldes, pero los pastores van cediendo el terreno a los pinos de ICONA y estos héroes de la resistencia se perderán sin obtener más carne, ni leche, ni lana, bajo los rayos del sol y el frío de las nieves.

Los apriscos de pizarra ya están abatidos. El privilegio del queso de Escúllar se ha escapado con los últimos emigrantes. Almería ha perdido 8 siglos de cultura y el olvido queda para estas tierras.

El pueblo es de factura pobre.

No quedan artesanos.

Las casas tendidas en plena solana son blancas palomas en este valle tranquilo. El agua a sus pies con su fuente de los 7 caños para sus 350 habitantes.

Los olivos escondidos por las torrenteras y mesetas aseguran el consumo de aceite para el año.

La geometría del pueblo está adornada por los almendros que cubren las traseras norte de las casas.

Manuel el Zahorí nos lleva a casa de un familiar, Antonio Yebra, hijo del casi centenario Yebra Ortuño, que encontramos en la plaza y en unión de su mujer, nos obsequian antes de empezar el trato de los quesos.

La comida servida a la carta fue así:

Jamón serrano.

Aceitunas de invierno.

Pan candeal.

Mosto casero.

Queso de Escúllar.

Roscas de Navidad.

Todo indígena y artesano.

Con esta succulenta comida serrana se pesaron arroba y media de quesos para conservar en aceite el tiempo justo de su fermentación y consumo.

Nuestra visita fue por el mes de mayo. Los quesos eran frescos y los roscos tenían seis meses fabricados por la mujer de Antonio Yebra, hija de Antonio Padilla Vaquero que acudió a saludarnos a la casa y nos contó la historia de una promesa que cumplió descalzo por la serranía hasta el Cristo del Bosque de Bacares, en acción de gracias, por haber salido ileso de un vuelco de automóvil donde todos murieron menos él.

¡Qué secreto tendrán estos roscos, tiernos y gustosos al paladar después de seis meses de fabricación casera! La fórmula es “made in Escúllar”.

Antonio Padilla Vaquero tiene en la actualidad 66 años y hace nueve años que cumplió su promesa después de andar más de 9 horas descalzo y a buen andar por entre bolinas, albaidas, tomillos, tierra, pizarra, sudor, sangre y lágrimas. Esto sería morir sin las botas puestas, según el milagro del Cristo del Bosque.

La fe mueve montañas.

Antonio Padilla vive en Badalona con cuatro hijos y viene a visitar a sus dos hijas que aun quedan en los Filabres. Héroe anónimo de un maratón de 60 Km. descalzo. Quería dejar su corazón limpio pagando a su Cristo la vida que le debía.

Padilla había captado el misterio de Dios y la sabiduría de los frutos que nos regala cada día.

Los quesos de Escúllar pueden figurar sin desdoro en el diccionario de los quesos españoles junto al Manchego, de Oropesa o de Orduña de la sierra de Ávila.

La resignación y tristeza, que se adivina en los rostros de estas gentes, tuvo su cara alegre en el esplendor de otra época en que se permitían contratar las bandas de música de los pueblos vecinos de Fiñana y de Abla.

Me cuenta mi amigo Valverde que el maestro Manuel “Garrones” de Fiñana, que dirigía la banda, llegaba con sus músicos a la estación de Abla donde se le recibía con cohetes y se les transportaba en caballería al pueblo en la víspera del 8 de diciembre, fiesta de la Purísima. Los músicos, por supuesto, actuaban la víspera y el día de fiesta. Desde la Fuente entraban tocando y disparando cohetes, recorriendo después las tres calles.

El baile se hacía en la Plaza con un total de 50 parejas “agarraos” y duraba hasta la madrugada.

Seguía después la Diana, la Procesión, después de la misa, y por la tarde y noche la verbena y se despedían a las 9 de la mañana del día 9. Unos San Fermín en pequeño. Descansaban los músicos unas horas en las casa mediante sorteo.

La banda cobraba 1.000 pesetas.

Estaba compuesta de la siguiente manera, y queda así para la historia:

Valverde distribuía los papeles musicales.

Ángel “El Gaslopa” sacaba coplas a manera de comparsa y tocaba el bajo.

Sebastián tocaba el bombo.

Paquito “El Frutero” tocaba el clarinete.

Antonio “El Gordito”, célebre por el bacalao, tocaba la flauta.

Pepe “El Caja” tocaba la guitarra.

Angelillo también el clarinete.

Paco Portero el saxofón.

El Cano la trompeta.

Luis “El Panza” también tocaba la trompeta.

Y Antonio “El Críspolo” tocaba el pito grande.

Durante las veladas había bacalao y vino hasta quedar “fuera de combate”.

XIV. GÉRGAL, LAS ANEAS, EL ALMENDRAL Y PORTOCARRERO

Gérgal es un pueblo de historia morisca sobre todo cuando se reavivó la rebelión a mediados del siglo XVI. Se quedó en la llanura del trasiego del trigo y el cultivo de la vid.

Hoy tienen sus esperanzas turísticas y de desarrollo merced a sus buenas comunicaciones y a las instalaciones del Observatorio astronómico del Calar Alto.

No obstante, habrá de correr instalando algún que otro hotel de reposo y remanso de los aventureros de la sierra. Se aprecia un remozamiento inicial que necesita el estímulo de la protección oficial.

Siempre le visitamos por la carretera que parte del puente del Verdelecho, serpenteando unas serratas con escenarios para las películas del Oeste Americano.

Hay sequedad en el ambiente del camino, pero la frondosidad aparece como un oasis cuando en las últimas vueltas de la carretera, que gira en sentido de un perfecto círculo, aparece el pueblo tendido al sol en las faldas pizarrosas de la sierra. Ahí no estaría de más un potente mirador de observación.

Que lo piensen los gergaleños y la Jefatura de Obras Públicas.

Gérgal dista de Almería unos 40 Km. y es una perfecta excursión para las gentes de Almería que quieran desintoxicarse de la contaminación y de la prisa. Pero los bares hay que remozarlos con instalaciones y trazar unas calles enjalbegadas y con geranios multicolores que muestren el encanto misterioso de la vida rural propia de un pueblo cabeza de partido.

¡Ay, qué sueños para el futuro!

¿Qué pasa con los moros y cristianos con sabor de medioevo?

Los mostos de Gérgal siempre han tenido fama y su degustación no debe perderse. Con fe y con unos viñedos en desarrollo se podrían montar los cimientos de unas futuras bodegas. Todo es cuestión de fe, de unión y de trabajo.

El pueblo por ahora está en anquilosis.

El mando de las gentes de Aben Humeya recayó, en este pueblo, en manos de Aben Mequenun, el Puertocarrero de Gérgal, que sublevó a las gentes de los Filabres. Este no era el filósofo Abú-l-Barcat de Balfiquí sino el levantisco guerrero al que se unían los moriscos venidos de África en 1569.

Por esto tiene su encanto recorrer estos parajes, porque la historia hay que meditarla en los escondrijos milenarios de los hombres fuertes, y precisamente rambla arriba buscando las cumbres del Sestero de Burgós vamos a tener la sorpresa de encontrar, entre otras cosas interesantes, unos caseríos, hoy abandonados, que son conocidos por el nombre de Portocarrero.

¿Fueron los reales de Aben Mequenun?

Gérgal tiene una plaza poco cuidada donde el mármol campea desde largo tiempo en su fuente. Dos olmos gigantes dan sombra al perímetro cuadrado de la misma y puede leerse en una fachada, junto a la carretera, un mosaico casi blanqueado en su contorno, el siguiente rótulo:

“Pusieron los olmos José Cuadra y Manuel Soria, año 1884”.

Dentro de 9 años serán centenarios. ¡Qué señorío y qué solera inmortaliza la historia de las plantas nobles en las plazas campesinas!

Enjalbegada y limpia esta plaza, con macetas vistosas y bien pizarradas sus calles, sería el catalizador de su grandeza futura.

De su castillo moruno podemos hacer la glosa del noble afán de conservación de su dueño actual que le ha dado empaque de antigua fortaleza.

Así se hace patria grande en las patrias chicas.

Hoy le corresponde el turno a la restauración del castillo de Tahal, parador de la Reina Isabel en su travesía por los Filabres.

Al salir del pueblo de Gérgal, a 200 m. parte un camino asfaltado a su derecha, que nos va a deparar el placer de situarnos a las puertas del Castillo.

Un día algo lluvioso acompañado del maestro Miguel Muñoz, gran amigo y amante de las huellas del neolítico, hicimos la ruta de la Aneas, el Almendral y Portocarrero.

Era mediado del mes de abril. Llovizna suave y cielo cerrado.

Aun sin frío, por precaución, nos enfundamos un anorac de plástico y con el equipo fotográfico correspondiente nos adentramos en los pizarrales de la rambla por buena carretera hasta las Aneas donde termina el asfalto.

Molinos de agua en el fondo. Minas de hierro abandonadas a derecha e izquierda.

Por mal camino de tierra y grava llegamos al Almendral donde termina la carretera. De todas las casas en ruinas sólo vimos dos a media vida con humo, en sus chimeneas de pizarra y latón y algunos aperos de labranza en el zaguán de otra.

Dejamos el coche y por camino real de piedra descendemos al lecho de la rambla, que nos trae el agua de las alturas.

Empieza el paisaje naturalista. Un escenario de canchales, almendros, frutales, juncos y adelfas. Agua que hemos de vadear varias veces. Rumor de cataratas en los pozos de los molinos semiderruidos que contamos hasta un número de 8. Parrales, asnachos gigantes, chopos, almendros que van en aumento hasta la llegada nuestra hasta Portocarrero.

Pinturas rupestres para los estudiosos de color rojo y figuras de semi indalillos en movimiento. Trípode, montaje de máquina fotográfica y traer en diapositivas aquellos murales milenarios.

La llovizna era suave y las siluetas de los montes quedaban perfiladas por nubes de algodón en un cielo plomizo.

Solo un motorista y un arriero nos han saludado en nuestro solitario camino. Se nos antojan los “Últimos de Filipinas” mientras el agua zumbona y sonora estragada por las cistas de entrada a los molinos, algunos de los cuales se han movido hasta hace 15 años para moler trigo, cebada y aceitunas.

La aventura nuestra quedó incompleta.

Por encima de Portocarrero quedaba el Peñón de las Juntas con más pinturas rupestres que han quedado para fotografiar en otra ocasión.

Tenemos noticias directas de ser una terraza fortificada unos miles de años antes de J. C. Allí están las huellas, la cerámica, el sílex y los restos de los poblados. La arqueología se enriquece con estos hallazgos que deben figurar en nuestros museos.

A nuestro regreso nos sale al paso María Fenoy, en las Aneas, y aunque es de noche nos invita a jamón y vino, tan bueno para el camino. Casa pulcra y cuidada. Nos cuenta la vida pasada de aquellos contornos donde en otros tiempos pasaron de mil habitantes. Hoy sólo quedan en conjunto unas 12 familias.

De las fuentes de El Toril, de la Moreta y del Barranco de la Virgen llegan las aguas a Gérgal y a sus antiguos molinos. Hace memoria María Fenoy y va enumerándolos:

Molino de Gérgal.

Molino de Dolores.

Molino de Ramón.

Molino de Urrutia.

Molino de Pujante.

Molino de Luis Rita.

Molino de Portocarrero.

Molino del Peñón de las Juntas.

Damos las gracias a la Sra. María que nos contó muchas cosas y hoy sólo son apuntes para una historia.

XV. OLULA DE CASTRO “PUEBLO SIN SALIDA”

Es una ruta con estación “términi” a unos 1.400 metros de altitud, ya que la carretera proyectada, en el pasado, se detuvo por debajo de las faldas montañosas de la Piedra de la Romana, cuando la misma se dirigía al pueblo de Castro de los Filabres. La carretera, hoy en día, parte, antes de entrar a Gérgal, en dirección a Oriente, en medio de un paisaje mezcla de arcilla y pizarra con algunos matorrales y almendros poco frondosos.

Tenemos la suerte de encontrarla asfaltada en un trayecto de 14 kilómetros que es la distancia que hemos de recorrer para llegar al pueblo.

En coche es muy cómodo el camino pues aunque la carretera es vecinal, el poco tránsito de la misma nos permite ir confiados venciendo una pendiente suave desde el principio con un serpenteo caprichoso adaptado a la geografía de sus montañas.

Torrenteras reseca, espartizales, retamas, algún que otro aprisco de ganado derruido vamos descubriendo en el tobogán de nuestro camino mientras a la derecha y al fondo se muestran las arenas del barranco de los Prados y del arroyo del Tallón, que van a formar el arroyo del Verdelecho.

Resecos almendros en las laderas de los montes.

Olivos en el fondo de las torrenteras y barrancos.

Algunas casas en ruinas.

Mas antes de descubrir este paisaje, hemos dejado a nuestra izquierda el trazado y el rótulo del camino de la Fuenseca, que éste si que es verdad que nos llevará a la cumbre. Ya tendremos ocasión de hablar del mismo.

Cuando hemos pasado la mitad del camino hacia Olula y miramos por la carretera hacia el norte, descubrimos las casas del pueblo tendidas en la solana de la sierra y formando una geometría regular escalonada de izquierda a derecha. Alguna que otra trinchera pizarrosa nos priva del itinerario rectilíneo al igual que el zig-zag de la carretera.

Pero la observación de la abundancia de olivos, en el fondo del valle, nos pone en pista, poco a poco, de la presencia del pueblo a pocos kilómetros. Sin embargo aparecen unas casas, a la derecha, de aspecto deshabitado, que nos obligan a disminuir la marcha y poder contemplarlas. Un gato salta junto a la cuneta y éste es para nosotros el indicio de que allí aun queda vida.

Después sabríamos que son las casas del Tallón Bajo donde sólo viven dos matrimonios y una mujer sola.

En nuestras correrías por la Sierra ya hemos presenciado el abandono de los caseríos como una muestra de la desesperanza de estas gentes que tanto conocen de la vida dura. Años sin agua y sin pan son la brújula de la emigración. Y cuando el coche nuestro cruza un puente sobre el arroyo del Tallón, en cuyo lecho la fresca alameda nos muestra el verdor que contrasta con el reseco paisaje, pensamos en las manos campesinas abatidas por la desgracia de la sequía. Casas de pizarra abandonadas. Baluartes postneolíticos abatidos cuando la vida sedentaria nacía a las orillas de los arroyos.

Así pensando nos acercamos al pueblo. Una alfombra de olivos empalidecidos y unos almendros resecos sirven de escenario al caserío que ya casi tocamos con las manos.

Detenemos el coche. Hacemos fotografías de aquel abanico abollonado de la sierra que ya tenemos descubierto en sus penachos de la cumbre, desde la Piedra de los Ladrones hasta el collado de María Antonia. Es un abanico gigante, pétreo, con varillas formadas de resacas torrenceras en verano y arroyos cristalinos en invierno. La varilla central viene del alto de las Hoyas por encima de los dos mil metros y del Torilillo, que tiene a sus pies las ruinas de tres antiguos molinos. A la izquierda queda la Merendera y a la derecha la Piedra del Rey. ¡Qué lástima no disponer de tiempo para recoger la tradición de algún rey moro con sus castillos de la sierra!

Justamente a 14 kilómetros de Gérgal sale la desviación hacia el pueblo mientras la carretera sigue hacia la sierra para detenerse sobre el Cerro de la Juana. Habrá que esperar la continuación de las pistas forestales que la llevan hasta Castro. La carretera aquí, que es sólo estación “términi”, figura en los mapas como terminada desde hace más de treinta años. No es la vez primera que viajando por Andalucía con el mapa en la mano, no encontré la carretera buscada. Esto podría llamarse promesas no cumplidas.

Con las promesas no cumplidas viene el escepticismo y la desesperanza.

Entramos por la desviación hacia el pueblo, de escasamente un kilómetro, por carretera de tierra y en mal estado. Destaca entre la

policromía blanca y pizarrosa la silueta de la Iglesia. Entramos por la calle Real hasta el Ayuntamiento por calle empinada.

Mes de septiembre, 5 de la tarde. Una sola mujer vemos junto a la Iglesia. Es la madre de la telefonista. Nos acompaña a la visita que hacemos a la patrona, la Virgen del Patrocinio salvada en la guerra de su quema por la devoción de sus gentes. Una talla pequeña, preciosa, colocada en el altar mayor.

La Iglesia destaca como edificación del resto de las casas. Tiene armonía y belleza por fuera, dentro de la sencillez y en su interior, de paredes lisas, sólo cabe destacar un arco en el presbiterio y una cúpula con cuatro nervios que arrancan sobre una cornisa estrecha y circular sostenida en las cuatro esquinas por unas pechinas sin decoración.

El Ayuntamiento queda al costado izquierdo de la Iglesia. Tiene forma de cuña y está cerrado.

Recorremos la calle de la Iglesia y nos recreamos con las flores de las ventanas y terrazas. Mujeres y niños observamos en las calles. La telefonista nos ha dicho que éste es un pueblo sin vida y que no hay huerta por carecer de agua. El lavadero está clausurado por carecer de la misma.

El agua del pueblo viene de la antigua fuente del Pino y llega aquí, a un depósito general, que la distribuye a 5 pilares: uno para la escuela, otro para la Iglesia, dos para el Barrio Alto y otro para el Barrio de las Cruces, que está junto al cementerio.

La cosecha de patatas salió adelante por las lluvias de la primavera, pero de seguir la sequía con el tiempo, el pueblo quedará abandonado. No tienen dinero para traer el agua de la Merendera.

Una cotorra argentina gritaba en el balcón de una casa. Eran gritos desesperados. Montamos en el coche y ya en la carretera mi hijo Joaquín me señaló la presencia de dos bandos de perdices, que en sus vuelos repetían el adiós nuestro a este pueblo de la desesperanza.

XVI. CAMINO DE LA FUENSECA

Si queréis subir al Calar, ir a Bacares o visitar la fuente de la Merendera, desafiando la incomodidad del camino y viviendo la aventura de la sierra, aquí tenéis una pista forestal polvorienta en verano pero sugestiva en todas las épocas, que os va a conducir hasta la peña de los Ladrones y la peña del Águila, abriendo las puertas a vuestras correrías por la cumbre.

Antes de llegar a Gérgal existe una desviación a Olula de Castro. Justamente a cinco kilómetros vais a encontrar una nueva desviación a la izquierda con un rótulo de ICONA que indica a la Fuenseca. Aquí empieza la pista terrosa a unos 800 metros de altitud. En un trayecto de veinte kilómetros vais a subir a los 2.000 metros.

Justamente a los seis kilómetros de esta pista encontraréis otro rótulo. Seguir adelante otros cinco kilómetros más. División de caminos. Tomar a la derecha y a los cuatro kilómetros estáis en la Merendera. Dos kilómetros más y estáis en la cumbre.

Por esta pista forestal vais a encontrar las terrazas para la plantación de pinos; pinos ya nacidos con 15-20 centímetros y así hasta la cumbre en la que iréis descubriendo más terrazas y más pinos por la solana de los Filabres.

La pobre vegetación serrana tiene una policromía cambiante en primavera y en invierno. Por estas alturas queda el peñón neolítico de las Juntas y las cuatro fuentes del Chortal. El jeroglífico de la alta montaña tiene muchas soluciones.

Cuando nosotros hacemos esta ruta en invierno, con el camino nevado, hemos elegido un refugio natural, antes de llegar a la Fuente de la Merendera, que lo bautizamos como el refugio de la Nevera porque aun dentro de él las nieves se apilan para refrescar la sidra del viajero. Las grandes pizarras sueltas de su suelo nos permitieron fabricar una mesa rústica y unas sillas del mismo material. Desde allí quedan a nuestros pies las llanuras de Gérgal.

Desde la Fuente de la Merendera podéis contemplar hasta el castillo de aquel pueblo. Por delante hay una alberca irregular, con agua cristalina y con el tiempo los frutales recién puestos adornarán el paisaje y darán sombra a nuestro descanso.

Dos kilómetros más arriba tenemos los Cortadillos o Azucarillos ya en la propia cumbre con los 1.950 metros. Aquí está la cruz de caminos de la sierra. A la izquierda el Calar, al frente Bacaes y a la derecha Velefique y la Tetica de Bacaes.

El milagro de la repoblación forestal lo tenéis frente a vuestra vista.

XVII. EL SUEÑO DE LAS CARRETERAS

La cenicienta Sierra de los Filabres se está poniendo de moda en el pensamiento de los soñadores y de los hombres sufridos que no renuncian a las realidades futuras de sus carreteras. Los medios de comunicación se han puesto a su servicio y por doquier surge la noticia. Escriben los cronistas adivinando ese paréntesis de esperanza que vengo sacando a la luz desde hace varios años. Pero es que la suerte no siempre está del lado de quien la busca sino de quien la encuentra. Y la orografía escarpada de esta serranía se la ha encontrado como un premio mayor de la lotería o una quiniela gigante de toda una temporada: -mil millones de pesetas-.

A través de nuestra ruta hemos trazado los caminos de la vertiente meridional en el sector occidental por Aulago y Velefique. Por la Fuenseca, Olula, Portocarrero y Castro. Los tradicionales del sector oriental son más conocidos: Carretera de la Virgen por Uleila, Albanchez y Cantoria que prácticamente se desliza siempre por debajo de los 1.000 m. y da unos brazos a derecha e izquierda besando las últimas estribaciones orientales de la Sierra por Lubrín o metiéndose en la maraña de unas barranqueras radiales que van trazando la esfera de una reloj geológico gigante con las horas trazadas en la arena de aquellas ramblas milenarias, y en el centro un apéndice pétreo circundado por las atalayas moras de los pueblos de Alcudia, Chercos, Benitagla, Benizalón, Tahal y Benitorafé, quedando a la derecha el Monteagud con la ermita de la Virgen de la Cabeza.

Pero la pesadilla de llegar al río Almanzora quedaba siempre en pie por el sector occidental, privando a aquellos pueblos de la unión con la capital por los siglos de los siglos. Es más fácil acercarse a Baza o Granada que venir a Almería.

Gracias al milagro de las pistas forestales yo he cruzado la sierra por el sector de Aulago hasta Bacares y Tíjola. Y por el sector de Velefique hasta Purchena en un desafío entre el pensamiento

geográfico e histórico corriendo una aventura de ruedas por entre los collados arcillosos, que en el siglo XV pisaron los jinetes guerreros de los Católicos Reyes de España con D. Fernando a la cabeza. Adivinaba las nieves, la fatiga de la marcha y el heroico comportamiento de aquel puñado de hombres ilusionados en la unidad de España.

Cuando subido en los alcores de estas montañas he mirado hacia el mar y hacia el valle del Almanzora, un suspiro de gozo me hizo concebir la esperanza que transcribo: por fin las gentes de estos valles, encerrados en el espacio y el tiempo, van a descubrir fronteras nuevas con los nuevos caminos. El emocionante mosaico de la sierra se va a someter a las leyes universales de las vías de comunicación buscando el progreso y sus gentes van a sacudir la pesadilla del aislamiento y la soledad del Cosmos que hace temblar la tierra en los días de tormentas por aquellos valles donde el eco parece mover hasta las piedras.

Hoy más que nunca en Almería se tiene conciencia de la necesidad de comunicar los pueblos de la sierra por la línea vertical que venga a desembocar a Velefique. Desde Serón he mirado la sierra por el sector norte y con el pensamiento he llegado a la cumbre. ¡Qué bella estampa la de aquellos parajes de la ruta del jamón!

Serón, Alcóntar, Lúcar, Somontín, Urracal, Tíjola, Bayarque, Armuña y Bacares. Una baraja de pueblos ribereños cargados de historia que esperan la carretera soñada.

Esta esperanza es un reto de la historia con la geografía, que gracias a las máquinas gigantes de hoy se va a convertir en duelo que marque las rutas de riquezas en las calendas de los años venideros y que casi, como en la paz del Vietnam, se toca con las manos.

Velefique – Bacares – Tíjola, en ruta trazada por los Filabres, y Serón – Bacares – Gérgal, comunicados igualmente, marcan en el mapa una X gigante de incógnita que, unida a la ruta en Y gigante de las dos subidas a la cumbre, tiene que resolver, de una vez y para siempre, el gran problema que Almería tiene desde siglos de atravesar su sierra matriz con miras al futuro prometedor de aquellas alturas.

En aquellas alturas de los 2.000 m aguardan el Observatorio del Calar y el repetidor de la Telefónica. Dos batutas científicas en la gran orquesta que suena en honor a la Cenicienta desposada con el príncipe etéreo del firmamento llamado Cielo.

La escudería ya tiene pistas para sus ruedas en las onduladas subidas y bajadas de aquellos caminos. El pino en su majestad verde prepara un bosque dilatado, que tendrá que tejerse con adornos de hayas, castaños y nogales. Las pistas de nieve habrá que trazarlas con la consolación de las pistas de hierba para esquiadores incipientes y hasta el montañismo bravío descubrirá sus peñas favoritas para

las cordadas. Y finalmente los expertos tendrán que buscar áreas turísticas para el turismo de montaña.

La caza, la pesca de altura, que habrá que ensayar, las plantas aromáticas, las setas, las fresas silvestres, las frutas de altura serán la delicia del montañismo que jugará, con el sol, la nieve y la bruma, la aventura maravillosa de estos parajes que pregonarán la Almería inédita de la Sierra.

Quien sabe si las lluvias artificiales serán engendradas en el porvenir desde los collados escondidos de esta geografía caprichosa. Y si cometas artificiales lanzados por Max Planck y España, haciendo alardes de física extraterrestre, ofrecerán espectáculos nocturnos que informen sobre los vientos solares basándose en los campos eléctricos que rodea la atmósfera magnética de la tierra.

Mientras tanto, un pueblo ignorado y escondido, como una perla en su concha, incrustado en el fondo de la Sierra de los Filabres, cuyo nombre es Bacaes prepara con rubor el desposorio suyo con unas carreteras, que ya le está haciendo el amor, desde los collados vecinos de sus puertas.

Al filo de las esquinas y al rumor de las aguas de sus fuentes, hay un suspense de carreteras que se adentra en el mismo corazón del pueblo.

XVIII. BACARES “LA PERLA OCULTA DE LOS FILABRES”

Ignoro la procedencia del nombre de Bacares. No sé si la aventura final del hombre del paleolítico lo llevó a este escondido rincón de la Sierra de los Filabres, siguiendo aguas arriba, en busca de la llave del agua permanente, cuando quería iniciar la vida sedentaria. Sea cual sea el origen de su nombre tiene sabor de romance amoroso y pomposa terminación de poema.

Bacares es un sueño alado con música campestre. Duerme en el fondo de tres barrancos –Barrancón, Enmedio y Nimas– para formarse después el río de su nombre. Desde la prehistoria tiene el capricho de adornarse con el verde cromático de sus terrazas y la blancura de sus nieves.

Llegar a sus casas es descubrir el belén de la cal y los aleros de pizarra, en medio de una maraña de bosque coqueto, que se mete en su propio corazón, partiendo el pueblo en dos mitades. Bacares queda partido por el barranco central de Enmedio, que sirve de fiel de balanza del poblado. Un rumor de aguas tranquilas juguetea con los cantos rodados de sus arroyos. Y en la noche, toda una sinfonía de silencios y sombras ensaya un preludio pastoral de música inacabada.

Quien conoce Bacares siente la necesidad de visitarlo de nuevo.

No es fácil llegar al pueblo. Es un oasis de la sierra sin caminos. La historia de Almería oculta su nombre para airearlo tan solo en tiempos de dominación árabe. Las entrañas de la Menas de Serón le dieron hierro en abundancia, y en la época de esplendor de Almería, en los tres primeros siglos musulmanes, forjó en el seno de sus fraguas muchos objetos de hierro, que la República Marítima de Pechina llevó con sus naves por todos los puertos del Mediterráneo.

Almería, pregonera de gestas gloriosas, tiene unos símbolos caprichosos en la historia de sus gentes. Un día fue Líjar, declarando la guerra a Francia; otro, Pechina haciendo su República con las tierras de Alhamilla, Alhabia, Bentarique, Marchena, Santa Fe, Alboloduy,

Serón, Tíjola, Somontín, Purchena, Senés, Velefique, Tabernas, Sorbas y Níjar; y en la prehistoria creando su tótem esquemático, mezcla de divinidad y humanidad que sintetiza el espíritu de esta tierra.

Bacares no podía estar ausente en la historia de Almería, el fuego de Vulcano, el yunque y el martillo hicieron el milagro de dar formas al metal abundante de sus collados. ¡Qué trasiego más valeroso el de sus gentes bordeando los arroyos hasta Bayarque y de aquí al Almanzora! A buen seguro, a la vera de las sendas cautelosas, y junto a los molinos movidos por las aguas, quedaría delimitada la legendaria ruta del jamón de aquellos valles.

He visitado Bacares varias veces y todo me descubre el velo de un pasado de esplendor recio, como la vida de sus gentes. El pueblo se oculta en el fondo de tres faldas montañosas gigantes, que lo arropan, y no deja verse desde la cumbre de los Filabres. Desde esta cumbre y desde el cerro de las Hoyas, como vector vertical de situación mirando al norte, queda a su derecha la Tetica, que lleva su nombre, a la izquierda el Alto del Calar del Gallinero y al frente el Cerro del Layón, todos alrededor de la cota de los 2.000 m. Hay que descender unos 800 m para llegar al pueblo (1.213 m.), pero hay unas salpicaduras secundarias de montes, que forman un apretado círculo con la tela de araña radial de sus arroyos. En el fondo la “Perla oculta de los Filabres”.

Contemplar estos macizos en aquellas alturas es un deleite espiritual para el alma que busca remansos de paz en la soledad de cielos y tierra. Y si tenéis la suerte de elegir la subida en los días de nieve, las inmensas plegaduras blancas os descubrirán la grandeza de la vida natural sin las manos del hombre.

Del collado de María Antonia, puerto natural al norte de Velefique, a la Peña de los Ladrones hay toda una pista suave en una distancia de unos 15 Km. Podemos detenernos en su centro, en las alturas de la izquierda que son las Hoyas, y mirar hacia el mar, que puede ser visto, si no hay bruma, en el meridiano que pasa por la Térmica, y todo esto a la altura de los 2.000 metros.

Al llegar a las alturas del Sestero de Búrgos y antes del Calar Alto, se nos brinda una pista forestal torciendo a la derecha en busca del collado del Conde. Hemos contemplado el arranque del bellissimo río Barrancón. Después de 6-8 Km. llegamos al collado del Conde de la Puebla y girando a la derecha llegamos al fondo dejando a nuestras espaldas la majestad del alto del Calar del Gallinero y a la izquierda el cerro del Coto, Las Menas y el cerro Layón de una majestad impresionante por la roca escarpada que nos descubre. La parte final del camino es malo y pedregoso pues las lluvias y las

nieves lo deterioran y destruyen y el pueblo sufre el aislamiento de la civilización por los siglos de los siglos. Las sendas y veredas solo son un recuerdo de pastores y hombres nómadas de la época bíblica. Por este camino difícil descubrimos a muy poco todo el verdor de sus huertas, que le circundan, el arbolado de sus montes y empezamos a desentrañar la geometría de las casas de pizarra y de cal, que vemos en toda esta sierra. Unos almendros nos saludan con todo el vigor y verdor de sus brotes y en las últimas curvas las perdices se revuelan como si aquella zona fuera una reserva natural que las defendiera de la pólvora del hombre.

Pasamos el barranco del río Barrancón, cruzamos sus aguas cristalinas y percibimos el frescor de sus alamedas divisando finalmente la iglesia con su torre, especie de minarete, con las ruinas del castillo moro al fondo, que nos saludan mientras en suave pendiente llegamos a la plaza del pueblo.

El pueblo de Bacares está incrustado en pleno corazón del macizo de la Sierra de los Filabres, con los 600 habitantes con que cuenta en la actualidad, y a una altura sobre el nivel del mar de 1.213 metros. Parece un ombligo verdequeante, con murmullo de aguas cristalinas cuando toda la sierra se cubre de nieve en los meses de invierno. Es un pueblo sin caminos. Un oasis de paz en el fondo de las gigantes montañas que le rodean. El pueblo tuvo el capricho de asentarse encima de la confluencia de dos arroyos que de sur a norte discurren antes de unirse para formar el río de Bacares. Son el Barrancón y el arroyo de los Frailes. Pero el pueblo quería jugar con sus aguas y se dejó partir por un barranco frondoso, llamado de Enmedio.

Bacares es un pueblo centenario y no sabemos si milenario, porque al discurrir por su interior y sus arrabales se nos cuela el duende de sus soledades, con un encanto de paz profunda, misteriosa, que nos habla en silencio de unas culturas muy remotas. La paz profunda de los valles perdidos entre tanta montaña es una paz única que huele a cosa eterna, como el paraíso terrenal de nuestros primeros padres. En el seno de aquel mar dulce surgió la perla oculta, y Bacares no necesitó caminos grandes, sino las pisadas de unos hombres del paleolítico que descubrieron el remanso de la soledad en el trasiego de unas aguas, que empezaban a ser tranquilas, en aquellas latitudes y alturas de 1.200 metros.

¿Serían fenicios, cartagineses o romanos llegados por Villaricos y Palomares los que siguieron río Almanzora arriba los que llegasen a aquellos lugares?

Algúen debió enseñar a aquellas gentes ya neolíticas a meterse en las entrañas de la tierra para sacar las riquezas escondidas de

sus metales. Alguien debió llevar el aroma de los pinos y nogales, del almendro y el olivo. Pero unos hombres enseñaron, en la época de esplendor de Almería, a fabricar artesanalmente unos objetos de hierro, que allí fue fundido, para darle formas y ser desplegado en comercio abundante por las aguas del Mediterráneo.

Bacares abría su concha al mar y establecía un trasiego por el río Almanzora buscando horizontes nuevos. Junto a los objetos de sus funciones primitivas, tal vez guerreros, sus hombres exportaban la abundancia de sus ganados y de sus cereales, fruto de sus vidas sedentarias.

Es una delicia oír a sus hombres de hoy, que el nombre actual nació de tanta vaquería y establos primitivos de los que se contaban en abundancia. Vacares o Bacares. También Palomares nació de tanta paloma en sus arrabales, ¿quién sabe? En otros tiempos pastaron más de dos ó tres mil cabezas de ganado vacuno por entre los collados de aquellas cresterías y hasta 20 ó 30 mil cabezas de ganado ovino y cabrío y con la llegada del salario colonial del hierro aquellas cabezas fueron desapareciendo.

Es lo cierto que la huella del esplendor rústico y la superpoblación de otros tiempos queda impresa en la geografía abrupta y apacible de sus barrancos. Aún quedan dos molinos de agua en el río Barrancón. Uno por encima del dique de contención de sus aguas, que está parado hace más de 60 años, y otro por debajo que aún trabaja oculto entre el follaje frondoso de sus riberas. Otro molino existe en el arroyo de En medio y tres molinos más en el río de Bacares antes de llevar sus aguas al río del moro Almanzor. Hay que imaginar que seis molinos muelen mucho trigo y mucha cebada trabajando día y noche, sin esperar al viento ni a la llegada de la electricidad. Molinos tranquilos y furiosos sin las aspas de la Mancha ni las llanuras.

Llegar a Bacares es una aventura siempre. Pero vale la pena que sus gentes nos miren y nos traigan el mensaje de lo que esperan para redimirse del aislamiento actual. La llegada es penosa. Hay que escalar por caminos forestales, y descender al fondo de unos valles frondosos y que tejen un tapiz policromado de frutales en escalones asimétricos y caprichosos.

El pueblo es uno de tantos belenes de pizarra y cal, que recortan perfiles desafiantes y soñadores. La plaza de llegada, la Iglesia, con el Cristo del Bosque, y la calle Real, que nos lleva de la mano a la Fuente del Nogal o Fuente Grande. Un puente de forma de media luna nos lleva al barrio de allá y a la atalaya mora que está en semirruinas. El Cristo del Bosque era obra de Alonso Cano y se perdió en la Guerra. Sólo se conserva un pie que tiene injertado la nueva escultura. Camino

del bosque se encuentra una ermita solitaria, escondida en el ramaje lujurioso de sus árboles.

Bacares tiene personalidad propia por su geografía y por su historia y aún conserva personajes legendarios de principios de siglo. He conocido al Cubano, que es un hombre pícnico, mofletudo y tranquilo con la seguridad y dominio que dan los años consumidos día a día frente a la aventura y al trabajo. Nos cuenta que ha recorrido territorios de Oceanía con su padre, que iba a buscarse la vida a otros mundos. Territorios de América del Norte y Central. California y Cuba y hasta Méjico, donde le sorprendió la revolución de Pancho Villa.

Corrían los años 1909-10. Fue testigo de la presencia de los gachupines que se bebían el alcohol sin rebajar. Permaneció 15 años en Cuba y aprendió a cultivar la caña de azúcar y el tabaco en todas sus provincias, pues su vida fue movida y azarosa, ya que las rebeliones de los negros y sus emboscadas le hacían difícil la vida sedentaria. Nos cuenta la rebelión de los “Vacas gordas” que duró tres meses.

Cuando el Cubano volvió a Bacares conoció a una población de más de 8.000 habitantes, que vivían del trabajo de las minas. Sentado con nosotros en el bar de Juan Felices nos da una baraja de nombres de las minas de Serón y de Bacares. El Capítulo, la Raja, la Nueva, California, el Telegrama, Francia, la Perdigona, las Menas, Rascador, y Cortijillos con la Concepción, Necesaria y J-1 y por si fuera poco testimonio pide el auxilio de otro hombre de historia, conocido en el pueblo con el nombre de Cantaor el Barrendero, para que nos diga y describa un vestigio oculto del hombre – topo de aquellas alturas que labró un camino subterráneo de tres kilómetros y medio que parte debajo del collado del Ramal, desde el Vallejido hasta el Cortijuelo. Tercia en nuestra mesa de velador este hombre que hace las delicias de nuestra velada en una noche inolvidable. José Fernández, que así se llama, nos canta por fandangos y bulerías y a pesar de sus 61 años y padecer una silicosis de segundo grado, se esfuerza en darnos a conocer un repertorio dulce, anecdótico e histórico de sus correrías por el monte con su perro y por las minas con su carburo.

Bacares tiene personalidad propia por su geografía y por su historia – como digo.

Espera el turno de sus carreteras. Y hasta un violín de Joshef Stradivarius, que guarda su dueño, el maestro del pueblo. Egea Golbano, también espera cuerdas nuevas para cantar una sinfonía melódica el día histórico en que el camino directo con Almería sea realidad. Ese día será fiesta en el pueblo y los frutales de su vega y las plantas silvestres se adornarán de gala para rendir un canto de aleluya por darse en la Sierra de los Filabres tan grande maravilla.

XIX. SENÉS “LA SOLANA DE LOS ALMENDROS”

Es un pueblo pintoresco y escalonado en las faldas de la sierra, que duerme el sueño del olvido desde largas centurias. Desafiante y bravío como sus gentes que no temen a las alturas de los 1.000 metros.

La “solana de los almendros” sería el calificativo más apropiado para el amplio perímetro cultivado por sus moradores.

¡Cuántos almendros, en legiones castrenses, bien alineados forman guardia permanente por las colinas que arropan las pizarras del pueblo! Esta es la moneda de cambio que alimenta a sus moradores, emigrantes y no emigrantes.

Se puede llegar a él desde Tabernas, si hemos partido de la capital. Pero si venimos por las cumbres puede ser un descanso en el camino desde Tahal, Laroya, Sierro y Sufli, Velefique o Purchena. La historia de los arrieros y cosarios está sin escribir en el misterio de las veredas serranas con los mulos y asnos, soles, vientos y lluvias, nieve y noches oscuras desde la prehistoria.

Pero amigos, aún hoy, ¡qué carreteras! Hace falta un parto masivo de asfalto que haga posible el trasiego cultural del siglo XX. El milagro de la redención comienza a vislumbrarse.

Al salir de Tabernas hay una desviación a Velefique pasada la gasolinera.

Un kilómetro casi recto y enseguida una bifurcación, cuyo brazo derecho hemos de seguir, con polvo y grava en una llanura inmensa de 7 kilómetros. No es mucha contaminación silicótica si tenemos la ilusión de conocer este rincón apartado y primitivo del hombre del neolítico, que ya habitó aquellas alturas y del hombre moro, que sediento buscaba las aguas de las torrenteras para hacer oasis soñadores mirando las arenas de los barrancos.

A las puertas de Senés he llegado una docena de veces, en mis excursiones montaÑeras, para apagar la sed en los caños de bronce

con resorte que hay a su entrada. Caños molestos para el usuario pero muy prácticos para no perder ni una gota de agua de las personas descuidadas.

Una mañana de domingo hice el propósito de conocer sus gentes y sus calles y conocer las veredas marginales de sus barrancos y los desafiantes restos del esplendor guerrero de su pasado. Hay ruinas de un baluarte a 1.200 m. que hay que inscribir en la historia de los Castillos de Almería.

Con la sola compañía de mis máquinas fotográficas, vía Tabernas, emprendí mi ruta aventurera.

Ya en la bifurcación descrita, donde existen los restos de una vivienda en ruinas, un remanso de agua cruzando el camino, me hizo pensar en el milagro del agua suelta de la fuente de la Maravillas, que era la moneda cambiada, para el riego, del banco natural de las nieves de los Filabres. Esta moneda viene suelta, en calderilla, por el espesor de las arenas de la rambla de la Galera.

La realidad era muy otra de mi pensamiento. Polvo y grava. Llanura desértica, olivos, casas salpicadas en ruinas, chumberas reseca y una proliferación abundante de retamas tímidamente con flores amarillas. Sobre este decorado de primer plano, algún que otro eucalipto y paratas escalonadas, ya en abandono para el cultivo, desarrollaban la escena.

Sobre el fondo caseríos abandonados, olivos plateados y grises y la silueta de las pequeñas y grandes serratas de los Nudos a la izquierda y Sierra Bermeja a la derecha.

Después de 7 kilómetros de polvo y grava del desierto pelicularo aparece el asfalto milagroso casi de estreno. La plana mayor de la Diputación quiere y estimula la redención de estas tierras.

A los 4 kilómetros hemos dejado los Retamares, como llaman a esta zona, y cambia el paisaje. El coche comienza a jugar con los márgenes de la rambla de los Nudos alternando a derecha e izquierda de sus riberas. Algunos juncos y adelfas.

Abundan los caseríos tímidamente blancos, unos en ruinas incipientes y otros a media vida.

Freno frente a unos pequeñuelos y detengo el coche y, antes de interrogarles, corren temerosos ante el extraño desconocido. Aquí la leyenda está plagada de los secuestros de los pequeños y están aleccionados para huir ante el posible peligro. Son como suspicaces gorriones trigueros que vuelan al menor movimiento. Muy cerca una pareja campesina, con sombreros de paja de ala ancha, castigados por el sol, quedan sorprendidos por mi parada. Les pregunto por el nombre del paraje y me contestan que es conocido por La Cuesta

de las Moreras. ¿Dónde están, pregunto de nuevo, las moreras? ¡En ningún lado!, contesta el varón.

Forzosamente he de pensar en estos árboles tan abundantes durante el esplendor postcalifal de Almería en que la seda alimentaba los miles de telares de nuestra tierra y que por estos caminos hay otros parajes conocidos con el nombre de la Mezquita y el alto de la Mezquita, en los Nudos y a las puertas de Senés respectivamente.

Geografía e historia de África en Almería como en tantos milenios.

El camino serpentea con un muestrario de ventas y cortijadas grises y blancas. La carretera se humilla varias veces al paso de las barranqueras, hoy sin agua y otras veces con mucha.

Poco a poco aparecen tímidamente los almendros y a lo lejos se divisan las faldas de la Sierra con los penachos de pizarra de los Canjorros y el verdor plomizo de los almendrales, que van llenando la tela desplegada de los montes a manera de abanico cuyas varillas fueran los arroyos de las cumbres confluyendo hacia Senés.

El pueblo, apiñado en la solana, queda aprisionado en el paisaje verde de los almendros, como un adorno pintado del abanico telúrico y gigante de la Sierra.

Poco trayecto queda para la llegada. Un cartel pobre de madera, pintado en letras negras, en forma de saeta, anuncia: a Tahal. Otras veces hemos saltado por este camino para ver las encinas del Alto y el collado de Yuste en la umbría de la Sierra pinchando nuestro coche en compañía de un celoso sanitario y amigo al que invité de Bcares a Senés. Francisco de Andrés es su nombre y sudó la aventura de ver a un coche convertido en saltamontes con avería de ruedas y gasolina. Noche de polvo y sudor.

Pero seguimos hacia Senés por una carretera cuya margen derecha está protegida por altas paratas de pizarra dispuesta con la sabia maestría de los alarifes del pueblo.

¿Dónde se puede comer aquí? pregunto a unas mujeres serranas que riegan sus macetas de geranios multicolores.

En el bar Blanco, contestan.

Una cerveza me ayuda a calmar la sed y a conocer sus gentes, que están junto a mi. Sobrinos del dueño me comunican que los antepasados eran Blanco Moreno.

Un senesqueño parisino me cuenta su vida en París durante 7 años y al saber mi profesión, por otros que me saludan, dice: ¿sabe qué me costó una “piqûre” en Francia? ¡Pues 500 pesetas!

Les hago saber que quiero visitar las ruinas del Castillo y me aseguran que es empresa muy difícil.

Llega don Ramón, un maestro de Bacares, que también me reconoce y que viene en estas vacaciones a reparar su vivienda y a descansar. No le quedan fuerzas para subir al Castillo.

A nuestra llegada desfilan muchas personas buscando al nuevo médico, que ha delatado mi coche aparcado en un recodo de la calle de Almería donde campea un disco con el rótulo de “Aparcamiento: dos horas”.

Saludo al alcalde. Persona amable de amplia y franca sonrisa.

A los postres llegan los reporteros de “La Voz de Almería” Antonio Grijalba y la señorita fotógrafa acompañada de una alumna de la escuela de ATS. Hay un amplio saludo. Ellos almuerzan en el salón al que se llega por unas escaleras de cemento. Es un sótano fresco. Unas fotos dentro y fuera del bar.

Sigo con el coche por la calle de Almería hasta la alameda de la fuente principal del pueblo que data de 1845. Este paseo real termina en la calle del Molino y enseguida la del Toril. ¡Cuántos toriles en esta Sierra!

Son las 5 de la tarde.

Grijalba me había comunicado que iba tras la información directa de las instalaciones del Laboratorio del Horno Solar. Romántica aventura de un visionario científico que cree y tiene fe en la transformación industrial competitiva de la energía calorífica del dios de la mitología griega Helios.

Este visionario es nada menos que un almeriense enamorado del calor de la vida. Don Manuel López Julios con unas calorías dinámicas en su corazón y en su cerebro estudia, medita y trabaja poniendo sus reales en un molino de agua centenario que está en el barranco del Nacimiento.

La Sierra de los Filabres es la sierra de la esperanza.

Por un camino real de pizarra escalonada voy subiendo por la margen izquierda del barranco hasta encontrar a la plana reportera de La Voz de Almería, que iba delante. Un kilómetro zigzagueante.

El molino es un castillo encantado formado por un refugio de alerones de pizarras donde el hombre puso su pie hace milenios. Un petroglifo en lo alto nos trae la voz del túnel del tiempo como un horóscopo de la ventura. ¿Qué manos lo esculpieron?

Saludos de rigor. Muchos interrogantes.

Por encima los Canjorros y enfrente las ruinas del Castillo.

Grijalba me acompaña a fotografiar los restos de este baluarte y seguimos ascendiendo después de vadear el arroyuelo.

Un paredón gigante de pizarra aun se mantiene en pie. La fortaleza abatida recorta su silueta en el azul del cielo. La torre del homenaje de argamasa conserva su perímetro.

Coronada la plaza de armas, una siembra de pizarras denuncian las casas de la población refugiada en las alturas. Restos de aljibe para las aguas pluviales en el sector E. Un tajo profundo protege el sector de poniente.

Por doquier se aprecia la presencia de cerámica con mica y grano cuarcítico además de restos de cerámica árabe. Incluso observamos las excavaciones del P. Bartolomé Marín y Dr. de Juan en busca de las huellas del hombre del neolítico.

Este peñón de las Juntas es el típico asentamiento de aquellos hombres temerosos y guerreros de la Cultura de Almería 2.000 años a. de J. C.

Una vista sorprendente nos descubre el mosaico de aleros de la techumbre del pueblo. El paisaje es único a esta vista de pájaro.

La bajada ya es más fácil y volvemos de nuevo al Laboratorio científico del Dr. López Julios.

Descanso bajo la techumbre rocosa con la música del silencio, que nos trae el zumbar de las abejas, las hojas de los álamos y el eco sordo de la brisa, filtrado y tamizado por las grietas gigantes y minúsculas del paraje torrentero. Todo un órgano en esta catedral de pizarra.

Ya en el pueblo, el recorrido de sus calles y plazas. La del Ayuntamiento está siendo remozada. Iglesia sencilla. Dos mascarones en su fuente.

Parras y geranios en algunas viviendas.

Y finalmente antes del regreso, la visita obligada a los puestos de mando, que se están instalando, del Laboratorio de Energía Solar de don Manuel López Julios. Aparatos de precisión no faltan y calor humano tampoco y bien pronto tendremos en rodaje un sueño científico hecho realidad en las alturas de la Sierra de los Filabres.

XX. TABERNAS A VENTA CARMONA

En esta primavera exuberante de verdes matorrales en el campo, es una tentación contemplar los caminos que llevan a las cumbres de la sierra de los Filabres y mientras se completan las carreteras de ascenso por Aulágo, que van a ritmo acelerado, aquellos interesados en el paisaje salvaje de dicha serranía o en los rincones geográficos de las barranqueras ocultas tendrán que elegir escalonadamente por el ramal de los Retamares, a la salida de Tabernas, camino de Senés, por la Venta de los Yesos o carretera de la Virgen, por los ramales a Lubrín, Bédar, por los Gallardos, Antas y finalmente por la carretera nacional de Murcia, que nos lleva por las tierras bajas camino del río Almanzora, contorneando las faldas orientales.

La aventura de la montaña es un aperitivo fuerte de rocas escarpadas, arenales frondosos y caseríos milagrosos que perduran por las caricias de unas aguas que brotan de las entrañas de la tierra.

La subida a Senés la tenemos realizada por la cumbre varias veces, partiendo del collado de María Antonia, pero en dirección Este. La última aventura fue con las nieves últimas, que pudimos realizar con auxilio de cadenas como en los puertos relatados en los partes meteorológicos.

Esta vez el nuevo itinerario se iba a realizar por la carretera de la Virgen.

Pasado el pueblo de Tabernas, y a dos kilómetros de su salida, la carretera queda trazada en línea recta, sin apenas pendiente, llana, con frondoso arbolado en ambas orillas y ofreciendo a la izquierda las extensas llanuras de los Albardinales, el Retamar y los Pedregales y a la derecha con el paraje de las Norias, surcado de ramblas confluentes de la Sierra de los Filabres y de Alhamilla. Las norias primitivas fueron sustituidas por molinas de viento de las que sólo quedan algún que otro ejemplar. Este paisaje tiene la majestad de la inmensa llanura salpicada de matorral bajo de retamas, que se quiebra a la izquierda

con un promontorio, que es conocido con el nombre del Aljibe y a la derecha con las serratas de los Marchantes y de Lucainena, que destacan por su coloración verde suave y oro viejo en los salientes de sus lomas juguetonas con el sol.

Por encima de la serrata de los Marchantes los pueblos nómadas de la antigüedad dejaron su impronta de vida sedentaria con unos vestigios de la edad del bronce, algunos molinos de piedra de la época romana y sobre todo la copa argárica que ha llegado a nosotros escondida en los rincones de las cistas de pizarra del periodo neolítico.

La Venta del Compadre, a 4,5 kilómetros de Tabernas, es la parada obligada de los camioneros y excursionistas que saben de la sopa, el ajo y el jamón de su sabrosa cocina. El Compadre es un personaje de leyenda y filósofo de caminos. Ha sido el creador metafórico del término “Oro verde” para que el pueblo de Tabernas no apareciera en la literatura con solo el testimonio de sus arenas secas, su castillo y el poblado antiguo de Terrera Ventura. Tal vez su retina borracha con el paisaje de la serrata que queda al frente ha sentido la necesidad de estimular a su boca para proclamar esta verdad telúrica pintada de verde y oro viejo, que en efecto podemos comprobar, desde el coche, cuando cruzamos aquellas llanuras por el asfalto de su carretera.

Enfrente de la venta existe una era de tierra, que es el escenario permanente del entrenamiento de sus palomas a las que cuida con cariño. Aficionado a coleccionar rarezas buscó un sombrero tejano para su cabeza, buenos jamones para sus parroquianos y palomos seleccionados que habrían de valerle algunos primeros premios de colombicultura. Cuando hablamos con él descubrimos que sus sueños románticos sin fronteras están materializados en las alas blancas y grises de sus palomas. Por ello quien quiere conocer la ruta de los Filabres, por estos caminos, tiene que aparcar en la Venta y empezar a llenar sus alforjas con los sueños del Compadre, que tiene catalogadas las almendras, las aceitunas y hasta las piedras de aquellos montes y a buen seguro que os entregará una servilleta de papel estampada con el membrete “Oro Verde”, pensando que la misma sea para vosotros el salvoconducto o pasaporte para empezar el camino de subida a la Sierra.

Camino adelante, a la izquierda, veréis las pistas de aterrizaje del antiguo aeródromo de emergencia, unas manchas espesas de olivos a derecha e izquierda y a 6 kilómetros la desviación de la carretera que parte enfrente de la célebre Venta de los Yesos camino de los Filabres.

Las ventas eran los hoteles sin estrellas del siglo pasado y si perdieron ya su vigencia no han borrado de nuestro pensamiento las estampas de los caminantes que allí acudían a repostar, hacer

descanso y a contar las peripecias de los caminos polvorientos en bajada desde las alturas. Diligencias, carros y tartanas. Recuas, arrieros y cosarios. Viajeros y pastores allí se darían cita. El mimo del asfalto y unos árboles de eucaliptos inician el ramal para la sierra. Un túnel frondoso alegra el coche con sus sombras y el diálogo con el doctor Juan Fernández, su hijo Francisco y el mío Joaquín, se hace interesante con las sugerencias de tiempos pasados.

Decidimos hacer de esta carretera tan sólo 8 kilómetros y desviarnos a la izquierda por un ramal sin asfaltar que nos conduciría al pueblo histórico de Tahal. Antes de llegar a Cuesta Blanca, que se identifica por sus gredas esclarecidas, hemos divisado a la izquierda la Sierra Bermeja, que habíamos visto por su lado occidental a la subida a la subida de la rambla de la Galera, cuando nos dirigíamos a Velefique, y más cerca de nosotros los alcores del Vicario en la parte norte y este del aljibe en la hondonada del barranco de los Perales. Un caserío frondoso de aquellos llanos.

Venta Carmona: una señal de carretera nos anuncia la desviación siniestra con grava y polvo durante 21 kilómetros, después de haber ascendido suavemente. El paisaje comienza a teñirse de verde con unas siembras de cebada movidas por el viento y salpicadas por el rojo de las amapolas.

XXI. RAMBLA DEL MARQUÉS

Elegido inicialmente este camino de Tahal, polvoriento y sinuosos, desde el comienzo, sentimos la emoción de viajar por vez primera por parajes inéditos, que habíamos acariciado desde las alturas del cerro de Nimas. La aventura corría el velo hasta descubrir el macizo montañoso del fondo y cuando solo llevábamos unos 4 kilómetros de recorrido, detenemos el coche para interrogar a un campesino, alto y joven, que cruzaba la carretera junto a nosotros. Sólo queríamos saber si nuestra ruta sería afortunada en riqueza de agua, pues acariciábamos la idea de refrescarnos y beber en abundancia después de la comida copiosa de la Venta del Compadre.

El campesino nos señaló un pozo, muy cerca de nuestro lugar situado en el fondo de la rambla, que quedaba a nuestra izquierda. Más que pozo protegido, pudimos comprobar, era la boca de una noria abandonada en cuyo fondo el agua no parecía limpia. Además de las impurezas groseras que mostraba el nivel del agua, se adivinaba la riqueza bacteriana del estancamiento. Posiblemente la cuerda y el caldero presentes estarían al servicio de abrevadero del poco ganado de aquellos lugares. Decidimos fotografiar los restos artesanos de la noria representados por madera carcomida y agrietada y unos hierros heridos por el tiempo.

Aquel joven se sentía feliz contemplando los trigales del cortijo de los Egeas donde vivía con su familia.

Reanudamos la marcha y a pocos minutos nos sorprende el paisaje abierto de verde arboleda y una cortijada gigante. Poblado escaso con fachadas de cal y flores de macetas. Algunas personas en las puertas. Merecía la pena, en esta ocasión, bajar del coche, ofrecer unos cigarrillos y conversar con aquellas gentes y conocer la identidad de aquel lugar.

Nos dijeron que aquel cortijo se llamaba del Marqués y nos señalaron el nacimiento de una fuente, junto al camino. El agua

corría cantarina y veloz en abundancia y saciamos la sed de media tarde y llenamos las cantimploras mientras que aquellas personas nos observaban con atenta curiosidad. La abundancia de agua era la expresión externa de las nieves caídas y perdidas en el invierno, que al aflorar hacían el milagro verde de las huertas circundantes a la cortijada. Olivos y almendros frondosos. El agua que brotaba como un sudor abundante de la corteza de la tierra era el motor de aquel paisaje viviente rico en plantas y frutos en una altitud de 800 metros.

Cruzamos la rambla del Marqués y pasamos a su margen derecha contemplando desde un plano superior la frondosidad de aquellos almendros.

Pero la historia estaba allí – rambla del Marqués - y nos interrogamos a nosotros mismos ¿sería debido el nombre al Marqués de Águila Fuente que en el siglo XVI administró en señorío el pueblo próximo de Tahal a donde nos dirigimos?

Y mientras el coche avanza, subiendo alegre, evocamos las correrías pasadas de moros y cristianos que rompieron la paz de aquellas alturas. La invasión musulmana sembró de castillos las villas y pueblos de los Filabres y de sus aldeaños, Bacaes, Velefique, Senés, Tahal, Lubrín, Gérgal, Tabernas, Serón, Tíjola, Purchena, etc. ¡Qué ruta más bonita para la Almería inédita de los Filabres! Caminos y reconstrucción de la historia de cada pueblo asentarán sus gentes. La geografía y la historia no pueden separarse. Y las gentes bravas, que nacieron en estas alturas, a la sombra de sus fortalezas, echarán de nuevo raíces, buscando mármoles, metales o fabricando fritadas como en Suflí.

Los bereberes y los yemeníes y los negros de Nigeria y Sudán, que pisaron estas alturas y conocían los arenales del desierto, edificaban castillos y fortalezas para la resistencia frente a las huestes de Aragón y Castilla. Y así vamos pensando, mientras el coche rueda, en la vida de este trozo de Al-Andalus, que ha sido siempre un fluir de corrientes humanas desde la prehistoria.

La carretera, con piso erosionado, se hace muy sinuosa y empinada y se orienta bruscamente hacia la izquierda al llegar a las barranqueras matrices del valle o rambla del Marqués. Muchas casas, con tejas rojas, vemos suspendidas en las laderas y arroyuelos de aquellas alturas y nos van señalando los hitos de conquista del hombre frente a la naturaleza. Es preciso cambiar y reducir la marcha de ascenso pues el coche nos va diciendo que llegamos a la cota de los 1.000 metros.

Este paraje nuevo es conocido por las gentes como el lugar de las Hoyas y el Oreajo y junto al camino existen ruinas de edificaciones que por la disposición de las mismas nos parecen ventas abandonadas

del siglo pasado. Unas ovejas matizan el paisaje. Y la carretera se orienta en dirección norte enderezando sus curvas y mostrando los desniveles que hemos recorrido. No podían faltar a la cita de este paisaje las arrogantes perdices rojas, que estiran el cuello en desafío con nuestro vehículo que les sigue los pasos, y corretean sin prisa antes de emprender un vuelo corto y suave por entre las flores amarillas de las albaidas y las amapolas campestres mecidas por el viento. Las perdices y las flores del campo están seguras de la pertenencia milenaria de sus tierras.

Para gozar del paisaje paramos el coche y al pie del cerro de la Atalaya surge todo un panorama grandioso de montes y cielo, caseríos y mar. La geografía llana que arropa a los Filabres por levante nos lleva la vista al Almanzora y a Mojácar, que aparece al fondo como una espuma blanca. El Maimón del río de los Molinos, el cerro de la Virgen, Sierra Cabrera y Sierra de Gata y caseríos y pueblos que no sabemos identificar por la prisa. Tenemos que visitar Tahal y dormir en Macael.

Por sólo llegar al cerro de la Atalaya merece la pena hacer esta ruta.

Confiamos que el asfalto hará el milagro turístico de la sierra cuando el hombre haya cansado su célula nerviosa en la ciudad y busque el oxígeno puro de las alturas.

XXII. LLEGADA A TAHAL Y SU CASTILLO

En la primavera pasada habíamos coronado por la carretera las alturas del cerro de la Atalaya camino de Tahal y confiábamos en el milagro turístico del asfalto para las rutas de los Filabres, pero se presiente, por el estado calamitoso de esos caminos y por las muestras de grava que en algunas zonas descubrimos junto a las carreteras.

Marchábamos con prisa. Queríamos dormir en Macael después de visitar la villa de Tahal. Pero la prisa no es buena compañera para lograr ninguna empresa y la nuestra, que abarca el ambicioso proyecto de recorrer los rincones de esta amplia geografía, se tiene que ver privada del inmenso placer de gozar de este panorama tan sugestivo, que canta la armonía de la naturaleza en todo su esplendor.

Hoy lo lamentamos porque la geografía, observada a la sombra de la historia, requiere horas y horas de sugerencias. Cuando en otras ocasiones nos encontrábamos en la cumbre y en los alrededores de Senés sentíamos la tentación de desplazarnos directamente desde aquel lugar por las pistas forestales hasta Tahal pero carecíamos de información y desistimos del proyecto aventurero.

Tengo el recuerdo posterior de otra subida a la sierra, muy de madrugada, cuando sobre el collado de María Antonia se cernía un ventisquero nuboso, que cerraba el paso a toda visión lejana y un ruido de moto nos anunciaba la proximidad de un viajero de la montaña, que resultó ser un empleado del Servicio Forestal. Y tampoco supo darnos noticias concretas ni consejo para nuestro desplazamiento por los picachos quebrados de aquellos parajes.

Pero sigamos la ruta, que iniciamos, como nuevo itinerario, por la Venta de los Yesos, desviándonos más tarde por la Venta de la Carlota.

Antes de llegar a la Atalaya, descubrimos el carril que venía de los Carrascales y que nos hubiera traído desde Senés. En la actualidad se trabaja celosamente para convertirlo en carretera de asfalto. ¡Bendito milagro de aquellas alturas! Nos han contado una historia trágica

acaecida por aquellas veredas de herradura y que es recordada por la presencia de una cruz, desde finales del siglo pasado, junto al camino, y que ocurrió allá por los años en que la gente emigraba con ansias de fortuna a las Américas. Estas historias mezcladas con la leyenda y contadas por la gente llana tienen un sabor tan humano, que nos pintan el lugar y los protagonistas con las tintas desgarradoras y vivas como si se tratase de un hecho reciente.

Y dejando la Atalaya seguimos la ruta en nuestro coche, en pleno zig-zag descubriendo toda la panorámica sugestiva del valle del río Chercos, desde su nacimiento, en la cota más alta del barranco de la Zanja hasta unirse después, a la altura de Tahal con el barranco de los Caños. Descendemos por una carretera festoneada de matorral bajo, olivos y almendros distribuidos de forma irregular aprovechando los últimos rincones de las barranqueras y observando unas curvas de nivel trazadas recientemente, que circundan los montes antes de llegar al pueblo.

Las montañas onduladas de arcilla ocre y gris forman un fondo natural a tres poblados blancos de cal y tejas rojas, que brillan al sol de media tarde. En primer término Tahal, a su izquierda Benitorafe y Alcudia de Monteagud a la derecha, y todo ello salpicado de verde plata de las hojas de los olivos del arroyo el Caño, con calor de vida desprendido de la tierra y olor de pastizales del comienzo de primavera.

El histórico Tahal lo tenemos ante nosotros. Con recato se asoman unas casas blancas recostadas sobre el arroyo en su margen izquierda y en el centro se deja ver, como un eje apuntando al cielo, al airoso campanario de la Iglesia. A la entrada, junto al camino y elevado sobre un promontorio, se destaca la silueta majestuosa de un castillo cuadrangular en ruinas, desmochado por el tiempo, que muestra toda la gallarda figura de un bastión guerrero de la historia de la Sierra de los Filabres.

El castillo de Tahal es la huella castrense de las campañas belicosas entre moros y cristianos a finales del siglo XV, siendo protagonista de excepción de un hecho singular, según nos cuentan, por tradición las gentes sencillas de este pueblo. Sirvió de albergue y descanso a la Reina Isabel la Católica, antes de llegar a Almería, cuando D. Fernando atravesó la Sierra de los Filabres, desde Purchena a Tabernas, el día anterior.

Hemos visitado sus ruinas y pisado su interior, para sentir la emoción de ser protagonistas en el tiempo, como huéspedes pasajeros de sus estancias, encaramándonos por la puerta principal ayudados por la mano del maestro de Alcudia de Monteagud Juan Francisco

Sánchez la Torre. Dicha puerta está elevada del piso que le circunda por una altura de más de dos metros y medio, lo que nos prueba la capacidad defensiva de sus accesos sólo practicable con la ayuda de escaleras, del portón de cierre abatible o mediante escala.

Las proporciones del Castillo corresponden a una altura de unos 15 metros por veinte y cinco de ancho y de largo. Unas barbacanas aún se dibujan en su esquina del noreste y los restos de obra avanzada de fortificación para la plaza de armas, que estaba en el sector este, mirando al pueblo.

Las almenas que coronan sus muros sólo se mantienen en pie en el sector oeste. Paredes de doble construcción de más de metro y medio de espesor en su base. Ventanas semi destruidas, techos abatidos, con alguna zapata tallada en las paredes después de haber retirado las vigas de la techumbre. Ruinas en sus paredes y huellas de 5 pisos.

Lástima que la Dirección General de Bellas Artes no recoja la petición de su reconstrucción para comenzar por tener los Filabres su Parador de la Reina. Un parador de turismo para los estudiosos de la historia morisca y que perpetuaría en Almería la presencia de la Reina Doña Isabel, heredera legítima de los Reinos de Castilla y de León desde septiembre de 1468.

Hay obligación de conservar la naturaleza, la geografía, pero sin olvidar la historia que es la huella de nuestro paso por la tierra y los Filabres tienen que apuntarse el honor de ser protagonistas, como escenario, de uno de los eslabones finales de la cadena de la unidad de España.

Hay que salvar a tiempo el último desplome del Castillo de Tahal.

XXIII. TAHAL

Después de fotografiar el Castillo y ver recortada su silueta gris pizarra en el azul de cielo seguimos en el coche hasta la plaza del pueblo donde nos sacudimos el polvo del camino. Tomamos un refresco en el bar del yerno de Diego-Diego y con él iniciamos un coloquio de circunstancias. Tiene 76 años. Dicen que le llaman dos veces Diego por su mal genio. Se ha casado tres veces y nos cuenta que salió para Méjico cuando sólo contaba 18 años. Eran los tiempos de Pancho Villa. Los frecuentes tiroteos le hicieron emigrar a California donde trabajó en un molino de maderas recordando que su salario era de tres dólares al día. Recorrió más tarde Pittsburg y Pennsylvania y allí su nuevo oficio fue de jornalero en una fábrica de aceros con la mejora de 5-6 dólares por día. Volvió a los 30 años con un pequeño capital suficiente para comprar unos olivos y unas tierras para sacar adelante la familia.

Y entre cafés y humos de tabaco, sentados en una mesa del bar nos relata lo que él sabe de su pueblo. En 1498 tenía 5.500 habitantes. Era cabeza de Partido de los pueblos de Macael, Olula del Río, Siervo, Suflí, etc. y llegaba su jurisdicción hasta Baza. Con motivo de las frecuentes escaramuzas entre moros y cristianos existía en el pasado el Hospital de sangre, que estaba ubicado en casa de Castelo, el actual cartero, lugar muy próximo a la bajada al camino de la Fuente.

Acompañados del médico, hicimos unas fotografías del barranco de los Caños y de la fuente, lugar frondoso de cubierto arbolado muy apto para el descanso en los días soleados de primavera y del verano. El agua jugaba por las barranqueras pizarrosas haciéndose espuma sonora en los desniveles. Pero sentíamos necesidad de continuar el recorrido por temor de que aquí nos sorprendiera la noche, antes de nuestra llegada a Macael.

Visitamos la casa de doña Dolores Pérez y Pérez para contemplar un cuadro del pintor Almunia firmado en el año 1861 y que se debe

a la devoción de doña Rafaela de Torres y Gil, que fue madre de un gentilhomme del pueblo de Tahal, fallecido en 1854.

Nos dirigimos a la Iglesia, sencilla, encalada de blanco, en cuya pared del muro derecho puede leerse el siguiente epitafio escrito sobre una lápida de mármol de grandes proporciones:

“Aquí yace el Excmo. Sr. D. Rafael Joaquín Sánchez Torres, Caballero, Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica, Comendador de la de San Carlos, Mayordomo de Germanía, Gentilhombre de Cámara con ejercicio de S. M. la Reina Doña Isabel y Jefe Decano de la misma clase, Caballero de la Llave Dorada, Diputado a Cortes en varias legislaturas y Comandante de Caballería. Falleció el 10-5-1854. Fue modelo de virtud, de moralidad y de honradez. Los Reyes han perdido uno de los más fieles y leales servidores y sus padres al mejor y más querido de sus hijos. E. P. D.”

Después hemos sabido, que dicha lápida estaba en el centro de la Iglesia, delante del altar mayor y que el párroco D. Juan la mandó poner en la pared lateral antes dicha.

La carrera ascendente de este Excmo. Sr., nos dicen, comenzó en Madrid al ser protagonista directo en un suceso de desbocamiento de los caballos de la carroza real que la detuvo con arrojo de su vida. En el pueblo cuentan además, que era capaz de suspender al caballo, donde iba montado, estrechando sus piernas y colgándose de una gruesa rama de los árboles del río.

Estos hechos nos traen a la memoria la gran imaginación de las gentes de estas latitudes y el grado de proyección que poseen para aplicar lo que en el fondo han ido incubando en los rincones escondidos de estas serranías.

El mismo trazo de las calles, la resolución de la intrincada complejidad de las casas ya nos dice que junto a la huella patente e inconfundible de la dominación árabe, palpita un duende suspendido de la prehistoria que hacía a los hombres resolver sus problemas con un poder de observación e imaginación muy personal e individualista. Casas con tejas rojas, pintadas de blanco y conjugando la luz de sus ventanas y la apertura de sus puertas con la luz del sol y el verde de la arboleda.

Todavía en este pueblo escondido de la Sierra de los Filabres se da el remanso de los patios de Córdoba y Sevilla en forma de jardines que asoman sus palmeras por encima de las tapias. El hombre así en Andalucía comenzó a pregonar la felicidad y la gracia aunque su casa sea pobre y el sustento corto. La gente nos dice: “No cambiamos un gazpacho, con este sol nuestro, por un solomillo en el triste y lluvioso paisaje del norte”.

Con la rebelión de los moriscos el pueblo de Tahal tiene su historia. Después de la Capitulaciones quedó en señorío y sujeto al Marqués de Águila Fuente. Las espadas de Castilla no habían de dormir mucho pues los piratas bereberes y los monfies comienzan a robar, hacer prisioneros y matar acaudillados por el rey moro Aben-Humeya, que designa como caudillo de los Filabres a Puerto Carrero de Gérgal.

En el año 1569 cae la fortaleza de Tahal. Cuando el rey Felipe II manda a D. Juan de Austria que termine la conquista de Galera, que no podía tomarla el Marqués de los Vélez, y que continúe sometiendo a su ley los poblados del Almanzora, después de tomar Serón, Tíjola y Padules, comprueba que el Castillo de Tahal está totalmente abandonado y no ofrece lucha.

En 1572 queda nombrado gobernador en Tahal don Juan de Ayllón, del estado de los Filabres, siendo Felipe de Alais el Repoblador Oficial a partir del día 1º de abril de 1572. Y es curioso que una hija del Marqués de los Vélez, doña Juana Fajardo y Silva, escriba a dicho gobernador, en nombre de su hijo, del que era tutora por muerte de su marido don Enrique Enríquez de Guzmán, señor de Orce y Galera, Cortés, Senés y Castro, Lucainena y Sierra Filabres, para que se respeten las propiedades del mismo al hacer el reparto.

Dejando la historia y siguiendo con la geografía hemos de llegar a Benitorafe camino de Macael. El sol va declinando y nos avisa desde las cumbres de la sierra.

XXIV. DESFILADERO DEL MÁRMOL DE MACAEL

Con el sabor de historia, que nos dejó la visita al pueblo de Tahal, seguimos, al atardecer, nuestra ruta en dirección al valle del río Almanzora pasando a la vera de Benitorafe, del que sólo tenemos el recuerdo de unas fotos tomadas al paso desde la misma carretera. Pueblo blanco y amapola incrustado en las arcillas onduladas de estos montes.

Hay un encaje verde de almendros que circunda nuestro camino hacia Macael y que de vez en cuando reluce con matices amarillos por la caída del sol en la hora avanzada de la tarde.

Llevamos un camino de asfalto. El coche lo agradece.

¡Bendito Filabres cuando tus carreteras sean de verdad transitables, pues el placer de rodar a estas alturas de 1.100 – 1.200 m. será un foco de asentamiento de tus gentes y un atractivo del turismo bravío de las alturas!

Pasamos en marcha lenta el barranco de los Olmos, que en otro tiempo estarían, pero que hoy solo muestran unas plantas de olivos y almendros, y en ligero ascenso y serpenteando vamos dejando a nuestra izquierda el cerro del Parralico con un collado, en medio justo de su prominencia, y que le llaman sus gentes collado de las Mujeres. – Quién sabe si desde aquellas alturas las esposas harían larga espera del marido que estaba guerreando en las huestes cristianas o moras y si desde el mismo aún miran al pacífico hombre que vuelve de su jornada por las veredas que se dirigen a poniente.

El cerro del Parralico está frente al pueblo de Benitorafe, pero subiendo a su cumbre se divisa toda la majestad de los valles que forman los arroyos y torrenteras de los ríos de Laroya, del Baile y el Marchal, que van a peinar las aguas de las nieves de la sierra de los Filabres en su caída al Almanzora, besando las laderas del pueblo de Laroya y, los dos últimos, confluyendo a los pies de Macael para lavar los mármoles de los aserraderos.

Como la carretera, a partir de este accidente, va por la cumbre nos permite una visión más amplia. Observamos una rambla a la derecha, la del Jemezí, con unas casas asentadas al mediodía, que vierte sus aguas al río de Chercos. Un río sinuoso y estrecho, oculto en el fondo y dibujando caprichosamente meandros entre rocas y arenas. Ya hablaremos en su momento del pueblo de Chercos que se asienta en el desfiladero rocoso de sus riberas.

Algúien nos había dicho que cuando llegásemos al próximo collado, el del río Frascuelo, seguiríamos viendo a la derecha muchos mojones en los altos de los montes, que señalaban el límite de la jurisdicción de Chercos pero a decir verdad, sólo veíamos de cerca malezas bajas y de lejos el telón rocoso de unas alturas que jugaban con las últimas luces de la tarde.

El camino, con la compañía del Dr. Francisco Juan, montañero incansable, se me hizo corto. Serpenteando cumbres y contemplando paisajes para nosotros inéditos, nos habíamos adentrado ya en la rambla de la Orica que, en medio de su verdor pobre, asentaba unas casas agrupadas en cortijada en ambas de sus orillas.

Y ya estamos en el término del “pobre y millonario” Macael. Entramos en el que podríamos llamar “Desfiladero del Mármol” guardado en su entrada por las columnas de Hércules de dos montes, Los Azules a la izquierda y El Pozo a la derecha, y en medio la hoya del Muerto. Todo parece representar un desfiladero del Oeste americano. El escenario y los nombres, y la acción, es una película inacabada de sangre, sudor y lágrimas de tanta familia jornalera que vive sujeta a su salario del miedo.

Canteras de mármol a derecha e izquierda y la rambla de la Orica besando con unción las rocas milenarias a sus pies, mientras la carretera siente impulsos de pisar la vía paralela de sus arenas.

Estamos en el terreno de la Fragua. El camino es toda una sorpresa. Divisamos toda la umbría de las Canteras sintiendo la emoción del recuerdo de los mármoles del Palacio de la Alhambra de Granada. De aquí, de la cantera de la Reina fueron sacados los bloques para cincelar las columnas que sustentan los arcos vegetales de sus patios y ajimeces.

Quemando etapas, por las llanuras verdes de la vega del moro Almanzor pasaron, camino de Granada, por las tierras de Caniles, Baza y Guadix, al igual que otros materiales seguirían rutas de otros palacios suntuosos de la geografía hispana. No conocemos su historia pero Macael debe rescatarla.

Estos montes son comunales. Mármoles de la Sierra de los Filabres que pregonan la bandera blanca a todos los vientos. Un trabajo milenario desde la prehistoria. Artesanía brava y dispersión ibérica.

La carretera juguetea haciendo curvas. Se diría que su trazado está hecho para competiciones automovilísticas. Curvas y pendientes suaves y fuertes nos acercan a la rambla del Saltador. Allí paramos el coche para hacer unas fotos a unos bloques ciclópeos de mármol. Estamos próximos al pueblo.

El Macael viejo se quedó pequeño y abandonado más en la cumbre.

Macael nuevo nació donde las aguas de los arroyos se unían para calmar la sed a tanto hombre sudoroso de sus canteras. Hay que venir a Macael y contemplarlo a vista de pájaro, aunque sea anochecido, como lo hicimos nosotros.

En la plaza del pueblo hay escaso lugar para el aparcamiento. Muchos coches y muchos bares. Saludamos a nuestro gran amigo Blas Carrillo. Una visita relámpago al Ayuntamiento para ver unos libros antiguos de apeo de 1572, que aún se conservan, cuando la repoblación, después de apaciguadas las rebeliones moriscas. No deben perderlos.

La noche nuestra en Macael, de sobremesa, nos descubrió, por boca de sus gentes, algunos de sus secretos: 5.500 habitantes, 2.000 obreros manuales, 37 escuelas con más de 1.000 niños, 80 canteras en explotación, 50 palas gigantes de movimientos de tierras por valor de más de 200 millones de pesetas, 6 millones de Kg. diarios de mármol bajados de sus canteras para suministrar a 6 fábricas aserradoras del pueblo y unos 80 aserraderos de Olula del Río y Fines, compresores eléctricos para martillos de barrenos,...

Macael se juega, a cara o cruz, la vida todos los días.

XXV. EL VALLE DEL RÍO LAROYA

En nuestro caminar por las cumbres de los Filabres entre umbrías y solanas de la Sierra camino de Senés, a una altura que sobrepasa los 1.700 metros, habíamos visitado unas altiplanicies por la Suerte de la Virgen en busca de unas tumbas megalíticas, que al fin fueron halladas, merced a un itinerario que nos habían dado y a la ayuda de un pastor bravío de aquellos escarpados.

Desde estas altiplanicies, mirando al Almanzora, el cerro del Nacimiento quedaba a un tiro de ballesta para dejar nacer a sus pies los arroyos del barranco del río de Laroya con la loma de los Arroyos, a la derecha, y la loma de las Junqueras, a la izquierda, continuando el valle unos 25 kilómetros, con agua en su lecho, salpicando unas huertas y unos caseríos en rosario hasta llegar al pueblo de Laroya.

Muy cerca del Nacimiento, queda el Alto de Yuste, nombre que nos recuerda al monasterio donde quiso retirarse y morir Carlos I de España – que visitamos en Extremadura al igual que Guadalupe -, que es otro cerro desafiante y escarpado en el valle del río y en su margen derecha quedando entre estas altitudes las cortijadas de la Yegua Blanca y el caserío de la Venta y Arroyo de Franco y Estella.

El paraje es de matorrales bajos en las lomas y algunas que otras chaparras y encinas dan sus bellotas desde hace varias centurias, y por el valle las nogueras aún desafían los fríos bautizando algunas de sus ramblas.

Nos cuentan que aún quedan gentes ocupadas en el cultivo del almendro y del olivo meciendo aún sus canciones de esperanza antes de decir adiós para siempre con la llegada de la repoblación forestal de pino y los abetos.

La Venta de Franco conoce muchas historias de los arrieros del primer tercio de siglo y a sus pies llega el barranco del Sehuz con las aguas de su fuente antes de engrosar al río de Laroya por encima del cerro de Guadalupe. En la margen izquierda queda el cerro de la Venta

que fue bautizado así por la presencia de la Venta de la Fuenseca, que era el nudo de comunicaciones de Sierro y Sufli, Macael y Laroya camino de Almería.

Y junto al río la cortijada de los Alcornoques nos habla de Extremadura por el corcho y por los chaparrales que quedan enfrente. Algún Cortés o Trujillo vino por estas latitudes a repoblar pero no le siguieron las cigüeñas.

El río, que ha recorrido la mitad de su trecho, se hace tortuoso y serpenteante, bien encajado en el fondo del valle y antes de llegar a Laroya deja ver en las riberas de su margen izquierda los caseríos de los Reules, cortijos apretados y aún con vida en torno a dos arroyos que vienen desde las alturas del cerro de la Venta y de la Peña Felipe. Y enfrente del río puede contemplarse el cerro del Pintado con peñas que siluetean algunas figuras caprichosas.

No conocíamos Laroya. Sólo supimos de su nombre allá por los años 40 en que su nombre ocupó mucho espacio en los titulares de los periódicos nacionales por la presencia de unos fuegos misteriosos, que hicieron venir al pueblo más de 40 periodistas ante la sensacional noticia del afloramiento natural de petróleo y que todo quedó en silencio con algunos correctivos y la pérdida de una vida de manera violenta y misteriosa. Leyenda e historia por los caminos de la Sierra, que habrá de contarse siempre por la boca de la tradición. Fuego y sangre para un drama de Lope, de García Lorca o Buero Vallejo.

En la primavera del año pasado con mi amigo Francisco Juan, con su hijo Francisco y el menor de los míos, Joaquín, corrimos la aventura de llegar hasta Laroya saliendo de Macael en las primeras luces del alba. Partiendo del nivel de las arenas del río, cruzamos sus aguas dejando a la derecha los picachos hirientes de un cerro a modo de atalaya con un trasfondo de alameda y otros penachos más altos de la serranía.

La carretera empinada va trazándose en la margen izquierda de modo que el sol suave que ya empieza a sentirse y verse por entre las altas colinas nos acaricia el costado izquierdo del coche dando luz al fondo del valle hasta descubrir a la derecha la presencia de un barranco llamado del Nautar que no lleva agua, pero que nos sorprende por el desafío de unas perdices con cuello estirado que corren delante de las ruedas para perderse entre los tomillos, los pedregales y hojas que cubren el monte.

Merecía la pena la aventura pues aunque secos los montes el ascenso majestuoso junto al tajo del valle era sobrecolector en medio de un cañón de piedra formado a la derecha por el cerro de Cofrente

y a la izquierda por el Jotatell, que nos impedía ver el Macael Viejo de los árabes, que se lo están tragando las máquinas de las canteras. Nos habían dicho que estos parajes son conocidos por el nombre del Salto del Caballo. ¡Qué evocación de trasiego guerrero por estos montes! Verdes alamedas, almendros en cantidad, ocre en los montes y un cielo azul limpio en las alturas.

Unos caseríos en ruinas, con su era contemplada a vista de pájaro, nos dan la sensación de profundidad. Paramos el coche. Miramos el trayecto recorrido y allá en el fondo, en medio de la V gigante del lecho del río, queda pintado Macael Nuevo como una pintura paisajística en el túnel del tiempo a más de 4 kilómetros. Aún nos quedan otros 3-4 kilómetros para llegar a Laroya venciendo desde el comienzo un desnivel por encima de los 300 metros.

El trazado de la carretera es estrecho, el asfalto está deteriorado pero no son obstáculos para la aventura si bien en el zigzagueante camino hay que tener precaución con el cruce de alguna que otra furgoneta, que transporta gentes a las canteras de Macael, y suministra a Laroya de alimentos, materiales y correspondencia.

Presentíamos muy cerca la llegada al pueblo por la altura alcanzada, pero no era posible descubrirlo por lo tortuoso del trazado de vueltas y más vueltas a derecha e izquierda y en giro diestro vemos una casa suelta después otra y de pronto la carretera se interrumpe en presencia de una era de pizarra amplia y limpia donde hemos de aparcar forzosamente el coche.

El pueblo queda a nuestra derecha representado por una hilera de casas, la Iglesia pequeña y de trazado y belleza clásica. Estaba cerrada. Sabemos que el sacerdote don Miguel de Fines, sube los domingos por la tarde a celebrar su misa.

Pocas gentes en las calles. Casas escalonadas de aspecto moro. Desayunamos en el pueblo y nos cuentan que existe una almazara gigante eléctrica y que es tal la abundancia de aceite, que algunas familias recogen por encima de las 100 arrobas.

El paisaje que se divisa desde estas alturas de 858 metros es delicioso, muchos olivos y almendros. El agua viene conducida desde el frente del río por unos tubos que parten desde el camino del Bosque al pie del cerro de los Romeros y desde aquellas alturas viene el perfume de aquellas plantas que cubren varias hectáreas de terreno.

Una maestra y un maestro. Preguntando por la persona de más edad de Laroya nos llevan a casa de María Parra, que está a la entrada del pueblo. Bajo el porche de su puerta la sorprendemos regando sus macetas de geranios y una planta de madreselva. Ha barrido el zaguán y desayuna con uno de sus biznietos.

María Parra es una mujer enjuta y menuda, locuaz, portadora de maxifalda con delantal y faltriquera. Pañuelo negro a la cabeza, puesto con soltura, achicando su cara y dejando ver unos ojos pequeños, nariz afilada y boca recogida con pocas arrugas. Nos saluda con naturalidad y se sienta ante nosotros para comenzar su tarea con hilo y ganchillo sin ponerse gafas.

Nació, ella nos lo dice, el día 8 de marzo de 1873 en Laroya donde fue bautizada. Perdió a su marido y a sus hijos “hace mucho tiempo”. Le viven muchos nietos y biznietos. Recuerda haber salido del pueblo para ir a Zújar, Alhama de Murcia y el Arteal, cuando las carreteras eran polvorientas y de tierra.

Ha comido mucho pan molido en un molino de agua, ya en ruinas, por encima del Reul y ha conocido la almazara del pueblo movida hasta hace poco por caballerías.

Damos las gracias a tan sencilla mujer, bisabuela de 102 años que no quiso revelar el secreto, de este valle de la Sierra de los Filabres, para la longevidad.

XXVI. LLEGADA A SERÓN

La Sierra de los Filabres es la esperanza de Almería, socio-económica y turísticamente, amén de su importancia científica y telecomunicativa, pero le falta la garra de sus comunicaciones completas. Por ello es una aventura llegar a Serón.

El río Guadalmanzor, que nace de su término y de Alcóntar, se está beneficiando de la repoblación forestal masiva de sus cumbres, y este río comienza a mover la batuta de sus aguas orquestando una veга férax, que el tiempo será el juez supremo que la juzgue.

Macael ya hemos visto que es la hacienda millonaria del mármol y el pueblo de Serón es la millonaria hacienda del hierro que tiene escondido en sus entrañas.

Hay que imaginar las antiguas culturas de los metales, nacidas para el cobre y el bronce en las tribus prehistóricas del Argar y que se difundieron tierra adentro, como una mancha de aceite, por el valle del Almanzora, camino de Castilla y de Europa. La cultura de la piedra ya estaba superada. Había que buscar el hierro para la guerra y para la paz. Era la materia prima de aquella sociedad internacional rudimentaria y a su vez avanzada.

Y la Edad del Hierro para Almería forzosamente tenía que nacer en el valle adelantado de su tiempo representado por el río Almanzora, que nace a sus pies y muere en Villaricos. Debemos entender que este río es el crisol de nuestras culturas primitivas. La arqueología en esto tiene la última palabra y así lo testifican los estudios de don Luis Siret y del profesor Pellicer en el Alto valle del Almanzora.

Por eso nuestra ruta de los Filabres echa de menos el trazado de una carretera, que se atreva a ser vertical desde Serón y Tíjola hasta Almería. La lección histórica está ahí desde los Reyes Católicos que la cruzaron y más tarde el Marqués de los Vélez. Era la línea recta la más corta para comunicar con Almería capital. En nuestros días las palas de ICONA y del IRYDA arañan las alturas en estas direcciones,

en sus pistas forestales y comunicativas de aldeas y poblados. Pero la carretera firme de asfalto se resiste en la pandora silenciosa del tiempo y de la tierra de aquellos collados y montes.

Serón ha sido la nodriza de una época colonial en el trasiego del hierro. Y a pesar de que sus entrañas están preñadas del preciado mineral ferruginoso sus minas están paradas con la esperanza de su apertura algún día. Mientras tanto con señorial hidalguía juega el premio de su consolación vendiendo millones de jamones al año, curados al frío, por toda la geografía provincial y nacional.

El pueblo de Serón es parada obligatoria en la ruta de los Filabres. Visitándolo no se pierde el tiempo pues merece la pena conocer su geografía y a sus gentes. A él hemos llegado por las carreteras del Almanzora, dilatadas en kilómetros y por la cumbre desde Bcares, por muy mal camino.

Serón es para nosotros un bastión adelantado de Almería en la cabecera del río Guadalmanzor. Levantado sobre una colina, no muy alta, otea el horizonte hasta las llanuras de la meseta de Baza, mientras se rodea de riquísima huerta asentada a sus pies como una alfombra verde en primavera. El barranco del Bolonor forma un tajo impresionante que le defiende por su costado oeste trayendo sus aguas desde las alturas de Las Menas. La carretera queda a sus pies en el sector norte, que da entrada al pueblo, mientras por el sur y levante hay unas huertas con un paisaje rocoso desafiante al fondo de atractivo colorido por su mezcla de verdes y ocrees derramados de una paleta pictórica.

Desde su plaza y por sus callejuelas, y desde el alto de su derruido castillo es fácil la contemplación del horizonte tan sedante y estimulante a la vez. La cifra superior a los 700 metros de altitud le imprime el carácter de pueblo empinado y suave y muy propio para ser defendido de los ataques extraños en los episodios de su historia.

Cuando llegues a Serón no tengas prisa por entrar en sus calles. La carretera te invita a seguir adelante y puedes hacerlo hasta su estación de ferrocarril, y si tienes tiempo, adentrarte en el pueblo de Alcóntar o incluso llegar a Hijate.

Al mismo sobrepasar el pueblo vas a cruzar el río Bolonor y más tarde el barranco de la Levita, espera de diligencias de alcurnia, y en seguida cruzas el río Almanzora si deseas llegar a la estación. Si no lo deseas puedes a la izquierda continuar hacia Alcóntar o dar la vuelta después de contemplar el verdor de aquellas vegas y el agua juguetona y limpia.

De regreso, en el escaso kilómetro de recorrido, descubrirás a Serón subido en el pináculo de su monte, como una acrópolis, entre

los claros de centenarios plataneros al borde de la carretera y cuya silueta está marcada por la mole de piedra y ladrillo de su Iglesia en primer lugar, con su campanario vigía, y un trasfondo formado por la torre en ruinas de su castillo. Unas casas blancas con tejas se alinean abrigando los pies del templo. Matices verdes y colinas completan el paisaje.

La torre del campanario con seis ventanas de altura, a modo de minarete, se levanta pregonando con voces de bronce, la hora de la oración para los cristianos. Mira hacia la meseta de Caniles. Llama a la huerta y señala la altura del cielo de la esperanza. Por detrás, la torre del Castillo señala el esplendor de su etapa mora ya en ruinas.

Subid sin miedo al pueblo. Os espera una plaza amplia con mosaico de mármol multicolor a la derecha, delante del Ayuntamiento. Una palmera del trópico ha sido plantada delante de su puerta anunciando el calor de sus gentes. Otra palmera del desierto se sitúa al frente para que recorte su silueta en el azul del cielo junto a los restos que quedan de la fortaleza árabe. Esta plaza es la plataforma de observación del paisaje y de la Iglesia por el sector de levante con un muro alto con sus estribos y almenas.

La plaza está muy cuidada. Alberca en centro con surtidores. Jardines incipientes y faroles andaluces. El Ayuntamiento muestra cinco ventanales altos con balaustrada siendo el central con balcón amplio. Fachada blanca y tejas rojas a tres vertientes sobre el techo.

No olvidemos en nuestra visita que Serón es un pueblo histórico, como tantos del Almanzora, que ha de reconstruir su pasado de mano de los estudiosos. Los hombres del paleolítico ya recorrieron sus montes buscando las guaridas de sus abrigos. Muy próxima está la cueva de las Palomas, entre Tíjola y Bayarque. Y por la traza de su emplazamiento, Serón debió de representar algún papel en la cultura de la piedra pulimentada. Los romanos se adelantaron en sus vegas después del trasiego púnico, en competencia con el indígena ibérico de aquellas fértiles llanuras. Nos viene a la memoria la dama de Baza, a unos tiros de ballesta, y los vándalos y los visigodos y los bizantinos en sus marchas por las tierras de Andalucía.

Pero a decir verdad, los tiempos históricos para Serón comienzan con la llegada de los musulmanes bereberes a la Península.

La leyenda y la historia ya están mezcladas en la boca de sus gentes, en este pueblo singular bizarro y noble, de factura primigenia, que conoceremos en otras crónicas.

XXVII. VISITA A SERÓN Y UN POCO DE HISTORIA

Nuestra visita a Serón comenzó con la llegada de la noche. A pesar del largo y cansado camino cenamos pronto y nos presentamos en casa de doña María Sola, corresponsal de La Voz de Almería, que nos presentó a su marido y en agradable diálogo fuimos recorriendo las esperanzas del pueblo con miras a su minería y a sus carreteras y con la alegría de sus ojos nos adentramos en toda la belleza del paisaje que circunda a Serón y en los episodios de su Historia.

Las horas del reloj habían pasado de prisa, pero doña María adivinando nuestro deseo de conocer más cosas de su pueblo, quiso hacerlo en corto y por derecho y solicitó audiencia familiar con el Sr. Alcalde don Luis Villalba, que, cansado también, había llegado de Granada. Le agradecemos en el alma, como asimismo a su señora, todas las delicadezas que a través de nuestra charla desplegaron. Nos ofrecieron un guía oficial del Ayuntamiento para que a la mañana siguiente fuera el compañero nuestro por la villa.

Pasamos la noche en casa de Luis Domene, situada en la calle de Gadil, que nos suena tanto a moro como a infinidad de arrabales agregados del término del pueblo. Son curiosos los nombres de Jauca, Fargali, Jorvila, Ramil, Alconaiza, Clutes, Pechina y Zoilos. Pechina nos suena a Bayyana y Zoilos nos lleva al sofista combatidor de Platón y Homero en el siglo IV antes de Cristo. ¿Quién trajo a Zoilo a estos parajes?

A media mañana del día siguiente, con el amigo Antonio Pérez, fuimos abriendo el muestrario sabroso de las callejuelas y rincones hasta situarnos en la calle Real, tan curiosa que circunda al pueblo en sus 360° en sentido contrario de las manecillas del reloj. En cada esquina podíamos divisar el paisaje de los cuatro puntos cardinales y además con la sugerencia del trasiego batallador de la historia pasada. Era emotivo el recuerdo de la muerte del Consejero de Estado y Guerra de Carlos V y Presidente del Consejo Real de Indias, don Luis Méndez Quijada, en

tiempos de Felipe II, que fue ayo de don Juan de Austria. Y esta evocación se nos hacía en la calle de los Muertos.

Mirábamos el barranco Bolonor y sentíamos el estremecimiento de los disparos de arcabuz, que acabaron con aquella vida de un fiel servidor del Emperador de las Españas. Forzosamente Serón tendrá que buscar a un escultor para tallar los perfiles, en piedra, de aquel gran señor que lo fue también de Villagarcía. Al menos así se rendirá el justo homenaje a un caído glorioso en la Reconquista del Almanzora y en su cabecera que es Serón. Y cuando exista una buena carretera, que medie de Almería 80 kilómetros, iremos a recordar las glorias de Almería escritas por don Juan de Austria y sus consejeros don Luis de Requeséns y Zúñiga, Comendador Mayor de Castilla, el Duque de Sesa, nieto del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, y del Capitán General de Granada don Iñigo López de Mendoza, Marqués de Mondéjar y Conde de Tendilla, que combatieron por dos veces en el asalto a Serón frente a unos cuantos de miles de moriscos amotinados.

Esto ocurría en febrero de 1570 y cuando sólo contaba don Juan de Austria 25 años y tenía el nombramiento de Capitán General de la Mar desde hacía 2 años y al mando de 33 galeras había hecho un crucero de más de un año por el Mediterráneo y costas de África combatiendo a los berberiscos y turcos.

Dejando la historia y siguiendo el recorrido llegamos a la altura de la Iglesia de buena planta y mejores muros. Fachada principal renacimiento con verja de hierro forjado a yunque y martillo. El escudo de la fachada nos pareció del Obispo Fray Juan de Portocarrero, por lo que se deduce que fue construida comenzado el siglo XVII. Uno de los bancos, que se conserva en el ala izquierda, tiene grabada la fecha de 1651. La Iglesia se edificaría apaciguadas las rebeliones aunque no sabemos si sobre la base de alguna mezquita. Su torre es alta y parece un minarete. El párroco don Francisco Guerrero Pelegrín nos acompaña en la visita al templo para que vayamos descubriendo la maravilla de su interior, muy cuidado, en su decoración y sus imágenes. Artesonado mozárabe, órgano antiquísimo y funcionando, retablo renacimiento, y las naves laterales con alguna muestras de barroco. Nos llamó la atención el baptisterio con un hibridismo arquitectónico, que partiendo de la planta cuadrangular desarrolla una cúpula redonda decorada, albergando en sus cuatro esquinas unas conchas sobre los frisos haciéndonos pensar en el desarrollo octogonal del mihrab de la Mezquita Mayor de Almería. Algo parecido observamos cuando, en nuestra ruta por los Filabres, visitábamos la Iglesia de Uleila del Campo.

Antes de salir de la Iglesia nos detuvimos para ver un cáliz regalado por el rey don Alfonso XIII en el año 1915.

Siguiendo el recorrido llegamos a los pies del Castillo y fortaleza que se está remozando. A la ruta de los Castillos en los Filabres también le llegará su hora.

Las casas que se acuestan sobre las ruinas del perímetro están siendo demolidas en todo su contorno y hay que tener los ojos muy abiertos para analizar todos los restos arqueológicos. Por camino borrado subimos a la Fortaleza, asentada con argamasa de mortero sobre roca de pizarra que se yergue como una columna vertebral estrecha de norte a sur en unos 60 metros.

La torre cuadrangular de su meseta tiene el campanario en lo alto con dos campanas distintas en tamaño, una del reloj y otra de señales. La pequeña tiene solo una historia de 211 años. La fabricó Joseph Cora en 1764. La grande, con letras en relieve, tiene escrita su partida de nacimiento: Villa de Serón. Costeada por su vecindario siendo presidente de su Ayuntamiento don Celestino Domene Guevara. Fábrica de Isidro Pagés e hijos. 1871.

Desde estas alturas se comprende la vida pasada y futura de Serón. El presente es de compás de espera. Esperanza de los Filabres. El pasado glorioso desde el neolítico. En el siglo VIII dijo adiós con su pañuelo al rey godo Tudmir que resistió en Baza la llegada del hijo del moro Muza, Abd-Alaziz.

En el siglo IX los marinos andaluces que llegaron por aquí dejarían algunas huellas en sus 38 años de poderío territorial.

En el siglo X ya tiene Serón su castillo, como Senés y Tíjola, Purchena, Velefique, Tabernas, Sorbas, Bédar y Lubrín.

En el siglo XI, cuando el esplendor de Almería llega al máximo, se unían las correrías de los campeadores por estas tierras y ya no se detienen en los siglos siguientes. Hay miedo en el campo musulmán y se llama a los almorávides. Los mozárabes llaman a Alfonso el Batallador. Y más tarde la Cruzada y así mirando la historia se llega al siglo XV.

Esta zona de Serón era zona de fronteras y cuenta la leyenda, que es parte de la vida y de la historia, el episodio de la novia de este lugar que iba a desposarse a Baza y cuarenta caballeros de Lorca la sorprendieron y después de unas escaramuzas volvieron y tornaron de nuevo por el Almanzora.

Los Reyes Católicos pasan por Serón en diciembre de 1489 y su alcalde Mahomad Ambran se pasa a su servicio y al firmarse las capitulaciones de Purchena, nos cuenta el P. Tapia, este pueblo queda en poder del caudillo Mahomad-Hacen, que da la fortaleza a Sancho de

Rojas. Tres años más tarde queda en señorío del Marqués de Villena, que había estado con los reyes en las campañas de la toma de Granada y mandado por don Fernando a combatir a Guadix.

El Marqués de Villena reconstruye la fortaleza de Serón como hoy hace el Alcalde del pueblo don Luis Villalba Pérez. Dos hombres para la historia.

Después se rendiría la fortaleza a las tropas de Aben Humeya en 1569, hasta ser reconquistada por don Juan de Austria un año después.

Serón sueña, para el futuro con la puesta en marcha de sus minas, su carretera y el escritor de su historia.

XXVIII. ALCÓNTAR Y SUS CORTIJADAS

Alcóntar tiene nombre sonoro. Se puede repetir sin cansancio, por ser palabra llana, pero no es fácil llegar a este pueblo, último de la provincia, por lo dilatado del camino, por su penosa carretera, que sólo en parte está asfaltada, por sus 925 metros de altitud y sobre todo por el cansancio.

Nosotros para conocerlo aprovechamos la ruta de Serón y tomando las horas tranquilas y deliciosas de la mañana en que el sol tiene el capricho de ser artífice de luces y sombras, en la montaña y en el río, ensayando el pregón alegre de un nuevo día.

Nadie se pierde. A poco de salir de Serón y pasar sus dos barrancos en dirección a Baza encontramos el puente sobre el río Almanzora, y a su entrada un letrero indicándonos la desviación a la izquierda para este pueblo. Camino estrecho, húmedo, fresco y verdegueante de zarzamoras y juncos como expresión de riqueza de agua. Y alamedas en las riberas del río. Gentes madrugadoras en sus vegas. Estamos en la margen derecha del río.

Inspirado me puse a escribir en romance añejo:

Si no conocéis Alcóntar
ni todas sus cortijadas,
difícil será sentir
los misterios de la calma,
que envuelven esos parajes
de la grandeza serrana.

El coche iba despacio por el mal camino y ello nos permitía ojear los caseríos de Serón y las cortijadas de Alcóntar. Tres kilómetros de vega por Serón. A la izquierda del coche quedan los Raspajos, los Brevas, los Pinos, los Pérez. Cortijos que hubimos de reconocer preguntando a sus gentes. A la derecha, y a cierta distancia, y cerca

de la vía del ferrocarril, los Gallegos, los Donatos y las Vegas. Núcleos de alguna importancia que nos recuerdan el asentamiento de la repoblación, cuando se acabaron las rebeliones moriscas.

¿Cuándo llegaron los Gallegos y los Donatos a estos parajes? Posiblemente en el siglo XVI con los caballeros de don Juan de Austria. Estos escenarios son históricos. Así los veo:

El verdor de esta alameda
con casas arrinconadas
es el escenario viejo,
de más viejas algaradas
de moros y de cristianos
de nuestra historia pasada.

Por ellos cruzamos la rambla por dos veces atravesando las aguas del río Fargolí y del río Herrerías y pasamos a la margen izquierda del Almanzora que a partir de este momento ya es río de Alcóntar.

El río Herrerías nos habla del esplendor del hierro, que se propaga por el valle hasta Las Herrerías del mar Mediterráneo. El trasiego debió ser inmenso y es curioso contemplar múltiples palomares, que quien sabe si llevaron el nombre a Palomares de la costa.

Los arroyos nacientes del río Herrerías los teníamos vistos en las cumbres bravías de la Sierra de los Filabres, en nuestra subida por Aulago, con nieve y sin ella, a los pies de la Piedra del Sombrerillo.

Siguiendo nuestra ruta vamos a cruzar otra rambla, la del Ramil, que viene de Fuencaliente y Calera, escenario de luchas por la conquista de Serón. Geografía e Historia. Una página brillante de la plana mayor castrense del rey Felipe II. Y en estos parajes:

Hay un silencio de montes...
Hay amapolas manchadas
con la sangre de guerreros
de la Corte castellana,
que son antorchas de fuego
al despuntar la mañana...
Y pisadas de corceles
de la Galera y de Baza
en medio de las arenas
de aquestas húmedas ramblas,
que guardan el eco sordo
del batir de las espadas.

Al borde del camino quedan unas ovejas y algunas eras de trilla, que brillan por sus pizarras, y personas con quienes dialogamos sobre el nombre de aquellas cortijadas. Son los Herreros, los Molineros y Pechina, que ya queda frente al Puntal. El coche entra alegre en carretera de asfalto en ligera pendiente de ascenso para, permitirnos en nuestra marcha, divisar al fondo toda la maravilla de la rambla y valle del río Alcóntar.

Las primeras casas del pueblo ya se divisan aunque nos faltan varios kilómetros. Algunas perdices se nos vuelan. Un camión con bloques de mármol verde se cruza con nosotros roncando cuesta arriba y en seguida la torre de la Iglesia arropada con algunas casas dibujando escasamente dos o tres calles. Besando las arenas al frente, los Blánquez de Alcóntar. El río Saúco, que viene desde las alturas del Prado de las Mariposas, riega la pequeña veга del pueblo, que a modo de jardín festonea el caserío solitario de cal y tejas.

La plaza apenas existe pues escasamente pueden aparcarse varios coches. Se diría que el trasiego comunitario y la lonja de contratación del pueblo se harían en la puerta de cada una de las casas. Iglesia pequeña enjalbegada con el campanario a la izquierda de su fachada. El interior nos muestra en el altar mayor un Cristo crucificado de un realismo sobrecogedor y un profundo silencio propio para la meditación. A sus pies el Sagrario con ángeles custodios y unas azucenas blancas.

Sobre la colina, que rodea al pueblo, unos monolitos blancos van trazando el recorrido de un vía crucis de penitencia, por encima del nuevo cementerio, ya que el viejo queda más desplazado junto a la carretera que conduce a Hijate.

Queda el proyecto, para otra ocasión, de bajar por la cumbre recorriendo todo el río Saúco y sus cortijadas de Níjar, Los Blánquez del Saúco, Las Carboneras, El Castillo, Tres Morales, los Checas hasta llegar al cerro de la Pared, de explotación de mármol y con hierro en abundancia, y ver el antiguo molino de agua, en el angosto arroyo, antes de llegar a los Domenes. Hoy la repoblación forestal ocupa el lugar de los antiguos moradores haciendo el milagro verde de la Sierra.

Al final de nuestra ruta repostamos gasolina en Hijate, por la carretera general. Desde allí mirábamos los perfiles nevados de la Sierra y las altiplanicies de la meseta de Caniles por donde nos llegaron de Galera y Baza los Caballeros de la Historia. Así termino el romance:

Caballeros de la Historia,
jinetes de las mesnadas
que lavaron sus heridas
en las cristalinas aguas
de estos barrancos ágrestes
con puñales de pizarra.
Vinieron al río Almanzora,
haciendo Historia de España,
los Caballeros del Rey,
a caballo y con armas,
según las crónicas cuentan,
y según la copla canta,
atravesando estas tierras
con banderas de esperanza.
¡Toda la plana mayor
del general Juan de Austria!
Antes lo hicieron los Reyes
Fernando e Isabel la Santa
luchando por conseguir
toda la unidad de España.

XXIX. DE SERÓN A BACARES: LAS MENAS

A la perla oculta de los Filabres, que es el pueblo de Bacares, se llegaba desde los más remotos tiempos por los más variados caminos formando unos radios convergentes a manera de rueda de la fortuna hundida en las entrañas del caserío. Bacares siempre ha tenido agua con que mover los canchilones de sus molinos y trasiego de harina desde los pueblos vecinos de Gérgal, Olula de Castro, Castro de Filabres, Velefique, Senés, Tahal, Sierrro, Tíjola y Serón.

Pero los caminos que siempre ha tenido eran de herradura por medio de los collados y los valles frondosos que le circundan. Bacares, que en los tiempos de la construcción de la plaza de España de Sevilla, contaba 7.500 habitantes, ya que figura su nombre en el mapa de Almería, con letras mayúsculas, junto con dos o tres más localidades, está en la actualidad soñando con la esperanza de una carretera que le redima al comunicarse directamente con Almería. En este sueño esperanzador siguen los pueblos de la cabecera del Almanzora. La autopista de estas gentes es un camino para ruedas y no para herraduras.

Por esto, Serón, que tenía que subir a Las Menas y al Vallejillo Abrigo horadando las entrañas de la tierra con sus mineros y los de Bacares, necesitaba un camino nuevo para sus hombres y para sus máquinas y al fin lo hizo.

Una pista al principio, con unos retoques posteriores, siguiendo la huella de las herraduras que por la margen derecha del barranco del Bolonor bajaba desde las alturas del Calar del Gallinero, que es una brava montaña, con más de 2.000 metros de altitud, en medio de la Serranía de los Filabres.

El camino de Serón a Bacares por Las Menas es una senda impresionante para los apasionados a la montaña. Saliendo por los arrabales del pueblo y en dirección sur se asciende suavemente dejando unos tajos del barranco a la derecha que son

impresionantes. Yo quisiera ver aquí a Pérez de Tudela por los paredones del Bolonor dando clases de alpinismo y, a buen seguro que, Serón tendría con esto tanta fama como con sus jamones y sus hierros.

Quien no ha visto estos valles nevados no sabe la impresión turística, de carácter alpino, de estos rincones de Almería. Los restos de un molino de agua se ven al fondo y por doquier, a derecha e izquierda del barranco, se alzan obras que mantuvieron en pie los postes del transporte aéreo del mineral de hierro desde las cumbres del Calar hasta las estaciones del ferrocarril.

Y por si fuera poco la belleza impresionante de las cumbres, que se divisan al fondo, entre el camino tortuoso, aparecen los restos de un cuento de hadas con un escenario salpicado de los caseríos del Rascador Alto, pasando por los Perdigones, con una capilla colonial, de aguja fina octogonal fabricada en pizarra negra, que forma el atrio, dibujándose por detrás la nave única con techumbre a dos aguas. Al borde del camino, esto es una meditación. Las puertas están abiertas y en seguida un puente de madera y de hierro en ruinas, con piso de tablas gruesas, desvencijado y viejo, que ya no sirve más que para estudio de los estudiantes de la Escuela de Ingenieros de Caminos y para probar la resistencia de los materiales de la construcción desafiando al tiempo.

Entramos de lleno en las factorías de Las Menas. La barriada de Dulce María no tiene más que una familia que está guardando la historia y los umbrales del futuro a la puerta de la mina llamada del Telegrama, que tiene su trazado en dirección a Bacares como si un topo gigante estuviese escondido esperando echar tierra y mineral de hierro al toque de la sirena de las explotaciones mineras del Moncayo, sus actuales propietarios.

Hemos tenido la suerte de recorrer la barriada recién nevada, con la blancura y el suspense que da el algodón de agua hundido a nuestros pies cuando visitábamos aquella factoría. Una ciudad desierta es algo impresionante con la mortaja blanca de todo el horizonte. Y en medio del silencio, solo un hombre llamado García, con historia larga de más de 40 años de minero, que vive en la plaza de la Música nº 3, enfrente del horno y del economato, por debajo del barrio y de la Residencia. Llegamos a él por la señal del humo de su chimenea y por la presencia de una cabrilla al pie de su casa.

Nuevamente en el camino de Bacares a más de 1.500 metros hasta la llegada del mojón de caminos en el collado del Ramal. Y qué grata sorpresa se nos brinda en verano al contemplar una fuente recién construida por el Servicio de ICONA, junto a una

casa forestal de montaña. Seguimos la flecha en medio de los pinos a 1.700 metros.

Pasado el Collado entramos en las vertientes del embudo de Bacaes y por un camino de lastra, grava y tierra, propio para saltamontes nos recreamos con el vuelo de las perdices y la visión de majestad que da un trono verde de almendros de los arroyos y las huertas que circundan al pueblo olvidado de Bacaes.

El trasiego del hierro ha dejado honda huella en estos parajes de la sierra en forma de cicatrices gigantes, que se observan en los montes a manera de viruela telúrica y quien sabe si desde los tiempos fenicios, griegos, cartagineses y romanos, pues las tribus ibéricas no tuvieron descanso desde antes y después de los tartesios.

Más casas en ruinas en el Cortijuelo, en el Turmaz, a los pies del cerro Layón, que casi a los 2.000 metros ha perdido su prefijo Ata, que es tan frecuente en las atalayas naturales de la serranía. Más perdices y muchos almendros y con marcha corta, dando algunos saltos y con el freno al pie descendemos hasta divisar todo el encanto del pueblo, que con caserío de tejas y pizarras, queda partido en dos por el barranco de Enmedio. En el barrio de allá se alzan las ruinas de su castillo moro, con su historia y leyenda, que es vida, y por sus callejuelas, que el alcalde promete hacer una pista de cemento, llegamos a la fuente de San Juan, rodeada de zarzamoras.

Un remanso de paz con verdes arboledas y frescor de nieve para descanso de este mal camino de Bacaes. Dicen las gentes, que por aquí se juegan a las quinielas de las carreteras y que también se deshojan los pétalos blancos de las margaritas por los senderos de herradura desde los Altos del Entredicho hasta el pueblo. Las palas de los tractores tienen la palabra.

XXX. BAYARQUE PREHISTÓRICO

Bayarque es un pueblo humilde, pequeño y solitario asentado en la margen derecha del río de Bacares que le lleva el agua a sus pies desde las cumbres altas de las Piedras de los Ladrones en la espina dorsal de los Filabres.

No tiene siquiera los 500 habitantes pero quien haya recorrido estos valles poblados con los pinos recientemente plantados por el Instituto Nacional de Conservación de la Naturaleza, forzosamente tiene que admitir la presencia de unas hordas primitivas y prehistóricas de la cultura paleolítica por estas latitudes y rincones.

De las épocas glaciares nos queda en las cumbres la famosa mariposa Apolo Parnasus del Prado del río Saúco y si hemos visto cerámica primitivísima en la entrada a la Cueva de la Yedra, conocida con el nombre de Cueva del Collado, detrás del Calar del Gallinero, hemos de deducir que si hasta aquí no llegó el hombre musteriense, si tuvieron que hacer vida no sedentaria algunas razas del paleolítico, hasta ahora no sabemos por estar mal estudiado el mapa arqueológico de los Filabres. Y que seguramente anduvieron de caza por entre la espesa floresta del río Barrancón hasta llegar al Almanzora, cuando las nieves fueron retrocediendo.

El trasiego milenario debió estar asegurado con la rica fauna de aquellos bosques, que permitían al hombre estar de caza permanente con fortuna, alternando su alimentación con las raíces frescas y las fresas silvestres de los remansos húmedos de las laderas.

De Bacares a Tíjola se puede bajar por una pista forestal comprometida por el polvo en verano y por el barro y las nieves en el invierno. Tenemos hecho este camino entre pinos verdequeantes y desniveles comprometidos de mal camino. Y también de Tíjola a Bayarque por carretera de tierra hemos ido en la primavera del año pasado recorriendo unos pocos kilómetros en pendiente suave, pues de Tíjola a este pueblo sólo existe un desnivel de poco más de 100 metros.

Bayarque está a los pies de la Peña de la Zorra que queda al este y al costado del río Bacares que allí recibe al arroyo de Vuelta Campos con los restos de un molino de harina movido por las aguas en las centurias pasadas.

Es curioso el paisaje algo desolado junto al camino, con matorral bajo y la sorpresa cuando vemos los restos de una factoría, consistentes en unos lavaderos de cinabrio, que ya han sido puestos en actividad varias veces sin fortuna.

Cuando divisamos el pueblo, en una pequeña meseta, hicimos alto para dialogar con un pastor que tenía su ganado pastando al borde de la carretera. Nos habló de las minas de cobre que nosotros asociamos en seguida a la idea de las explotaciones primitivas de las gentes de la Cultura del Argar, pues en la Cueva de la Paloma ya existen restos prehistóricos que, unidos a los estudios recientes del profesor Pellicer y profesora Acosta, su mujer, en los altos de los 4 montes de La Cerrá, nos hacen suponer una cultura del paleolítico superior, neolítico y restos de las primitivas colonizaciones.

Por la Jorvila de Serón ya se vieron tumbas megalíticas lo que nos hace suponer que los pueblos nómadas primitivos se asentaron al borde de estos arroyos y que sus descendientes andan por estas latitudes después de un centenar de generaciones, desafiando todas las incomodidades y el señuelo del desarrollo del siglo XX. Saben esperar pacíficos la llegada de otros hombres, que quieran venir a ellos para copiar su vida de sol, lluvia, nieve y estrellas por entre los picachos y arroyos frondosos de la sierra.

Mientras tanto Bayarque guarda para los estudiosos otras cavernas primitivas que se conocen con los nombres de Cuevas de la Hendija, en el barranco de la Adelfa, las Cuevas Negras y la Cueva Horadada situada en la Solana de las Parras ¿Serán prehistóricas?

El pastor José Domene, como buen filósofo argariense, nos contaba la leyenda o la historia de una carretera que ya había sido trazada hace muchos años por aquellos lugares, en dirección a nuestra ciudad de Almería y miraba, como un visionario en éxtasis, por las cumbres, señalando con su mano en dirección sur el trayecto de la soñada carretera. Al pastor filósofo le habían enseñado un papel y con una caña había comprobado que era la distancia más corta la de su pueblo con la capital.

En la actualidad, los tractores no descansan camino de Bacares como habiendo descubierto la zapatilla de la Cenicienta de estos montes, tal vez buscando la horma de su pie por las faldas de la Tetica de Bacares, camino de la senda vertebral, que ya está trazada desde la Peña del Sestero de Burgos, donde hoy se alzan las cúpulas

del Observatorio del Calar, hasta el cerro de María Antonia, por encima de Velefique. Allí la Telefónica también espera. Los cables telecomunicativos están abatidos por las nieves, y el mal camino espera el betún negro de las futuras autopistas de los Filabres.

Cuando los años pasen, las crónicas y las leyendas estarán unidas haciendo historia para las cosas grandes, pero la historia de hoy del pastor Domene quedará como una leyenda de maestro de perros amaestrados. Nosotros hemos visto a su perro acudir a su voz para recoger una oveja desmandada o desobediente, agruparlas, disolverlas, correrlas y pararlas. Por algo es pastor desde los 15 años. Tengo a buen seguro que, si estuviéramos en la época florida de los circos ambulantes, el pastor Domene tendría un contrato de fichaje como figura destacada en la educación de los canes.

No será ésta la última vez que visitemos estos arrabales, pues por la prisa no pudimos captar toda la belleza que los montes y barranqueras exponen al visitante. Las casas fueron un motivo diferido para otra ocasión. Las vimos de lejos mirando al mediodía con sus tejas rojas arrojando la torre de la Iglesia. Nos despedimos del pastor después de haber quemado con él algunos cigarros mientras su perro, elevado en la colina, le miraba fijo esperando la orden de trabajo.

Nuestros ojos giraron por el paisaje hasta el fondo de los montes y del cielo, acabando por contemplar el zurrón de Domene, los ojos del perro y cada una de sus ovejas, pensando en los ascendientes prehistóricos, que un día comenzaron por la domesticación de los animales, que hasta entonces estaban refugiados en la selva.

¡Cuántos Domenes prehistóricos hasta hoy! Y así pensando, camino de nuevo al Almanzora, pasamos por delante de Armuña en dirección a Sufli y Sierro.

XXXI. SUFLÍ “EL PARAÍSO MORO”

El término de Sufli es muy reducido. Tiene el capricho de dibujar un miembro inferior calzado con bota alta que quisiera meter su planta en el río Almanzora, que a este nivel forma filigranas meándricas excluyendo Armuña de los Filabres. Pero Armuña queda como un principado de honor de esta Sierra bajo el señorío de don Francisco Pacheco, Marqués de Armuña, que había de tener en vasallaje a los pueblos de Lúcar, Sierro y Sufli, terminada la Reconquista.

El pueblo de Sufli es muy pequeño pero tiene una veega amplia tendida en la ribera derecha del barranco de Bayarque formando una alfombra verde en forma de zapato para hacer de esta tierra, el Sufli de las calzas verdes. El aspecto morisco del pueblo es impresionante. Casas blancas, trazado geométrico, quebrado y estrecho y algunos rincones de zoco. Pocos kilómetros le separan de Purchena y el camino no es malo. El río que viene de Sierro besa los pies del caserío por encima de los 500 metros. Unos montes por el este hacen que el sol de la mañana no sea tan madrugador para estas gentes herederas del paraíso moro.

Sufli es conocido en la geografía local y provincial como el pueblo de las “fritadas” por obra y gracia de un solo hombre que hace el milagro de la fe en sus proyectos. Cuando las carreteras de la Sierra de los Filabres sean una realidad tangible y abracen en una piña a todos los pueblos de la alta cuenca del río Almanzora, una de las rutas turísticas más bonitas de Almería será subir por Velefique a Bacaes, bajar a Tíjola, Serón y Purchena recreándose en los pinares de la sierra y en la veega del Guadalmanzor, retornando por Sufli y Sierro, camino de los parajes del Jarro donde aguardan los madroños y madre selvas, setas comestibles, alguna fruta y contemplar toda la grandeza del cerro de Nimas donde tiene su batuta telecomunicativa la Telefónica.

Y de retorno, por el mirador de María Antonia, mirar todas las faldas plegadas de los términos de Tabernas, Castro, Olula de Castro, hasta Rioja y el mar.

Corriendo en coche por esos montes, en cierta ocasión, confundido en las pistas forestales, fuimos descendiendo por las barranqueras, camino de Suflí hasta llegar a un camino ciego. Un pastor quedaba a lo lejos y por “teléfono” aéreo, mediante voces mezcladas con el eco, no pudimos entendernos. Queríamos preguntar por el verdadero camino de bajada hacia Sierro y Suflí, pero los intentos fueron vanos. No obstante en nuestra confusión habíamos detenido la marcha bajo el peral más grande que jamás hubiese contemplado. Fue motivo de llenar nuestras alforjas, escoger otra pista por el barranco del Infierno que al fin nos llevó a Purchena.

Pero no es camino aconsejable y hay que esperar en el milagro de los tractores que ya arañan por los Bermijales y el Pilarico con la esperanza de alcanzar la cumbre uniéndose a Bacares, si es que alguna vez le llega el turno.

Nosotros para visitar Suflí lo hicimos desde Purchena, y a la entrada del pueblo preguntamos por el dueño de la fábrica de las fritadas como modo de conocer sus gentes y cuál fue nuestra sorpresa al comprobar, que era un antiguo cliente a quien habíamos operado a su esposa. El buen Emilio es conocido en el pueblo con el sobrenombre de El Relojero. Bajo de talla, sonrisa abierta con ojos concentrados en su interioridad. Se diría que mientras habla tiene muchas cosas en el pensamiento. Y aquí comienza la historia.

Sentados en su casa nos cuenta, que es conocido por El Relojero por su padre, que tenía ese oficio y que más tarde fue heredado por él. En la actualidad compone relojes inservibles desde los más alejados confines, incluso de fuera de la provincia. Arregla televisores pues hizo un curso técnico para matar el ocio y por medio de motores de ventilador tiene fabricados unos tornos de miniatura que le permiten la fabricación de piezas que no existen ya en el mercado. Encarna, su mujer, con gran regocijo nos saluda y nos invita a comer en casa a la vuelta de nuestra visita a Sierro.

Nos acompaña a una almazara, que recientemente ha comprado y la ha puesto en marcha ya con electricidad, pues en el pueblo de cuatro que existían dos dejaron de funcionar y la otra era de animales para mover la piedra y también quedó parada.

Tiene interés en que conozcamos el pueblo y sus calles y en diálogo jugoso y filosófico nos va contando que también arregla cuantos tractores se averían por estos contornos valiéndose a su vez de un torno gigante que compró en Las Menas, al cierre de las minas. En forma humilde y sencilla, mirando frecuentemente al suelo, cargado como la espiga llena, con el peso de su pensamiento profundo, nos cuenta su vida, sus desvelos y su lucha de cada día

de artesano y de agricultor. ¡Qué maravillas hace este Emilio con su tiempo!

Por la calle de las Campanas entramos a la plaza principal no sin antes hacer unas fotografías de sus calles blancas adornadas con macetas de geranios, con trasiego de hombres y sus caballerías. La plaza guarda en un rincón a su Ayuntamiento de dos pisos y a su Iglesia modificada algo, hace 29 años. Tiene factura de mezquita. Unos recortes de mármol en el suelo y unos olmos preciosos de bola la adornan.

Descubrimos en la calle de la Era un coche Whippet, inglés, con matrícula MU-5650, que entró por Cartagena en el año 1928, que lo compró por chatarra y lo puso en marcha para venderlo a una inglesa turista que lo encontró en este paraíso moro. Ilusionada quiso llevarlo a su tierra y encontró tantas dificultades que de nuevo se lo regaló a Emilio.

Finalmente se apresta a revelar el secreto de la fabricación de sus conservas de FRITADAS DE SUFLÍ. Y como es secreto sólo puedo decir que tiene en funciones varios departamentos estudiados para el asado, limpieza de tomate y pimientos, todo a mano. Después esterilización mediante ebullición con elevadores y giros en guillotina que ya quisieran tener en el archivo histórico las fábricas del siglo pasado. Todo fabricado por Emilio, con piezas a torno manual, con piñones, trinquetes y seguros. Y como penúltima manipulación queda el enlatado y pestañeado de la lata para su cierre en una máquina fabricada por él con motor de gasolina y que rinde al ritmo de 36 por minuto en sus manos, que marcan un récord de tacto y vista. Finalmente el rótulo de papel con el nombre de Fritadas de Suflí.

Esta lección de los Filabres queda ahí. La fe mueve montañas. Y para que esta fabricación se lleve a efecto, es preciso traer los pimientos de Aranjuez y tener confianza en el producto que se elabora. En la venta pone siempre una peseta más que la más cara que se venda en Purchena o cualquier pueblo de alrededor y no recuerda que nunca le haya quedado una lata por vender. Su mercado está garantizado.

La succulenta comida que nos ofreció Encarna, su mujer, nos trajo a la mesa el aroma del tomillo, del olivo y del trigo, y ya en la despedida, sobre una colina cercana a la entrada al pueblo, dijimos adiós a la pareja, mirando a su veга y pensando que muchos Emilios olvidados merecen más de una recompensa.

XXXII. SIERRO Y SU ALMAÇARA

Sierro es la continuación del paraíso moro del pueblo vecino de Sufli, situado en la margen izquierda del río de su nombre, que trae las aguas limpias y frescas desde las alturas de los collados de Senés y María Antonia por medio de un abanico de barranqueras y arroyos con nombres curiosos como la balsa del Cura, las Mantecas, el Duque y el Infierno y que son interesantísimos de recorrer a pie en las lomas suaves de Los Moneros, El Gallego y más todavía por la hoya de la Fuente.

Sierro queda a una altitud de 758 metros y estas lomas sobrepasan el doble de esta altura con un frescor delicioso y un paisaje de caseríos salpicados y abundantes que dejan ver eras pequeñas para la trilla y huertas llenas de frutales abandonadas que nos hablan de una vida en la montaña en las décadas pasadas. Hoy las pizarras de las construcciones están abatidas, las eras desiertas y los frutales salvajes.

En la actualidad existe una transformación profunda de aquellos parajes por obra y gracia del programa ambicioso de la defensa de la Naturaleza en Almería y cuya misión es devolver a tiempo el ecosistema natural de la provincia tan maltratado por las generaciones pasadas en nuestra tierra. Si románticamente las veredas y las sendas del valle de Sierro se van borrando, a cambio, los tractores marcan unas pistas firmes de comunicación que dan un sello nuevo esperanzador a la Sierra de los Filabres.

Nosotros en coche montañoero hemos recorrido el Haza Grande, al pie de la Tetica y hemos saboreado los sustos propios de la lluvia y de la nieve, que inmovilizan las ruedas en el fangal arcilloso de las charcas. Pero ahí queda la aventura fabricada con sol, lluvia, nieve y barro.

Otras veces y en otras épocas las perdices han salido casi de nuestros pies, como una ballesta animal disparada hacia la diana de los matorrales. Y hemos gozado en la búsqueda de setas de los

cardos en los días lluviosos del otoño, junto a las eras y acompañados de las gentes del lugar, expertos gastronómicos y concedores de las especies no venenosas. Las peras gigantes de estas alturas son deliciosas lo mismo que las nueces de las nogueras de aquellos parajes abandonados.

Por todo esto comprendemos el entusiasmo y la fe que tienen las gentes de Sierro en que una carretera turística no les falte desde el pueblo hasta las alturas del Jarro, para enlazar con la carretera que, en su día, venga desde el Almanzora hasta Bacares, camino de Velefique, Tabernas hacia Almería.

Desde el valle del Almanzora hemos llegado a Sierro por el estrecho y profundo valle de su río y por la carretera trazada en su margen derecha a 3 kilómetros desde el pueblo de Sufí. Es impresionante contemplar, a menos de un kilómetro del pueblo, un paredón rocoso casi vertical, que en su cumbre, tal vez, daría asiento al célebre “castillo del Aljibe” para impedir la llegada al pueblo de alguna incursión guerrera.

Es lo cierto que las aguas corren por el fondo del lecho del río en medio de una lujuria verde al acercarnos al pueblo, que queda apiñado entre el barranco de la Mezquita y el río principal, que describe un meandro gigante a los pies del caserío suspendido en el monte. El paraíso moro estaba, con su casa de oración, por entre los cientos de álamos y olmos que nos saludan a la llegada por estas riberas. Mucho revoloteo de pájaros entre las ramas y arrullos sonoros de ruiseñores y tórtolas y de pronto aparece ante nuestra vista un estandarte de palmeras gigantes, a la entrada del pueblo, anunciando que un día aquí también llegó la invasión musulmana con el reparto de sus tierras.

Una calle empinada nos lleva a la plaza del General Jiménez Ontiveros, hijo del pueblo, que para ser más romántica está escrita, sobre mármol en la fachada del Ayuntamiento, con el nombre de glorieta. Un diminutivo encantador que nos aloja en la gloria o paraíso de los Filabres. En medio de la glorieta una fuente de pequeñas dimensiones y espigada figura donde las gentes llenan sus cántaros de agua y se cuentan sus penas y sus alegrías y el viajero calma su sed con este manantial de los Filabres.

Visitamos el Ayuntamiento y nos atendió cortésmente su Secretario don Emilio Muñoz con quien recorrimos algunas calles significativas para hacer diapositivas. Sierro es un pueblo escalonado a los pies de la Cuesta Blanca con casas blancas coronadas con tejas, dándose en abundancia dos y tres pisos en altura. La torre de la Iglesia quedaba al fondo de un escenario de cal, callejuelas, gentes y caballerías.

La gran sorpresa de este viaje fue para nosotros conocer el funcionamiento actual de una almazara movida por asnos en el corazón de esta sierra desposada con Sierro. No es espectáculo frecuente y precisamente por su originalidad rogábamos al Secretario que esta pieza única la conserven para recreo de forasteros – además de la utilidad local -, que acudirán desde Almería cuando tengan su carretera turística. El olor penetrante a oliva exprimida nos traía el recuerdo de la al-maçara mora – el lugar para exprimir – y este olor por asociación nos traía las imágenes moriscas mezcladas con el cortejo de palabras arabizadas en nuestro idioma.

En el Ayuntamiento nos dijeron que los libros de apeo del siglo XVI fueron quemados en la guerra y que hoy sólo sueñan con su “carretera turística”, como ellos la llaman, que recorra los parajes de los Bermijales y el Pilarico, camino del Jarro, donde existe una zona forestal rica y abundante de absoluta virginidad y pureza del ecosistema virgen y natural con especies de madroños, espliegos, romeros, madreselvas, tomillos aromáticos, encinas, olivos, cerezos, almendros,... Y por si ello fuera poco, en la Piedra Lobera y en la Piedra de las Campanas, los montañeros pueden desplegar los programas de alpinismo de escalada que ellos quieren en las alturas limpias de los casi 2.000 metros.

No conocemos estos parajes de los Bermijales. Los tractores ya hacen el milagro de arañar las tierras para labrar caminos, pero es lo cierto que por aquellas alturas se divisan, hasta donde hemos llegado, algunos acebuches y chaparros por las colinas y los surcos de la repoblación forestal y los pinos comienzan a verse por las lomas y collados presagiando una de las zonas más bellas de la Sierra.

Mientras la carretera de verdad llegue a ser realidad y se comunique con las vertientes de la solana, hemos de conformarnos con mirar desde el collado de María Antonia toda la policromía que nos ofrecen los campos de amapolas con su rojo desvaído, los asnachos y albaidas con sus florecillas de amarillo oro y los tomillos salseros de flores blancas, mientras que en el fondo de los barrancos y en el río quedan las mimbreras dormidas y los juncos apretados esperando la artesanía de los cestos.

Sierro es un pueblo de esperanza, que mira a su pasado rindiendo homenaje de recuerdo, también en letra grabada sobre mármol en la fachada de su Ayuntamiento, “A su esclarecido hijo el Ilustre Párroco y Protector L. D. José Giménez Sánchez en prueba de cariño y gratitud. N 14-V-1843 en esta casa, † 25-X-1911”. Una bella lección de justicia que conviene cultivar para las generaciones venideras.

Después de nuestro recorrido apretado por el tiempo, nos despedimos de don Emilio Muñoz en un bar del pueblo prometiéndoles otra visita.

Laroya es nuestro próximo objetivo. Ya en el coche veníamos pensando en la Cueva de la Alféguara, en la Piedra y Cueva de la Lobera como refugios del hombre primitivo, mientras en nuestras manos teníamos un muestrario variado de las hojas de aquellos árboles salvajes silueteando el tallado de unas flechas primitivas del hombre del neolítico.

XXXIII. DESDE ALCÓNTAR AL PEÑÓN DEL NEGRO

El bello paraje de Alcóntar, con la frondosidad de sus alamedas, lo hemos recorrido esta primavera, camino de la cumbre, acompañados por el ingeniero don Francisco Rojo y mis colegas De Juan, Jiménez Molina y Salinas Muros. Nos escoltaron dos jeeps del servicio de ICONA.

El día anterior a nuestra excursión, iniciamos la salida de Almería hacia Tíjola, por la Sierra de los Filabres, recorriendo las pistas de la Fuenseca, la Merendera, collado del Conde, del Ramal, Las Menas y Serón hasta la plana mayor del Servicio Forestal, conocida por la gente como “Villa Huesos”, en las afueras de Tíjola.

La casa forestal es un pequeño parador rodeado de pinos de buena altura con un mirador al valle del Almanzora. Instalada con gusto, sirve de albergue y descanso en el fragoso quehacer de la montaña. Buena chimenea, ambientación musical y biblioteca. Éramos visitantes de honor y se nos atendió con largueza.

Era la noche del 12 de abril. Adelantamos a la hora oficial nuestros relojes y a las nueve de la mañana partíamos para Alcóntar, después de un magnífico desayuno.

Por el valle del Almanzora, gozando de un paraje verdequeante, llegamos hasta Los Meneses donde se abrazan los ríos Fargali y de las Herrerías.

Cruzamos el río de Alcóntar y por su ribera izquierda vamos ganando altura hasta divisar la cortijada de los Blánquez y el caserío del pueblo. Dejamos la carretera de Hijate y entramos en la pista que nos había de llevar a la cumbre, desviándonos a la izquierda. Cruzamos el barranco Pinar de Caja y nos dirigimos hacia la Amarguilla. Casa abandonadas y muchas escorias de hierro. Quedan a nuestra derecha las lomas que separan los límites de la provincia de Granada.

Las tierras están muy secas. El frío de la mañana se alivia con un bocadillo de jamón y unos tragos de vino al pie del cerro de la Pared,

desde donde se divisan las llanuras de Caniles y Baza. En este cerro hay canteras de mármol verde actualmente en explotación.

La pista está polvorienta. Manchas tímidas de pinos jóvenes quedan escalonadas en nuestro recorrido. Las pizarras afloran por el paisaje arcilloso y nuestros coches van mordiendo las barranqueras de la Sarna y de los Checas, donde existe una cortijada, hoy abandonada, que se llama El Castillo.

Aumentan las pizarras con perfiles sugestivos hasta la llegada a las cumbres del Prado donde nos adentramos en la cabecera del río Saúco.

Hemos llegado a la altura de los 1.900 metros. Descendemos de nuevo por la ribera del río, contorneando la Sierra de Carrasco unos siete kilómetros. Llegados a la Hoya de las Cáscaras, nuevamente ascendemos cortando el barranco del Aguadero con una rica fuente.

Los coches se detienen en una extensa explanada, que hace las veces de un verdadero mirador de la Sierra.

Aprovechamos este alto en el camino para anotar las matrículas de los coches que nos acompañan y para dialogar ampliamente con los forestales. Son éstos: Manuel Magaña Romero, que conduce el coche 38.445; José Guirado Barrachino, que es el guarda mayor y que se le conoce con el apodo de “El Carrero”, lleva el coche 39.891 y, finalmente, Ángel Peña, que se ha criado justamente en el cortijo del Aguadero y que en la actualidad tiene a sus padres en Escúllar.

Ángel Peña, buen conductor de su actual “carro” 22.435, nos va impresionando con su relato histórico del abandono de todos los caseríos del río Saúco ¡Cuántas sugerencias en estas alturas! Sabemos que hoy emigran los hombres de estas riberas agrestes. ¿Pero quiénes fueron los primeros pobladores?

Desde el mirador donde estamos situados vemos las terrazas verdequeantes, escalonadas de los caseríos con sus arboledas frondosas. Estos parajes se van transformando en verdaderos bosques donde van a imperar las garduñas, las ginetas y los zorros, hoy tímidamente representados.

Las pizarras de los caseríos ya no van reproducir el eco de las voces del hombre. Es impresionante oír el relato:

- Mire, allí queda Cruz Blanca, el Saúco, Níjar, Gibaja, Carboneras, los Blánquez del Saúco, los Joaquines, los Peñas, Tres Morales, los Checas, los Migueles, los Domenes y Amarguilla. Una legión pasada de héroes de la montaña.

- Ya sólo queda una familia en Carboneras; tres en los Blánquez; una en los Joaquines; tres en los Checas; tres en los Migueles y ocho en los Domenes.

El hombre ha dejado su imperio de nieve y soledad, de crudeza y desamparo desde su Cruz Blanca a 1.500 metros de altitud.

El agua ha quedado sola
para lavar las pizarras
llorando por los barrancos
todo un rosario de lágrimas.
¡Las nieves están más frías
sin el calor de las almas!
Las Carboneras sin fuego
y Níjar sin esperanza.
Los Tres Morales sin moras.
Los Checas sin algaradas.
Los Joaquines en ruinas
y hasta los Peñas, sin casas.
Por todo el valle del Sauco,
en las noches estrelladas,
la música del silencio
tiene sonos de plegaria.
¡Una legión de hombres fuertes
se fueron de la montaña!

XXXIV. LOS SANTOS “SOLEDADE DE UN MATRIMONIO”

Desde el “mirador del río Saúco” continuamos por la Solana de los Marco y descendemos hasta el poblado en ruinas de Los Santos situado a 1.600m de altitud en pleno arroyo del nacimiento del río de las Herrerías.

Los cinco coches se apiñan a la entrada del caserío.

Pizarras y techos en ruinas.

Puertas abiertas mostrando los restos del ajuar de las familias que hasta hace poco tiempo ocuparon estas moradas.

Fotos en las paredes. Máquinas de coser, camas, sillas, cantareras, algunos frutos secos, hoces, espuelas... ¡cuánta desolación!

Estamos sobrecogidos por la sorpresa. El bosque ha reclamado lo suyo y los hombres han emigrado. Ángel Peña, que se unió a nosotros en el camino de la Sierra, es nuestro anfitrión. Como forestal cuida de una casa, refugio obligado de sus faenas por la montaña. Allí nos espera su mujer preparando el almuerzo.

Pero antes, Peña nos pone en antecedentes de un matrimonio que aún queda por estas alturas, en desafío constante con la naturaleza y con las alimañas.

Cuando observamos todos los rincones del caserío y el fondo del frondoso valle, aparece el cabeza de familia del pueblo, que hace de alcalde, juez de paz y emperador de las alturas. Hombre de sonrisa abierta, alegre y tranquilo.

José López Gómez es su nombre. Nos dice tener 64 años. Llama a su esposa Cristina para que le hagamos una fotografía en la puerta de su casa y nos va contando su historia. Vive con ellos un hijo de 17 años no muy normal. Ha casado 5 hijos, que viven por Fines, Andorra, Roquetas y Macael.

Por estos contornos se le conoce con el sobrenombre de “El Zurdo” que lo heredó de su bisabuelo. Esto de los apodos es una transmisión heráldica de los pobres y humildes imitando a los

reyes del medievo. Su bisabuelo vivía en Los Riscos enfrente del caserío del Saúco.

Ni que decir tiene, que esta vivienda sería una mezcla de refugio natural completada por la mano del hombre. Nos la imaginamos con aleros salientes de pizarra, encendiéndose el fuego con sílex y buscando la caza con trampa. Los frutos naturales estaban en los arroyos.

Pues bien, “El Zurdo” se casó a los 18 años, hizo la mili en Salamanca y en la guerra pasada le incorporaron a la fuerza y le llevaron al frente de Castellón. Allí fue herido, y sin curarse, se escapó del hospital y se vino al pueblo donde sanó con lavados de sajareñas. Toda una odisea desde Callosa del Segura hasta Alcóntar.

Está muy orgulloso de sus 22 nietos.

“¿Sabe usted que aquí a este río nos han traído truchas?”

“Este pueblo tenía sesenta y seis vecinos. Yo arreglaba los herrajes y sólo me quedan algunas herramientas y el yunque.”

“Cualquier día, cojo la campana de la ermita, mi Virgen del Rosario, que es la patrona, el libro de misa y me marcho de este lugar.”

La ermita es una casa unida a las demás viviendas, en el extremo más adentrado del pueblo. Mira hacia las barranqueras del río. Muestra a la derecha un modesto campanario y el perfil de la techumbre a una sola agua. La puerta está entreabierta. Una leve penumbra ilumina el interior. Un poyete de mampostería rústica en el rincón izquierdo de la entrada. A tres metros de la entrada y hacia la derecha la pila de agua bendita. En el fondo, el altar mayor formado por una mampostería a cuarenta centímetros del suelo, que alcanza toda la anchura de la nave. Sobre la pared una hornacina para la Virgen del Rosario. Y descansando en el altar, a la izquierda, un misal antiguo y lujoso, tazas de aceite con mariposas, una lata y una botella.

Todo el encanto de esta ermita sencilla radica en el encalado y en los contrastes grises y blancos de sus paredes desnudas. En el techo maderos y tablazón de chopo y pino cubiertos por aleros de pizarras.

La campana suena bien. Por curiosidad hemos leído la inscripción siguiente:

“Siendo párroco D. Miguel Boix González.

Constantino Biarrez Ortiz Casanovas

Nuestra Señora del Rosario 1912.”

Mientras preparan el almuerzo, “El Zurdo” nos cuenta que, un día, quisieron comprarle una casa y que él puso como condición

que fuera a cambio de una radio. Más tarde quiso deshacer el trato porque no podía conectar siempre con la emisora cuyo programa fuera en exclusiva de Antonio Molina, su cantautor preferido. La radio no le servía para nada.

El juego preferido de Los Santos era el boliche. Se jugaba trazando un cuadrado de unos 80 centímetros en el suelo con dos diagonales. En el centro de su cabecera otro cuadrado pequeño de unos 15 centímetros con la numeración 20. En el centro de la diagonal se clavaba una navaja. La numeración de la cuadrícula mayor era: 2-3-4-5 empezando por la izquierda. Una raya a 10 metros marcaba la distancia para tirar los jugadores, que lo hacían con monedas de cobre de 10 cts.

Se sorteaba para iniciar el juego, que era por parejas. Tirar la navaja contaba diez, darle solamente cinco, y quien antes llegara a cien no pagaba la convidada.

Así charlando llegó la hora del almuerzo.

El guarda Ángel Peña nos llevó a su casa. Nos presentó a su mujer que estaba al pie de la chimenea preparando un guiso de la montaña. Por el olor adivinábamos la maravilla gastronómica. Retamas, olivo y tomillos aderezaban el fuego. Mientras la comida quedaba a punto nos ofrecieron un aperitivo con longaniza, jamón y vino acompañado de pan serrano candeal.

Después un guisadillo de carne, patatas fritas con conejo y buen vino.

Dijimos adiós a las familias aquellas, al caserío en ruinas y a los forestales.

Emprendimos el regreso por la “ruta de las fuentes” haciendo la digestión con las paradas obligadas en “Las Víboras”, donde confluye la pista que viene de la cumbre desde el Peñón del Negro. Seguimos por la fuente de la “Verruga” y de los “Borregos”. Chopos, cerezos y asnachos prestan un encanto especial a esta fuente.

Se continúa un paisaje bellissimo por la Orapla y las Morcillas hasta salir al collado del Conde. Retornamos al Calar por la cumbre. Dejamos la pista de asfalto y nos adentramos por las fuentes del Chortal, en la pista de la Fuenseca, camino de Almería.

XXXV. VOLUNTAD DE SER EN LOS FILABRES

La voluntad de ser en esta Sierra ha nacido muy pocas veces como un fruto del desamparo. Sin racionalizar las carreteras, la enseñanza y la mínima infraestructura de los pueblos el milagro del progreso no podía nacer.

Régimen colonial y de servidumbre aflora por doquier.

Las talas irracionales acabaron con el bosque de la serranía.

La emigración ha sido la enfermedad endémica de centurias pasadas.

Pero ¿y hoy? ¿Se puede hablar de la Sierra de la esperanza?

Todo depende de *la voluntad de ser* de sus gentes y del apoyo que reciban.

Las carreteras son el vehículo del progreso y éstas no pueden faltar, ya sea para llevar la enseñanza, como para facilitar la industria y el comercio. Un pueblo sin comunicación es una criatura deforme y mutilada. Llegá mal la higiene, la medicina y la especialización del trabajo. Los productos naturales allí se marchitan sin ensayos de producción racional y comercialización. El desamparo crea la desesperanza y ésta la emigración.

La estadística es la brújula socio-económica de los pueblos y desde largás centurias se asiste al éxodo de gentes con músculos fortalecidos y cerebros empobrecidos. Sólo triunfaron fuera los que desarrollaron su voluntad de ser.

¿Quedan aún gentes ilusionadas que posean en potencia esa *voluntad*?

La ruta de los Filabres es una sugerencia virginal para todo.

- Con las grandes máquinas ha sido posible la instalación de las cúpulas para el Observatorio Astronómico hispano-alemán, en el Sestero de Búrgos.

- Con las grandes máquinas se ha llegado a la Tetica, desde Velefique, para colocar un repetidor de sonidos que nos enlace con África.

- Con un corazón ilusionado, el doctor López Julios, ha llegado a Senés para trabajar en su proyecto de hornos solares.

- Con grandes máquinas se trabaja en las canteras de mármol de Macael.

- Con ilusión se hacen embalses de agua en Castro de Filabres.

- Un día de gracia, el Instituto para la Conservación de la naturaleza, puso sus reales en la Sierra, y a partir de esa hora cero, la amplia geografía milenaria comienza a poblarse de pinos haciendo el milagro prometedor de las aguas. La Almería reseca ya tiene dos docenas de fuentes nuevas (véase plano y nombres) en las pistas enmarañadas de la cumbre y las aguas comienzan a correr por los arroyos buscando el río Almanzora. Refugios de montaña ya tenemos en las Víboras, en el Ramal y en el Peñón del Negro.

- Nos falta un Parador si hay voluntad de que así sea. Las nieves lo reclaman todos los años en aquellas alturas.

- Si todas las carreteras de los pueblos quedaran asfaltadas, las escuderías automovilísticas se rifarían siempre las competiciones, traspasando el nombre de Almería todas las fronteras, pues los perfiles son inigualables.

- Si las grandes máquinas asomaran por Bacares y Serón moviendo las entrañas de la sierra, y a cielo abierto se buscara el hierro, la riqueza asomaría de nuevo por aquellas alturas.

- Hace falta trazar la ruta de los Castillos de los Filabres. El castillo de Tahal está en ruinas, que aún pueden salvarse. Bacares tiene el suyo a falta de unos retoques. Las alcazabas de Tabernas y Purchena son hitos de la historia (véase esquema adjunto).

- Si naciera un cooperativismo positivo y estimulante en algunos pueblos la riqueza potencial podría desplegarse.

Mientras esto llega, ahí está la montaña para los montañeros y para los cazadores; para los estudiosos y para los soñadores y sobre todo para las gentes amantes de la aventura y de la naturaleza, que buscan el cielo limpio lejos de la ciudad contaminada.

Estas crónicas nacieron para informar periódicamente sobre nuestras correrías, y si hoy nacen todas unidas, no por ello pierden su carácter individual con que fueron concebidas.

Más hubiese querido leerlas fruto de mano experta, que escribirlas torpemente. Quedan en el tintero muchas zonas conocidas que escaparían a la dimensión de este libro.

El médico que os ha contado sus Rutas por los Filabres forzosamente ha tenido que estudiar con el método de su disciplina “todo” el cuerpo de la Sierra. Los órganos vitales han quedado descritos: la circulación

y la respiración. Quedan los órganos de reserva para el futuro, que los escribirán sus gentes.

Y la historia, buena o mala, no se olvide, sólo la escriben los hombres.

APÉNDICE

Una carta de Sufli

Sr. Don J. Martínez Oña
Sufli, 10-VII-1974
Almería

Mi muy estimado amigo y señor: no sé si encontraré palabras para agradecerle los elogios y manifestaciones que de estos sus humildes servidores hace a través del diario “La Voz de Almería”; no creo merecerlos, pero ya que usted los hace se lo agradezco de todo corazón.

Cuando he recibido el diario enviado por usted ya conocía la publicación de su artículo por haberme mandado un recorte del periódico un buen amigo que es Fiscal del Juzgado de Instrucción, don Juan Acosta Jiménez, el cual se extrañó de que apareciera el nombre de Sufli en los periódicos y que esto fuese para realzar los méritos (que según usted) recaen en mi persona.

Si no le importa perder unos minutos de su agitada vida en leer lo que sigue, le diré que todo lo usted ve en mi, sólo usted ha sabido verlo, porque la mayoría de la gente mira y no ve, padecen de un daltonismo que sólo recoge los colores que les conviene, no los que en realidad existen.

Todo el tinglado, que yo he podido levantar desde 1958, relativo a mi industria de conservas, que lo he hecho con el propósito de que el nombre de SUFLÍ suene dentro y fuera de las fronteras españolas, y de dar un poco de vida a unas cuantas familias que materialmente no tienen medios de vida, me lo han tirado por el suelo, según Orden Gubernativa, este año no podré fabricar conservas, me han cerrado lo que yo llamo mi fábrica, sin pararse a pensar lo que esto significa para este pueblo.

¿Motivos de ello? El carecer de agua potable en la industria, como punto principal.

¿Cómo quieren que yo resuelva este problema de agua potable en mi industria cuando las autoridades competentes no lo resuelven para el pueblo? Si el pueblo dispusiera de este elemento necesario y la industria careciera de él, estaría explicado. Pero ¿qué es lo que quieren?, ¿que yo resuelva este problema? Yo no alcanzo a tanto.

Me exigen: Vestuarios, aseos, retretes, etc. ¿Cómo puedo yo hacer estos servicios para los cuales es imprescindible el agua, cuando no la hay? ¿No soy lo suficiente perjudicado con que cada obrero pierda en el trabajo el tiempo que crea necesario para estas necesidades fisiológicas?

Me analizan las conservas y consideran que están dentro de los límites de higiene y calidad prometidos. Si esto es así, qué importan los medios para conseguirlo, ya que no hay perjuicio para nadie. La miel es excelente, pues no sé de nadie que se ocupe de investigar de qué medios se valen las abejas para elaborarla, ni de las sustancias que emplean para ello.

Ese daltonismo que antes cito, sólo permite ver hasta dónde NO llega esta industria, pero nadie se ha ocupado de ver de dónde procede y con qué medios y ayudas se ha contado para crearla. Yo he expuesto mi vida todos los días de cada temporada al tener que abastecer de ese elemento, el agua, transportando un bidón de 200 litros en ese célebre “Whippet Overland”, matrícula MU-6.650, que sin frenos casi, y con los achaques de un coche del año 25, ya que no tenía otros medios y, ¿sabe usted el fin de ese compañero de fatigas?, pues el mismo que tiene el cochino que se va engordando durante el año y que al final se mata para comérselo, al ver que no me dejan trabajar, que ya es lo grande, no dejarle a uno ni trabajar, pues aprovechar la oportunidad y conseguir cuatro perras por él.

Este es el panorama de actualidad de mi vida, una vida dedicada a dar el máximo por mi pueblo como pueden atestiguarlo las autoridades de ésta, no solo en este aspecto, sino en muchos otros y ahora estrangulada por normas que no caben en este pueblo ya que no han puesto la base para que puedan ser realizadas.

Estos señores se ve que tienen su vida resuelta y les importa un comino la de los demás.

Esto es progreso, que hay unas cuantas familias que con sus escasas tierras y la temporadilla de las conservas se iban manteniendo en el pueblo, ahora dejan abandonadas esas tierrecillas y se van a dar el provecho a otras regiones españolas.

Siento haberle cansado con esta disertación tan larga, pero que es un grano de anís con todo lo que yo podía contar desde que **me nacieron** ya que es para lo único que he tenido ayuda, pues no nació yo por mi cuenta como todo el mundo, sino que quizá Dios sabiendo cuánto me esperaba en este mundo, no tenía mucho interés en que lo viera.

Ya ve usted si soy desgraciado, que cuando nació, como le digo, empezaron a decir “es la cara de su padre”, “es la nariz de su madre”, y yo aguantando, hasta que pude hablar y decir: “pero es que ni eso es mío”, y así me voy, que todo el mundo manda en lo que creía era mío.

No le canso más, reciba muchos recuerdos de mi esposa e hijos para los suyos y para usted y fuerte abrazo de su afectísimo s. s.,

Emilio Sánchez González



AVILA. VIVAS TALLER 3-12

Almería, 9 de Setiembre de 1.975

Sr. D. J. Martínez Oña
C/ Ferriz, 37
ALMERIA

Querido amigo:

Le extrañaré le escriba tan tarde, es que he estado fuera, al volver y leer el artículo sobre las Fuentes de la Sierra de Fibabres, comprenderá no — tenga más remedio que abusar de su atención aunque sea durante unos minutos.

En primer lugar he de expresarle mi profundo agradecimiento por haberme dedicado el artículo y por lo que de los forestales en él manifiesta. Muchísimas gracias en mi nombre y en el de todos.

Pero aparte de esto hay algo fundamental, la mayoría de los almerienses, entre los cuales gracias a Dios Vd. no se encuentra, desconocen o no creen en la importancia que estos trabajos tienen para la economía almeriense, sedienta de agua. El ir mentalizando en este sentido a la gente, creo que es algo que tenemos que agradecerle todos los almerienses, pues nosotros solo por el hecho de ser forestales nos hacen poco caso, y personas que además lo escriban en los periódicos creo hay pocos en Almería. Por eso unido a mi agradecimiento tiene que ir mi rhorabuena.

Un fuerte abrazo de su buen amigo,

Julio Acosta Gallardo
 Pde: Julio Acosta Gallardo

ÍNDICES TOPONÍMICO Y ONOMÁSTICO

A

- Abd-Alazid: 96
 Abderramán: 44
 Aben-Humeya: 44, 51, 82, 96.
 Abla: 47, 49.
 Abu-Ishaq: 29.
 Abu-l-Barcat: 25, 27, 29, 31, 52.
 Adelfas Altas y Bajas: 47.
 AES de Almería: 18, 25, 39, 45.
 África: 7, 52, 68, 95, 119.
 Agustín (Salinas Muros): 113.
 Albánchez: 21, 42, 59.
 Alcazabas: 120.
 Alconaiza: 94.
 Alcóntar: 21, 60, 91, 92, 97, 98, 99, 113, 117.
 Alcores del Vicario: 74.
 Alcudia: 21, 59, 79.
 Alemania: 28
 Alfaro: 27.
 Alfonso el Batallador: 96.
 Alhabia: 62.
 Alhambra: 85.
 Aljibes: 29.
 Almanzor: 44, 65, 85.
 Almanzora: 8, 18, 20, 21, 25, 27, 34, 35, 36, 37, 44, 59, 60, 63, 64, 72, 77, 83, 84, 87, 91, 92, 93, 95, 96, 97, 98, 99, 101, 104, 106, 107, 111, 113, 120.
 Almería: 7, 16, 18, 19, 20, 21, 22, 25, 26, 27, 29, 34, 35, 39, 41, 42, 45, 46, 48, 51, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 66, 68, 69, 70, 76, 79, 80, 87, 91, 92, 94, 95, 96, 101, 102, 105, 107, 110, 111, 113, 108.
 Almunia: 81.
 Alonso Cano: 65.
 Alturas del Jarro: 111
 Alto de la Mezquita: 68.
 Alto del Yuste: 69, 87.
 América: 23, 41, 65.
 Andalucía: 55, 82, 93.
 Andarax: 18, 25.
 Andes: 23.
 Andorra: 116.
 Ángel Peña: 114, 116, 118.
 Antas: 21, 72.
 Antonio Grijalba: 69.
 Antonio Padilla Vaquero: 49.
 Antonio Pérez: 94.
 Antonio Yebra: 48, 49.
 Apollo-Parnasius: 7, 23, 45, 104.
 Aragón: 76.
 Aranjuez: 109.
 Argar: 91, 105.
 Armuña: 60, 106, 107.

Arqueología: 8, 38, 53, 91.
 Arroyo de Estella: 87.
 Arroyo de Franco: 87.
 Arroyo del Caño: 79.
 Arroyo del Tallón: 54, 55.
 Arroyo de los Frailes: 64.
 Arroyo Enmedio: 65.
 Astronomía: 24, 41.
 Aulágo: 15, 22, 34, 35, 41, 44,
 45, 47, 59, 72, 98.

B

Bacares: 18, 21, 22, 23, 24, 34,
 35, 36, 37, 38, 39, 41, 42, 44,
 49, 57, 58, 60, 61, 62, 63, 64,
 65, 66, 69, 76, 92, 101, 102,
 103, 104, 105, 107, 108,
 111, 120.
 Baile: 49, 84.
 Balfiquí: 28, 29, 52.
 Bar Blanco: 69.
 Barranco de Enmedio: 62, 64,
 103.
 Barranco de Nimas: 62.
 Barranco del Aguadero: 114.
 Barranco del Bolonor: 92, 94,
 101.
 Barranco del Infierno: 108.
 Barranco del Nacimiento: 70.
 Barranco del Nautar: 88.
 Barranco del Sehuz: 87.
 Barranco de la Adelfa: 105.
 Barranco de la Mujer del Manto:
 32.
 Barranco de la Ricarda: 32.
 Barranco de la Zanja: 79.
 Barranco de las Cañadillas: 47.
 Barranco de los Caños: 79, 81.
 Barranco de los Olmos: 84.
 Barranco de los Perales: 74.
 Barranco de los Prados: 54.
 Barranco la Levita: 92.

Barranco Pinar de Cajar: 113.
 Barrancón: 39, 42, 62, 63, 64, 65,
 104.
 Barranquera de la Sarna: 114.
 Bayarque: 60, 63, 93, 104, 105, 107.
 Bayyana: 94.
 Baza: 44, 47, 59, 81, 85, 92, 93, 96,
 97, 98, 99, 113.
 Bédar: 21, 72, 96.
 Benitağla: 21, 59.
 Benitorafe: 59, 79, 83, 84.
 Benizalón: 21, 59.
 Bentarique: 62.
 Blanco Moreno: 69.
 Blas Carrillo: 86.
 Buero Vallejo: 88.

C

Cajal: 42.
 Calahorra: 44.
 Calar Alto: 9, 16, 22, 38, 41, 42,
 44, 45, 51, 57, 58, 60, 63, 102,
 105, 118.
 Calar del Gallinero: 41, 63, 101, 104.
 Calera: 98.
 California: 41, 65, 81.
 Calle de Almería: 69, 70.
 Calle de San José: 48.
 Calle del General Rada: 48.
 Calle del Molino: 70.
 Calle del Sol: 48.
 Calle del Toril: 70.
 Calle de la Iglesia: 56.
 Calle de las Campanas: 108.
 Calle de los Muertos: 94.
 Calle Gadil: 94.
 Calle Real: 55, 65, 94.
 Callosa del Segura: 117.
 Camino del Moro: 44.
 Caniles: 85, 93, 99, 113.
 Canjorros de Castro: 32, 38, 69, 70.
 Cantera de la Reina: 85.

- Cantoria: 36, 59.
 Capra hispana: 21, 38, 42.
 Carlos I: 87, 94.
 Cartagineses: 64, 103.
 Carreteras: 10, 15, 18, 21, 22, 23, 28, 43, 45, 59, 61, 66, 67, 72, 78, 84, 89, 92, 94, 103, 107, 119, 120.
 Castellón: 117.
 Castilla: 76, 80, 82, 91, 95.
 Castillo de Baccres: 64, 76, 103.
 Castillo de Bédar: 96.
 Castillo de Castro: 31.
 Castillo de Gérgal: 45, 46, 52, 57, 76.
 Castillo de Lubrín: 76, 96.
 Castillo de Purchena: 76, 96.
 Castillo de Senés: 69, 70, 76, 96.
 Castillo de Serón: 76, 92, 93, 95, 96.
 Castillo de Sorbas: 96.
 Castillo de Tabernas: 45, 73, 76, 96.
 Castillo de Tahal: 52, 76, 79, 80, 81, 83, 120.
 Castillo de Tíjola: 76, 96.
 Castillo de Velefique: 25, 29, 76, 96.
 Castillo del Aljibe: 111.
 Castillos: 10, 31, 37, 55, 68, 76, 95, 120, ver lámina de la página 141.
 Castro de Filabres: 26, 30, 31, 32, 39, 54, 55, 83, 101, 107, 120.
 Celestino Domene Guevara: 96.
 Central térmica: 27.
 Cerámica: 29, 31, 38, 47, 53, 70, 104.
 Cerro de Confrente: 88.
 Cerro de Guadalupe: 87.
 Cerro de María Antonia: 105.
 Cerro de Nimas: 16, 35, 75, 107.
 Cerro del Coto: 63.
 Cerro del Jotatell: 88.
 Cerro del Layón: 63, 103.
 Cerro del Nacimiento: 87.
 Cerro del Parralico: 84.
 Cerro de la Atalaya: 77, 78.
 Cerro de la Juana: 55.
 Cerro de la Pared: 99, 113.
 Cerro de la Virgen: 77.
 Cerro de los Romeros: 89.
 Ciervo: 21, 38, 42.
 Clutes: 94.
 Cóbdar: 21.
 Collado de María Antonia: 38, 55, 63, 72, 78, 110, 112.
 Collado de Senés: 110.
 Collado del Conde: 41, 63, 113, 118.
 Collado del Hornillo: 38, 41, 44.
 Collado del Ramal: 66, 102, 113.
 Collado del Yuste: 69.
 Collado de la Banica: 35.
 Collado de las Mujeres: 84.
 Conde de la Puebla: 29, 44, 63.
 Convenio Hispano-Alemán: 41.
 Córdoba: 28, 82.
 Cortijo El Marqués: 75.
 Crespillo: 32.
 Cristina: 116.
 Cristo del Bosque: 49, 65.
 Copérnico: 43.
 Cortés: 83, 88.
 Cuba: 65.
 Cuesta Blanca: 74, 111.
 Cuesta de las Moreras: 68.
 Cueva del Collado: 104.
 Cueva del Rubio: 23.
 Cueva de la Alféguara: 112.
 Cueva de la Hendija: 105.
 Cueva de la Lobera: 112.
 Cueva de la Paloma: 93, 105.
 Cueva de la Yedra: 104.
 Cueva de los Tesoros: 21.
 Cueva Horadada: 105.
 Cuevas Negras: 105.
 Curvas de nivel: 77, ver lámina de la página 135.

CH

Chercos: 21, 59, 79, 85.
Chorrito: 38.

D

Darro: 44.
Diego Diego: 81.
Diputación: 33, 34, 68.
Dirección General de Bellas Artes: 80.
Dolores Pérez: 81.
Dos Picos: 20, 47.
Dulce María: 102.
Duque de Sesa: 95.

E

Edad del Hierro: 91.
El Aguadero: 114.
El Aljibe: 72.
El Almendral: 46, 52.
El “Ángelillo”: 50.
El “Barrendero”: 64.
El “Caja”: 50.
El “Cano”: 50.
El Capítulo: 65.
El “Carrero”: 114.
El Castillo: 99, 114.
El Cortijuelo: 66, 103.
El “Críspolo”: 50.
El “Cubano”: 65.
El Duque: 110.
El Fuerte: 27.
El “Frutero”: 50.
El Gallego: 110.
El “Garrones”: 49.
El “Gaslopa”: 50.
El “Gordito”: 50.
El Haza Grande: 110.
El Jarro: 107, 111, 112.
El Maimón: 77.
El “Panza”: 50.
El Pilarico: 108, 112.

El “Portero”: 50.
El Prado: 114.
El “Relojero”: 108.
El “Sebastián”: 50.
El Turmaz: 103.
El “Zurdo”: 116, 117.
Eloy Jiménez Molina: 113.
Embalses: 30, 120.
Emilio Muñoz: 111, 112.
Emilio Sánchez: 108, 109, 123.
Encarna: 108, 109.
Enrique Enríquez: 83.
Entomólogos: 34, 43.
Escudería automovilística: 34, 60, 120.
Escúllar: 21, 34, 47, 48, 49, 114.
Extremadura: 87, 88.

F

Fargali: 94, 113.
Febeire: 29, 44.
Felipe II: 82, 94, 98.
Felipe de Alais: 83.
Fenicios: 64, 103.
Fernando “El Católico”: 29, 59, 79, 96, 100.
Fernando Gómez Lara: 27, 29, 48.
Fernández de Córdoba: 29.
Fidel Fernández Rubio: 23.
Filabres: 9, 10, 11, 12, 15, 16, 18, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 52, 57, 60, 61, 62, 63, 64, 66, 68, 70, 71, 72, 73, 76, 77, 78, 79, 80, 82, 83, 84, 85, 87, 90, 91, 92, 95, 96, 98, 101, 104, 105, 107, 109, 110, 111, 113, 119, 120.
Fines: 36, 86, 89, 116.
Fiñana: 49.
Francia: 31, 62, 66, 69.
Francisco Andrés: 69.

Francisco de Juan: 16, 85, 88.
 Francisco Guerrero: 95.
 Francisco Pacheco: 107.
 Francisco Rojo: 39, 113.
 Francisco Yebra Ortuño: 48.
 Frasia: 48.
 Frascuelo: 85.
 Fray Juan de Portocarrero: 95.
 Fresas silvestres: 60, 104.
 Fritada de Sufli: 76, 107, 108, 109.
 Fuencaliente: 98.
 Fuenseca: 54, 57, 59, 87, 113, 118.
 Fuente de san Juan: 103.
 Fuente del Nogal: 65.
 Fuente de la Merendera: 57.
 Fuente de la Verruga: 118.
 Fuente de las Víboras: 118.
 Fuente de los Borregos: 118.
 Fuente de los Siete Caños: 47, 48.
 Fuentes: 9, 10, 12, 16, 118, ver
 lámina de la página 139.
 Fuentes del Chortal: 57, 118.

G

Galera: 82, 83, 98, 99.
 Galileo: 43.
 Gamos: 21, 42.
 García: 102.
 García Lorca: 26, 42, 88.
 Garrucha: 13.
 General Rada: 48.
 Gérgal: 21, 39, 41, 42, 43, 44, 45,
 46, 51, 52, 53, 54, 55, 57, 60,
 76, 82, 101.
 Gibaja: 114.
 Granada: 20, 44, 47, 59, 85, 94, 95,
 96, 113.
 Guadalupe: 87.
 Guadix: 85, 96.

H

Hermano Rufino de La Salle: 20, 22.

Hernando: 41.
 Herrerías: 98, 113, 116.
 Homero: 94.
 “Homo habilis”: 17.
 “Homo sapiens”: 17.
 Hospital de sangre: 81.
 Hoya del Muerto: 85.
 Hoya de la Fuente: 110.
 Hoya de las Cáscaras: 114.
 Hoyas: 39, 55, 63, 76.
 Huertezuela: 41.

I

ICONA: 9, 48, 57, 91, 102, 113.
 Iglesia: 27, 31, 46, 48, 55, 56, 64,
 65, 71, 79, 82, 89, 92, 93, 95, 99,
 106, 108, 111.
 Información y Turismo: 43.
 Iñigo López de Mendoza: 95.
 IRYDA: 91.

J

Jabalíes: 42.
 Jarro: 107, 111, 112.
 Jauca: 94.
 Jefatura Obras Públicas: 51.
 Joaquín Martínez-Oña: 56, 73, 88.
 Jorvila: 94, 105.
 José Cuadra: 52.
 José Domene: 105.
 José Fernández: 66.
 José Giménez Sánchez: 112.
 José Guirado Barrachino: 114.
 José López Gómez: 116.
 José Oña Viciano: 16.
 Juan de Austria: 36, 44, 82, 94, 95,
 96, 98, 100.
 Juan Egea Golbano: 23, 66.
 Juan Felices: 65.
 Juan Francisco Sánchez de la Torre:
 79.
 Juana Fajardo y Silva: 83.

Julio Acosta Gallardo: 39.

Juriguardo: 32.

L

La Amarguilla: 113.

La Balsa del Cura: 110.

La Cerrá: 105.

La Fragua: 85.

La Merendera: 55, 56, 57, 113.

La Serrata: 73.

La Voz de Almería: 69, 70, 94, 122.

Las Aneas: 46, 52, 53.

Las Carboneras: 99, 114, 115.

Las Mantecas: 110.

Las Menas: 39, 62, 63, 66, 92, 101,
102, 108, 113.

Las Menillas: 35.

Las Morcillas: 118.

Las Norias: 72.

Las Veñas: 97.

Laboratorio del Horno Solar: 16,
70, 71.

Laroya: 67, 84, 87, 88, 89, 112.

Layón: 63, 103.

Líjar: 21, 62.

Loma de las Junqueras: 87.

Loma de los Arroyos: 87.

Lope de Vega: 87.

Lorca: 96.

Los Alcornoques: 88.

Los Altos del Entredicho: 103.

Los Albardinales: 72.

Los Bermijales: 108, 112.

Los Blánquez: 99, 113.

Los Brevas: 97.

Los Cortadillos: 58.

Los Checas: 99, 114, 115.

Los Domenes: 99, 114.

Los Donatos: 97.

Los Donceles: 29.

Los Egeas: 75.

Los Gallardos: 21, 72.

Los Gallegos: 97.

Los Herreros: 32, 97.

Los Joaquines: 114, 115.

Los Marchantes: 72, 73.

Los Meneses: 113.

Los Migueles: 114.

Los Molineros: 98.

Los Moneros: 110.

Los Nudos: 26, 68.

Los Perdígones: 102.

Los Pedregales: 72.

Los Pérez: 97.

Los Peñas: 114, 115.

Los Pinos: 97.

Los Reules: 88.

Los Riscos: 116.

Los Santos: 116, 117.

Los Tres Morales: 99, 114, 115.

Lubrín: 21, 59, 72, 76, 96.

Lucainena: 72, 83.

Lúcar: 36, 60, 107.

Luis de Requesens y Zúñiga: 95.

Luis Domene: 94.

Luis E. Gil Egea: 27.

Luis Méndez de Quijada: 94.

Luis Siret: 91.

Luis Villalba Pérez: 94, 95.

Lluvias artificiales: 61.

M

Macacl: 21, 36, 77, 78, 81, 83, 84,
85, 86, 87, 88, 89, 91, 116, 119.

Macarro: 32.

Madrid: 82.

Mahamed Amban: 96.

Mahamed Hacen: 96.

Manuel El Zahorí: 48.

Manuel López Julios: 70, 71.

Manuel Magaña: 114.

Manuel Soria: 52.

Marchal: 84.

Marchena: 62.

- María Fenoy: 53.
 María Parra: 89.
 María Sola: 94.
 Marqués de Águila Fuente: 75, 81.
 Marqués de Villena: 95.
 Marqués de los Vélez: 83, 91.
 Matriz de Almería: 16, 45.
 Max Planck: 24, 41, 61.
 Mediterráneo: 25, 61, 64, 95, 98.
 Miguel Muñoz: 52.
 Milanes: 47.
 Mioceno: 20, 28, 38.
 Mojácar: 77.
 Molinos de agua: 32, 39, 42, 47, 52, 53, 55, 63, 65, 73, 101, ver lámina de la página 141.
 Moncayo: 102.
 Monte El Pozo: 85.
 Monte Los Azules: 85.
 Monte Palomar: 41.
 Monteagud: 59.
 Moreta: 45, 46, 53.
 Moros: 29, 44, 51, 76, 79, 81, 98.
 Murcia: 45, 72, 89.
- N**
- Nacimiento: 70, 87.
 Neolítico: 20, 25, 47, 52, 57, 67, 70, 73, 96, 105, 112.
 Nigeria: 44, 76.
 Níjar: 62, 99, 114, 115.
- O**
- Observatorio Astronómico: 24, 41, 51, 60, 105, 119.
 Oceanía: 65.
 Olula de Castro: 31, 32, 39, 42, 54, 57, 59, 101, 107.
 Olula del Río: 36, 81, 86.
 Orapla: 118.
 Orcajo: 76.
 Orce: 83.
- Orduña: 49.
 Oro Verde: 73.
- P**
- P. Bartolomé Marín: 70.
 P. Boix González: 117.
 P. Tapia: 96.
 Paco Martínez: 31.
 Padules: 83.
 Paleolítico: 21, 62, 64, 93, 104, 105.
 Palomares: 64, 98.
 Panderón: 39.
 Parador de Turismo: 80, 120.
 Parador de la Reina: 52, 80.
 París: 69.
 Partaloo: 36.
 Patrimonio Forestal: 39, 45.
 Pechina: 62, 94, 98.
 Peña del Honor: 40.
 Peña del Rayo: 38.
 Peña de la Zorra: 104.
 Peña del Sestero de Burgos: 38, 105.
 Peña Felipe: 88.
 Peñón de las Juntas: 47, 53, 57, 70.
 Peñón del Negro: 41, 44, 45, 47, 118, 120.
 Pérez de Tudela: 101.
 “Perla Oculta”: 21, 23, 39, 63, 64, 101.
 Pesca de altura: 60.
 Piedra de la Romana: 31, 54.
 Piedra de las Campanas: 112.
 Piedra de los Ladrones: 39, 41, 44, 55, 104.
 Piedra del Águila: 40.
 Piedra del Rey: 39, 55.
 Piedra del Sombrerillo: 44, 45, 98.
 Piedra Lobera: 112.
 Pinturas rupestres: 53.
 Pistas forestales: ver lámina de la página 137.
 Platón: 94.

- Plaza de España: 101.
 Plaza de la Música: 102.
 Plaza del General Jiménez Ontiveros: 111.
 Portocarrero: 46, 52, 53, 59, 95.
 Prado Alto: 35.
 Prado de las Mariposas: 99.
 Prado del río Saúco: 104.
 Prados del Rubio: 41.
 Prehistoria: 15, 18, 27, 62, 67, 76, 82, 85.
 Profesor Pellicer: 91, 105.
 Profesora Acosta: 105.
 Puntal: 98.
 Purchena: 29, 36, 59, 62, 67, 76, 79, 96, 107, 108, 109, 120.
- Q**
 Quesos: 47, 48, 49.
- R**
 Rafael J. Sánchez Torres: 82.
 Rafaela de Torres: 81.
 Rambla de Castro: 30.
 Rambla de la Galera: 26, 28, 30, 32, 68, 74.
 Rambla de la Orica: 85.
 Rambla de las Cuatro Puntas: 47.
 Rambla de los Nudos: 68.
 Rambla del Jemezí: 84.
 Rambla del Marqués: 76.
 Rambla del Saltador: 85.
 Rambla del Verdelecho: 45.
 Ramil: 94, 98.
 Rascador Alto: 102.
 Refugio de la Nevera: 57.
 Refugios de montaña: 42, 120.
 Reina Isabel: 52, 79, 80, 82, 100.
 República Marítima: 62.
 Reserva natural: 42, 64.
 Rey Alfonso XIII: 95.
 Rey Felipe II: 82, 98.
- Rey Negro: 29.
 Rey Salomón: 42.
 Rey Tudmir: 96.
 Reyes Católicos: 59, 91, 96.
 Río Almanzora: 21, 25, 44, 59, 64, 72, 84, 91, 92, 97, 99, 107, 120.
 Río Bacaes: 64, 65, 104.
 Río Barrancón: 39, 42, 63, 64, 65, 104.
 Río Chercos: 79, 85.
 Río de los Molinos: 42, 77.
 Río Herrerías: 98, 116.
 Río Saúco: 99, 104, 114, 116.
 Rioja: 26, 107.
 Romanos: 47, 64, 93, 103.
 Roquetas: 116
- S**
 Salamanca: 117.
 Salto del Caballo: 88.
 Sancho de Rojas: 96.
 Santa Fe: 62.
 Saúco: 114, 115, 116.
 Sebastián Vidal: 39.
 Senés: 16, 21, 32, 34, 62, 67, 68, 69, 72, 76, 78, 83, 87, 96, 101, 110, 119.
 Serón: 21, 36, 39, 60, 62, 65, 76, 83, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 101, 105, 107, 113, 120.
 Servicio Forestal: 22, 78, 113.
 Sestero de Burgos: 52, 63, 105, 119.
 Sevilla: 28, 82, 101.
 Sierra Alhamilla: 20, 21, 27.
 Sierra Bermeja: 26, 68, 74.
 Sierra Cabrera: 20, 77.
 Sierra Carrasco: 114.
 Sierra de Baza: 8, 20, 44, 47.
 Sierra de Gádor: 21, 27.
 Sierra de las Estancias: 20.
 Sierra Filabres: 8, 11, 15, 18, 20, 21, 24, 25, 27, 31, 33, 35, 38, 41, 42,

44, 47, 59, 61, 62, 64, 66, 70, 71,
72, 79, 82, 83, 84, 85, 90, 91, 98,
107, 110, 113.
Sierra Nevada: 20, 33, 42.
Sierra: 67, 81, 87, 101, 106, 107,
108, 110, 111, 112.
Solana de las Parras: 105.
Solana de los Marcos: 116.
Somontín: 36, 60, 62.
Sorbas: 62, 96.
Stradivarius: 23, 66.
Sudán: 44, 76.
Sufli: 67, 76, 81, 87, 106, 107, 108,
109, 110, 111, 122.
Suerte de la Virgen: 87.

T

Tabernas: 21, 26, 27, 28, 30, 45, 62,
67, 68, 72, 73, 76, 79, 96, 107,
111, 120.
Tahal: 21, 34, 52, 59, 67, 69, 74, 75,
76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83,
84, 101, 120.
Tallón Bajo: 55.
Telefónica: 7, 16, 22, 24, 34, 36, 37,
60, 105, 107.
Telescopios: 45.
Térmica: 63.
Terrera Ventura: 73.
Tética de Bares: 7, 22, 23, 24,
34, 35, 36, 37, 38, 58, 63, 105,
110, 119.
Tijola: 35, 36, 59, 60, 62, 76, 83, 91,
93, 96, 101, 104, 107, 113.
Toril: 38, 45, 46, 53, 70.
Torillo: 22, 55.
Trujillo: 88.
Turismo montaño: 60.

U

Uleila del Campo: 21, 59, 95.
Umbría de las Canteras: 85.
Urrácal: 36, 60.

V

Valverde: 49, 50.
Vallejillo Abrigo: 101.
Velefique: 21, 24, 25, 26, 28, 29, 30,
31, 32, 33, 34, 35, 36, 38, 39, 43,
44, 45, 48, 58, 59, 60, 62, 63,
67, 74, 76, 96, 101, 105, 107,
111, 119.
Venados: 42.
Venta Carmona: 74.
Venta de Franco: 87.
Venta del Compadre: 73, 75.
Venta de la Fuenseca: 87.
Venta de los Yesos: 72, 73, 78.
Verdelecho: 26, 51, 54.
“Villa Huesos”: 113.
Villaricos: 21, 64, 91.
Virgen del Patrocinio: 55.
Virgen del Rosario: 31, 117.
Virgen de la Cabeza: 59.
Vuelta de Campos: 104.

W

Whipett: 123.

Y

Yegua Blanca: 87.

Z

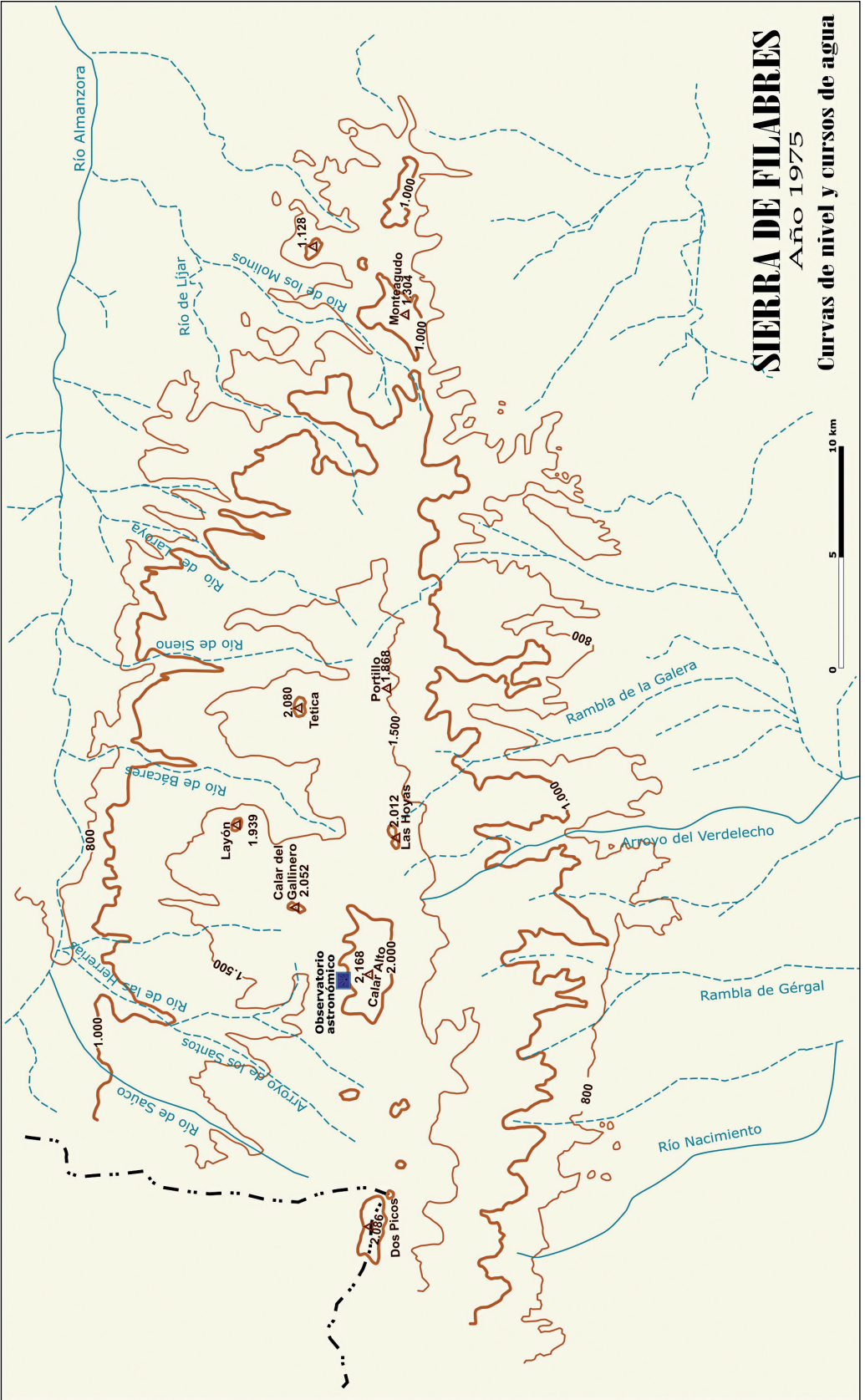
Zoilos: 94.
Zújar: 89.

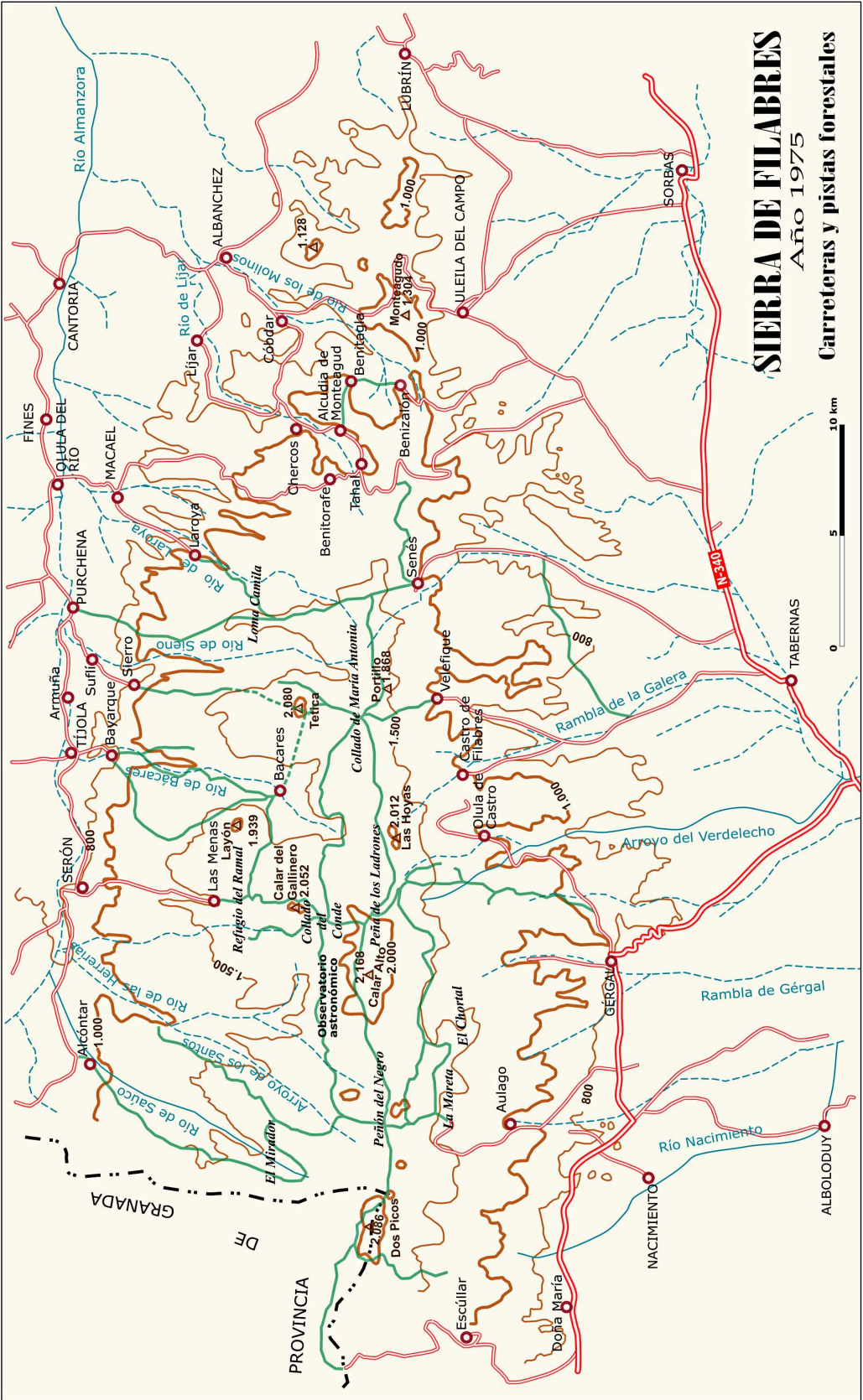
MAPAS

SIERRA DE FILABRES

Año 1975

Curvas de nivel y cursos de agua



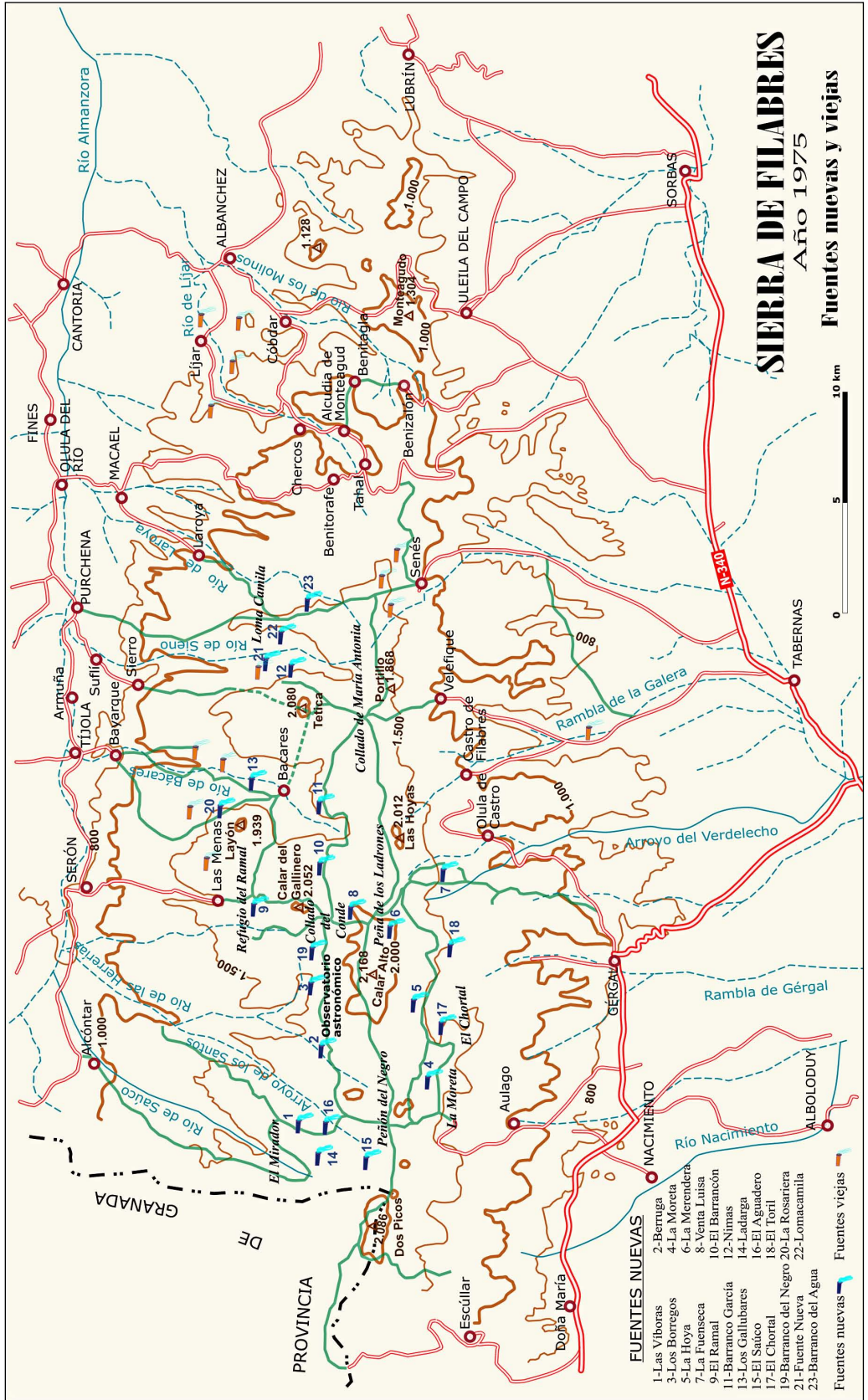


SIERRA DE FILABRES

Año 1975

Carreteras y pistas forestales

0 5 10 km



SIERRA DE FILABRES

Año 1975
Arqueología

